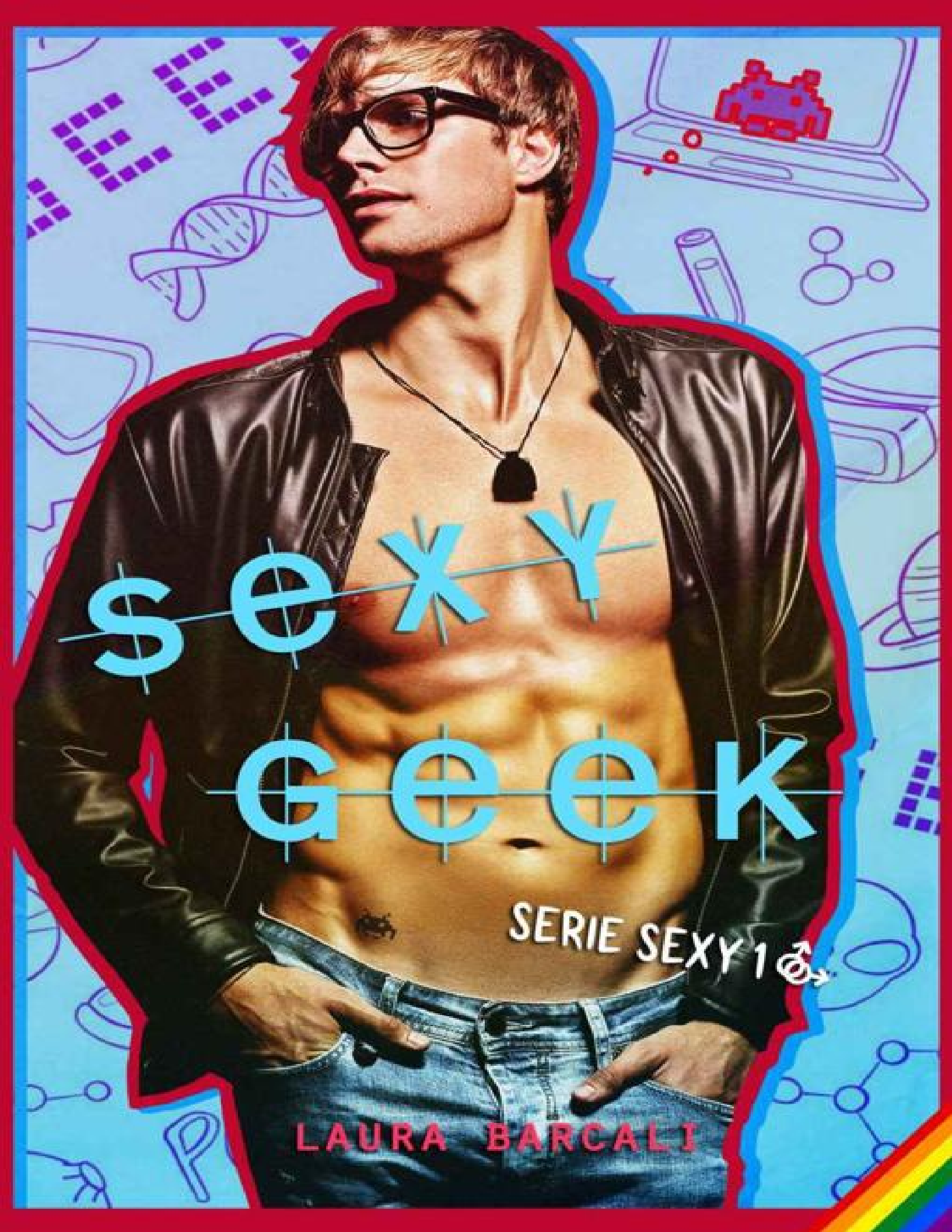


A man with short brown hair and black-rimmed glasses is the central figure. He is wearing a black leather jacket that is open, revealing his bare, muscular torso. He has a black necklace with a small, dark, teardrop-shaped pendant. His hands are in the pockets of his blue denim jeans. The background is a light blue color with various purple and red line drawings of scientific and technological concepts, including DNA helices, a laptop with a red pixelated shape on its screen, test tubes, and molecular structures. The entire image is framed by a thick red border with a blue inner line.

sexy Geek

SERIE SEXY 1 ♂

LAURA BARCALI

A diagonal rainbow stripe is located in the bottom right corner of the image.



Sexy geek
Serie sexy 1

laura barcali

Este libro contiene algunas escenas sexualmente muy explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2024, Sexy geek 25/09/2024

©2024, Laura Isabel Bartolomé Carpena

©2024, diseño de cubiertas, ilustraciones de personajes y maquetación, Laura Barcali

Otras imágenes gratuitas: Pixabay y Freepik

laurabarcaliart@gmail.com

www.laurabarcaliart.es

www.instagram.com/laura_barcali_art

Agradecimientos a mis lectoras cero: Lola y Beatriz. Y en especial a Andrea de Pablo por su inestimable ayuda con el funcionamiento de un colegio y la burocracia. Sin ella no habría podido escribirlo como es debido.

Autopublicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

(ñ%+Pablo)

128√e980

No soporto a don Jonathan desde que comenzó el curso escolar y llegó con ese aire de colega de los alumnos, vestido informal, con sus Converse de colorines y sus camisetas frikis. ¡Esa no es forma de dar clase en un prestigioso colegio de Las Rozas!

Los críos me tienen aburrido por su culpa, hasta me duelen las orejas de tanta perorata.

«Ya podría ser usted más parecido a Jonathan, porque es un tío enrollado que escucha todos nuestros problemas y nos aprueba siempre, mimimimi».

¡Ja! ¡Su materia es Tecnología y Digitalización!, ¡claro que los aprueba! No puede compararse con mis enseñanzas de matemáticas.

No entiendo cómo doña Mercedes le permite ser tan condescendiente con los alumnos.

Encima todos están entusiasmados con él:

+ Aprobados + Dinero= + Tontos por el mundo³.

Llevo en el Colegio San Gerónimo de Sotomonte cerca de diez años. Los profesores van y vienen, he visto de todo menos lo de Jonathan González y su incansable insistencia en que debo ser más laxo en mis clases.

Un informático del montón no me va a dar instrucciones de cómo he de impartir mi asignatura, aunque sea guapo a rabiar el muy condenado...

Esto me está empezando a afectar a la sesera. Antes prefiero fallar una ecuación polinómica¹ que conocer mejor a ese pesado.

Ni loco.





<:/#Jon>

Estoy bastante harto de don Pablo. No es que me haya hecho nada directamente, aparte de existir, pero me llegan de forma continuada todas las quejas sobre lo duro que es con los alumnos de 4.º de la ESO de los que soy tutor. Así que me como frustraciones y rabietas de un montón de adolescentes en la edad del pavo. Y que les cueste aprobar en un colegio privado para pijos...

«Don Rojas me ha suspendido un parcial y mis padres me han quitado el iPhone».

Lloros y palmaditas en la espalda.

En cada ocasión que tengo que ir a hablar con él por algún ataque de ansiedad provocado por su implacable cerebro cuadriculado, me entra una mala hostia de cojones.

Tengo la teoría de que no folla. Claro que... ¿quién querría tocarlo?

Nadie.

Pero don Pablo es un reconocido matemático. Tenerlo de profesor y Jefe del Departamento de Matemáticas en el Colegio San Gerónimo de Sotomonte da mucho prestigio al centro.

Por el monte lo echaba yo, de cabeza.

A veces, cuando me lo cruzo por algún pasillo, me lo imagino como a Ornstein y Smough, esos dos hijos de puta que te revientan en Dark Souls.² Hablar con él es como pelearse con ellos.

Me pregunto si hay un ser humano tras esa cara de amargado con orejas de soplillo, las gafas de pasta y el peinado relamido por una vaca. Me dan ganas de ahogarlo con su propia corbata.

Si no fuera tan repelente, hasta podría parecerme guapo. Pero no. Elijo cruzar el Lago de la Putrefacción³ a tener algo que ver con don Pablo Rojas, o como lo llaman los críos: don Paloescoba.

Imagino que porque la lleva metida por el culo.



<+Cap/1>



Afirmar que aquellos dos meses del primer trimestre en el colegio San Gerónimo de Sotomonte habían resultado fáciles para Jon, habría sido mentir. En ocasiones sentía un profundo arrepentimiento por aceptar un puesto de profesor en el Departamento de Tecnología y dejar de ser autónomo. Sin embargo, pagar las facturas con holgura, y que encima le sobrara dinero, hacía que las penas se le fueran a finales de mes. Sobre todo porque le permitía ahorrar para pedir una hipoteca y comprarse algún que otro caprichillo friki.

Su tía Mercedes llevaba tras él varios cursos escolares, insistiendo en que sería un gran fichaje para el centro privado que llevaba dirigiendo quince años.

A Jon le pareció mal aceptar, pero al final no era diferente a un contrato laboral como otro cualquiera y él era Ingeniero Informático con una amplia experiencia, sobre todo en la creación de videojuegos, algo que le encantaba.

Así que allí estaba de nuevo, un lunes de finales de noviembre, dispuesto a armarse de infinita paciencia para tratar con una jauría de adolescentes y una semana complicada. Ser el profe enrollado tampoco estaba tan mal. Lo que le ponía de los nervios eran las tutorías de los alumnos de 4.º de la ESO. Todo eran lloros.

Aparcó su moto Honda en la zona habilitada para los vehículos del profesorado, justo al lado de un solitario Audi A3 color plata. Se apeó y fue directo a la entrada principal, subiendo de dos en dos los escalones tras quitarse el casco.

Se mesó los cabellos, ligeramente ondulados y de un castaño muy claro, buscó sus gafas en el bolsillo de la chaqueta negra de cuero y se las colocó. Terminó de subir las escaleras para adentrarse en el prestigioso colegio, saludando a la bedel del centro.

—¡Buenos días! ¡Dichosos los ojos! —exclamó la mujer. Allí llevaba toda la vida—. Cómo te gusta madrugar, Jon.

—Van a empezar las evaluaciones, hay que adelantar trabajo. Soy un chico muy responsable aunque me veas tan juvenil —bromeó.

—Bueno, don Pablo también está ya en su despacho. Aunque, en su caso, es lo normal.

—He visto su coche, sí. —Le guiñó un ojo a la buena mujer—. Qué tengas un buen día y los críos no te la llien, guapa.

Ella suspiró. A aquel buen mozo le quedaban demasiado bien los pantalones vaqueros.

Jon, al pasar por delante del despacho personal de Pablo no se dignó a llamar a su puerta y darle los buenos días. Era consciente de que el Jefe del Departamento de Matemáticas lo menospreciaba por dar clases de «informática». O puede que por conseguir ser más popular en dos meses que él en diez años. O porque era tonto.

Ya habían tenido un par de desacuerdos en lo que respectaba a los alumnos de los que Jon era tutor. El último el viernes anterior.

Los que iban a las clases de Pablo Rojas estaban suspendiendo ejercicios y parciales. Enseñaba

matemáticas académicas pretendiendo que los críos fueran el mismísimo Arquímedes. Era cuadrulado hasta decir basta: su coche impoluto, sus trajes de chaqueta grises bien planchados, los zapatos impecables, el cabello oscuro sin que se le moviera un solo pelo y los cristales de sus gafas limpios como una patena. Por no hablar de su cara de amargado.

Jon jamás lo había visto sonreír, solo fruncir el ceño. Justo entre sus cejas tenía una arruga perpetua, probablemente porque nació resentido.

—Buenos días, don Jonathan. —Jon se dio la vuelta espantado y pegó un brinco. No fue capaz de dar réplica al ver a Pablo sacar medio cuerpo de su despacho y dirigirse a él—. He dicho buenos días —reiteró con el mismo tono impersonal.

—Buenos días —replicó Jon.

—Después de las clases me gustaría hablar con usted.

—Hoy tengo prisa —adujo.

Era una mentira como una casa.

—Es imperativo. Le espero en el aula 1B3 a las cuatro en punto de la tarde.

Aquella era el aula de matemáticas académicas, así que lo estaba mandando a sus terribles dominios.

Después, tras echarle un rápido vistazo a Jon, Pablo se metió en su despacho sin dejar replicar al otro profesor, que se quedó con la palabra en la boca y el dedo índice levantado.

—Un día le voy a pinchar las ruedas a ese cuatro ojos Paloescoba —masculló dirigiéndose de nuevo hacia la sala de profesores para tomarse, por lo menos, tres o cuatro tilas.

El día para él había empezado espectacular.

<♥+♥>

Por su lado, Pablo volvió a sentarse tras la mesa de oficina que ocupaba. Se recolocó las gafas de pasta sobre el puente de la nariz y abrió el portátil para apuntar en un archivo Excel una serie de datos.

Fue a darle un sorbo a su café, pero ya estaba frío. Si iba a por otro se encontraría con Jonathan González de nuevo y ya había tenido bastante con hablarle durante un largo minuto. Si podía evitarlo hasta la reunión de la tarde, mejor que mejor.

Generalmente lo veía pasar por delante de su despacho todas las mañanas, vestido con su chupa de cuero, sus pantalones vaqueros y esas camisetas frikis. El estilo desenfadado cuadraba con su forma de ser. Aquello lo incomodaba porque ambos eran muy distintos.

Para colmo, se saltaba los protocolos e iba por libre a hablar con él.

Sin embargo, el último desacuerdo con Jon le hizo pensar bastante durante el fin de semana, ya que afectaba a una alumna.

Como no había quedado con sus amigos —aunque la gente pensara que eran imaginarios— recapacitó un poco sobre lo sucedido ya que Ana, la responsable de Orientación, le dio un toque tras aquella pequeña bronca que habían tenido días atrás. Al fin y al cabo, la afectada era una alumna muy estudiosa que siempre se esforzaba al máximo. Se merecía al menos que volviera a tratar el tema con su tutor: don Jonathan, el profesor nuevo con el que todo el mundo simpatizaba; empleados, profesores, directora, AMPA y todas las mujeres que se le cruzaran.

Lo único que no se podía negar era que su metro noventa, esa constitución atlética, su pelo

rubio desordenado y sus pecas en la cara, hacían volar las bragas a más de una madre insatisfecha. Probablemente también los calzones de algún padre.

—Qué asco le tengo a ese friki —gruñó para sí tras acabarse el café frío.

<♥+♥>

Tras una jornada normal y una clase un tanto improductiva, Pablo esperó a Jonathan en el aula. Colocó los papeles para el examen del día siguiente, revisó por enésima vez que el original no tuviera ni un solo error y consultó su reloj de muñeca.

Ese hombre llegaba tres minutos tarde, por lo que frunció más el ceño. A los únicos que toleraba hacer eso era a sus amigos: Cristian, Íñigo y Nacho. Más que nada porque resultaban incontrolables.

Cuando constató que ya eran cinco los minutos de retraso, se puso en pie y caminó hacia la puerta dispuesto a ir a buscarlo. Justo en ese momento se escucharon unos golpecitos al otro lado. Pablo abrió la puerta de golpe, sobresaltando a Jon.

—¡Joder, qué susto!

—Habíamos quedado a las cuatro.

El rubio miró la hora en su móvil y pestañeó, incrédulo. Luego observó desde arriba a ese enano orejudo.

—Al grano, que tengo cosas que hacer. Al contrario de lo que cree, yo también he de preparar los exámenes de evaluación de esta semana.

Jon pasó dentro y se arrellanó en uno de los pupitres, apartando la mesita plegable adjunta. Dejó el casco en el suelo y esperó.

Pablo se sentó a su vez en la mesa de enfrente y carraspeó.

—Ana me ha pedido que tuviera una conversación con usted.

—¿No me diga? Qué sorpresa... —respondió en un tono sarcástico.

Claro, si no fuera por mediación de ese ser de luz que era la orientadora del centro, aquel ogro malhumorado no hubiese querido hablar con él.

—Es sobre la alumna Cristina Ferrán. He cambiado su nota en el parcial, tras revisar con detenimiento las ecuaciones, aunque no las terminara todas. No puedo aprobar ese parcial, pero pasa a tener un cuatro con diez. Solo espero que con eso vuelva a mis clases.

—Supongo que está acostumbrado a ser el profesor que cae mal. El que tiene manía a todos, el que no es justo... —replicó Jon—. Cristina sufre de ansiedad y eso no es una broma. La salud mental es muy importante.

—Lo sé muy bien. —Se volvió a cruzar de brazos, molesto por esa forma en la que Jonathan se dirigió a él—. Y por eso lo he revisado.

—Hablaré con los padres, a ver si conseguimos que se reincorpore a las clases.

Jon se puso en pie y Pablo se echó un poco hacia atrás. Aquel hombre era muy alto en comparación con él.

—Mañana es el examen de la primera evaluación. Si no viene estará suspendida...

—¡Sinceramente, me preocupa más la niña que un suspenso! El problema aquí no es la alumna, don Pablo; es usted y la forma en la que imparte su materia. Causa ansiedad a los chicos

y chicas, no quieren venir, no quieren aprender. —Jon se encendió él solo.

—¿Cuándo va a dejar de cuestionarme? ¡Llevo aquí diez años! ¡Sé más que usted cómo funcionan las cosas!—respondió ofendido.

—Cuando imparta la materia de forma que motive a los alumnos, más acorde al nivel con el que llegaron... Entonces no le discutiré nada. —Jon se encaró con él y Pablo sintió esa cercanía tan apabullante—. Lo que pasa es que los profesores de su departamento no le chistan. Pero yo no me corto un pelo.

A Pablo se le disparó el pulso. No supo si por tener a aquel hombre encima o por la nueva bronca.

—Va de profe enrollado y se cree que ya está, que conseguirá la aprobación de los alumnos. Aquí lo importante no es eso —le respondió sin apartar la mirada de esas pupilas rabiosas—. Usted se comporta como ellos, como un crío.

Jon ignoró aquella afirmación.

—En lo que llevamos de curso, no hay tutoría en la que no se quejen de usted. Y seis padres ya me han pedido que pare esto.

—¡Es así todos los años! Los padres creen que sus hijos son los mejores y no se dan cuenta de que el nivel de exigencia académica sube.

—¡Ah! Estupendo que exija, faltaría más, pero siempre que sea acorde al curso en el que están. ¡Y no es así!

—Doña Mercedes sabe que apruebo a la mayoría de alumnos en la evaluación final... —se defendió mientras se hacía a un lado. Jon cada vez estaba más cerca de él.

Aquel hombre lo confundía. Por muy mal que le cayese, le resultaba atractivo y olía demasiado bien.

—Mire, me da igual. Voy a llamar a la madre de Cristina. Que decidan sus padres si quieren que su hija haga el examen u opten por sacar a la niña del centro de manera definitiva.

—¿Qué? —Pablo no tenía constancia de aquella información. Ana no se lo había comunicado.

—Así es, sus padres lo están meditando, me lo han dicho hoy mismo. Una niña buena, estudiosa, que saca notas espectaculares... Ha conseguido que tenga tal ansiedad por el puto nivel de exigencia, que aquella nota tan baja que le puso en el parcial la dejó descolocada porque los problemas le parecieron demasiado complicados. Y lo peor de todo es que sí sabe matemáticas, don Pablo. Y antes le encantaban y su sueño era ser Ingeniera. ¡Para una adolescente que sabe lo que quiere en la vida...! —añadió muy alterado.

Pablo siempre se había mantenido al margen de casi todo. Él no era tutor de ningún grupo de alumnos y básicamente se centraba en las clases y en administrar su departamento. Los problemas del alumnado no iban con él o los pasaba muy por encima. Había aprendido con el tiempo que el sistema no se podía cambiar. Y Jonathan era como muchos: creía que sí podía mejorarlo. Menudo batacazo se iba a dar.

Jon, por su parte, dejó el casco sobre la mesa, cogió una tiza y miró la pizarra.

—¿Estos han sido los ejercicios de la clase de hoy? ¿De verdad?

Delante de ellos había una serie de derivadas sin completar. Jon se puso a rectificar los fallos y escribir con corrección todas y cada una de esas derivadas.

Pablo se quedó obnubilado al principio, sin poder reaccionar, mirando la ancha espalda de Jonathan, su mano crear ecuaciones a toda velocidad con una rúbrica perfecta...

Aquello lo sobrepasó.

—¡Pare! —Intentó quitarle la tiza, pero Jon alzó el brazo, lo que hizo sentirse a Pablo más bajito de lo que ya era.

—¡Estos ejercicios son para alumnos universitarios! Mire este, mire cómo... —Intentó seguir completando lo que había dejado a medias.

Pablo cogió rápidamente el borrador e hizo desaparecer las ecuaciones, agobiado. Le iba el corazón a mil.

—¡Fuera de mi clase! ¡Ahí tiene la puerta! —escupió con rabia.

—Encantado de largarme.

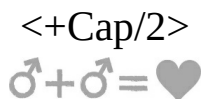
Jon se marchó dando un portazo que hizo que la ventanita acristalada vibrase por el impacto.

El profesor contuvo las ganas de gritar. Sin embargo, y en su lugar, lanzó el borrador contra el suelo.

Ver a aquel hombre sujetando sus tizas, haciéndole ser consciente de que también se le daban muy bien las matemáticas y que, para colmo, era físicamente sugestivo, le hizo sentir cosas que nunca antes había experimentado de ese modo.

Llevaba sin relaciones muchísimos años. Que le hubiera excitado tanto ver al imbécil prepotente de Jonathan González resolver derivadas, lo superó.

—¡Maldita sea!



Pablo recogió los exámenes y los introdujo en su maletín. Los alumnos ya se habían ido, así que se sentó unos minutos para descansar la mente. Durante todo ese tiempo, en absoluto silencio, no pudo dejar de darle vueltas a la riña de la tarde anterior.

Jonathan lo alteraba de muchas maneras y no todas eran fáciles de ignorar. Porque tener desacuerdos con el profesorado no resultaba algo raro; al contrario. Pero era cierto que nunca se había encontrado con alguien tan intenso. Se notaba a la legua su inexperiencia como docente.

De hecho, fue a hablar muy seriamente con doña Mercedes para explicarle lo sucedido. Ella le aseguró que tendría una conversación con Jonathan y que no se preocupara por nada.

A pesar de todo, había estado recapacitando a raíz de aquellas palabras tan duras. El nivel que impartía no era acorde para unos críos de 4.º de la ESO. Solo que nadie hasta la fecha se había atrevido a cuestionar sus métodos, ni la propia doña Mercedes... ¿Tan inaccesible parecía a los demás?

Pablo era consciente de que enseñar allí era tirar a la basura todos sus conocimientos. No obstante, la situación familiar le impedía irse del colegio, de Madrid, de España... Su vida era la que era y tenía que aceptarla aunque tuviera una cátedra y le propusieran a menudo dar clase en universidades europeas de prestigio o en el mismísimo MIT⁴.

Pero los alumnos no debían pagar por la frustración que le causaba estar atrapado. Al fin y al cabo, la decisión de quedarse la tomó muchos años atrás.

Buscó uno de los exámenes: el de Cristina. Le quitó un peso de encima ver a la niña entrar en clase antes de que se iniciara el examen de evaluación.

Tomó un bolígrafo y se puso a corregir sus ejercicios con la esperanza de que estuviera lo suficientemente bien como para poder estar aprobada. Al terminar dejó salir el aire de sus pulmones. Luego sonrió de forma genuina. Seguro que esa nota, combinada con otros factores a tener en cuenta, haría que no dejara San Gerónimo de Sotomonte.

Además, bajaría el baremo general a partir de ese momento. No quería más problemas con Jonathan porque le alteraba cuerpo y mente.

Lo de la mente lo podía sobrellevar, lo del cuerpo ya no tanto.

Apenas había pegado ojo, recordando con viveza el calor que el rubio emanaba, la cercanía y el aroma de su colonia. Había estado cachondo toda la noche, dando vueltas intentando tranquilizarse y recolocando una y otra vez su pene dentro de los calzoncillos.

¿Por qué narices le tenía que poner así un hombre como él? No podía agradarle menos; más joven, demasiado informal, con gustos frikis, prepotente, metomentodo, idiota y jodidamente sexy. Muy, muy sexy. Demasiado sexy.

Para colmo, rememorar el momento de la pizarra y de cómo resolvía como si tal cosa las derivadas, le excitaba cosa mala.

¿Por qué se ponía tan caliente con algo así? ¿Tendría un problema mental? ¿Un fetiche raro?

No le había pasado nunca...

La música que avisaba del fin del descanso le hizo pegar un brinco. Suspiró de nuevo, guardó el examen y salió del aula para dirigirse hacia el despacho, cruzándose con multitud de alumnos que iban a clase.

Bajó las escaleras y se encontró con Jonathan esperándolo a las puertas de su pequeño fortín, cruzado de brazos y con expresión huraña.

A Pablo le dio un vuelco el corazón, pero mantuvo una actitud impertérrita.

—Buenos días. —Abrió con la llave.

—Buenos días, don Pablo. ¿Puedo pasar y hablar con usted? —El tono de voz de Jon denotó un deje forzoso.

—Faltaría más, adelante, siéntese.

Jon, no muy contento por aquella situación, hizo lo propio frente al escritorio.

Pablo se sentó al otro lado y esperó cruzando los dedos de las manos.

—Quiero disculparme por lo de ayer. Fui un grosero y un impertinente... —Carraspeó el rubio.

—No parece muy arrepentido... —Pablo se quitó las gafas y las dejó un momento sobre el portátil cerrado.

El profesor de Tecnología torció el morro y asintió mirando hacia sus Converse azules.

—Mercedes me ha pedido que venga y eso he hecho...

—No acepto disculpas insinceras.

Jon le miró a los ojos. Se dio cuenta de que los tenía color verde aceituna y no era un hombre feo, sobre todo cuando su pelo no parecía relamido por una vaca. De hecho, sus orejas de soplillo eran muy divertidas. Eso le hizo sonreír.

—Vale, lo reconozco: he venido a regañadientes. Pero... que fui un grosero y un impertinente es totalmente cierto.

—Sin lugar a dudas. —Se colocó los anteojos de nuevo—. Entiendo que es usted joven y que...

—Tengo treinta y tres años —lo cortó casi ofendido—. Tan joven ya no soy.

—Y yo treinta y nueve. Pero para los críos somos unos viejales —bromeó intentando relajar el ambiente tenso, sonriendo—. Unos carcas, abuelos, señores con un pie en la tumba...

Jon estalló en risotadas, unas tan fuertes que dejaron al moreno un tanto sorprendido.

—En fin... Yo... Lo siento —aquella vez Jon lo dijo de veras—. Me frustró no ser capaz de ayudar a Cristina. Es una alumna prometedora. Y fui muy impetuoso al dirigirme a usted. Estuvo fuera de lugar... No tengo derecho ni potestad para juzgarle y soy un novato estúpido—reconoció—. Mercedes me ha metido la bronca más grande de mi existencia...

Pablo sopesó sus palabras y prefirió reconducir la conversación hacia algo más importante.

—No diga nada, pero le adelanto que el examen de Cristina está mejor de lo que pensé en un primer momento. Hablaré con la orientadora para que la tranquilice y no se agobie durante el tiempo que tardemos en dar las notas. Seguro que sus padres no la sacarán de San Gerónimo.

Los ojos verde claro de Jon brillaron.

—¡Eso es estupendo!

Pablo sintió el corazón latir con fuerza. La sonrisa de aquel idiota era encantadora. Tenía un pequeño lunar en el lado izquierdo del mentón, justo debajo de la comisura de sus labios.

—Ya se puede ir, le disculpo y lo libero de este horrible lugar.

—No es peor que Mordor. Y tiene una Nespresso nuevecita. Seguro que el café es mejor que el de la máquina de la sala de profesores. Es como un *tessssoro*... —siseó.

Jon observó la cafetera de cápsulas con la misma codicia que Gollum adoraba el Anillo Único.

Pablo pestañeó varias veces, divertido muy a su pesar.

—Comparar esto con Mordor es un poco excesivo. Ni que yo fuera Sauron vigilando la Tierra Media.

Jon sonrió de lado y se puso en pie.

—Más bien es un hobbit —susurró por lo bajini.

Pablo enrojeció y frunció el ceño.

—¿¡Cómo!?

—Tengo que dar clase. Buenos días. —Se escabulló con rapidez.

El profesor de Matemáticas se quedó incrédulo ante aquella desfachatez. Le subió el rubor hasta la raíz del pelo.

Sabía que era bajito, lo sabía más que de sobra.

—¡Será imbécil! —masculló.

Imbécil y con un lunar muy apetecible cerca de la boca.

<♥+♥>

—Jon, ¿te has disculpado con Pablo en condiciones? —indagó Mercedes, la directora del centro, cruzada de brazos y con una ceja levantada.

Ambos estaban en el *parking* habilitado para los empleados.

Si se la observaba con detenimiento, podía apreciarse el parecido físico con su sobrino: alta, esbelta y rubia, solo que con veinticinco años más.

—Sí, te doy mi palabra de que fui y me disculpé de todo corazón. —Levantó la mano derecha mientras que con la izquierda sujetaba el casco de su moto.

—Que no se vuelva a repetir —lo avisó—. Ni con él ni con ningún otro miembro del profesorado. Bueno, me voy a casa —dijo mientras se subía en su coche—. Me espera Ernesto, tenemos que ir a comprar.

—Nos vemos mañana. —Le dio un beso en la mejilla a la hermana de su padre.

Mercedes cerró la puerta y salió del aparcamiento marcha atrás hasta desaparecer por la salida.

A esas horas ya se habían ido todos los profesores excepto Pablo, pues su coche continuaba estacionado donde siempre.

Cuando Jon se subió a la moto e intentó arrancarla no lo consiguió. Por más que lo intentó, no fue capaz. Frunció el ceño y se bajó para examinarla. Notó un crujido bajo su zapatilla y al levantar el pie vio un fusible destrozado en forma de tubito de cristal. Era el de su moto.

Sumar dos más dos fue sencillo.

—¡Serán hijos de puta! —exclamó ofuscado y a todo pulmón.

Cuando fue a sacar el móvil para llamar a su tía, apareció Pablo con cara de sorpresa.

—¿Qué sucede? —indagó. Aunque en realidad había estado escondido esperando a que Jonathan se fuera para poder salir—. ¿No arranca la moto?

—Algún jodido capullo me ha roto el fusible. —Le enseñó los restos—. Juro que como me entere de quién ha sido... ¡Joder!

—¿Quieres que le lleve yo? —Se ofreció de buena fe, aunque eso lo puso muy nervioso ante la posibilidad de tenerlo cerca de nuevo.

—No pasa nada, iba a llamar a mi tía Mercedes ya que se acaba de ir... Pero creo que pediré un Uber porque ella tenía cosas que hacer con su marido.

—¿Su tía? —preguntó con incredulidad.

—Sí, la directora es mi tía. De toda la vida de Dios. ¿No lo sabía? Pues será el único... —Jon estaba de mal humor.

A Pablo no le gustaban los docentes que entraban por enchufe y le sorprendió que doña Mercedes se hubiera prestado a ello. Sin embargo, prefirió no prejuzgar tan rápido.

—Lo de la moto lo han hecho los alumnos. No es la primera vez, ni será la última, mucho me temo... —comentó con expresión de disgusto.

—Y yo creyendo que caía bien a todos los críos. ¡Joder! —bufó mientras se quitaba el casco—. Como los pille, les retuerzo el pesc...

—Ya le llevo yo. ¿Dónde vive? —lo cortó para que no se enervara más de la cuenta.

—No es necesario, de verdad.

—Insisto —se reiteró en tono serio y con cara de ogro.

Ahí estaba don Paloescoba, el intransigente.

—En Alcalá de Henares... Pero...

—Suba al coche. —Pablo pulsó el mando de la llave y el Audi se abrió—. Venga, hay mucho tráfico, es mejor salir ya.

—V-vale, gracias.

Jon cedió, tampoco podía hacer otra cosa y no quería gastarse un dineral yendo en Uber.

Se acomodó en el asiento del copiloto y fue a ponerse el cinturón de seguridad.

—Quítese la chaqueta, está prohibido llevarla en el interior del coche —le pidió.

—Perdón, no tengo costumbre...

Cuando estuvieron preparados, Pablo se puso en marcha y encendió la pantalla táctil bajo el salpicadero.

—Escriba la dirección —demandó.

Jon hizo lo que se le pidió y el *Google Maps* se puso en marcha, igual que el coche.

Pablo condujo hacia la autovía sin prisas y con cuidado. Hasta para eso cumplía a rajatabla todas las normas.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —Jon meditó en voz alta.

—¿Ha tenido algún problema últimamente en sus clases? ¿Alguna insubordinación?

—Bueno, esta mañana he llamado la atención a un grupito de chicos de 3.º porque estaban jugando con el móvil al *Genshin Impact* mientras enseñaba Desarrollo de Aplicaciones Web. Se

han reído, les he quitado los teléfonos y... ¿Me han roto el fusible?

—Poco le han hecho a la moto... Rápido y efectivo para no ser vistos. Ya verá que risa cuando los pillemos.

—*Pfff... Ahhh* —gruñó. Esa moto era su novia.

—¿Mañana tiene cómo llegar a San Gerónimo?

—Se lo pediré a Ana. Ella también vive en Alcalá. No creo que le importe... Otras veces me ha ofrecido compartir coche para ahorrar gasolina, pero soy un poco maniático con mi moto.

—Otro cuadrulado como yo con sus cosas, ¿cierto?

Jon rio por lo bajo y miró de reojo a Pablo. Su expresión se había suavizado. Quién le hubiera dicho, el día antes, que acabaría en su coche.

—¿Y dónde vive usted? —indagó con curiosidad.

—En Collado Villalba.

—¡Ay! ¡Pero haberlo dicho! Entre ida y vuelta es hora y media... —Jon se puso nervioso. Odiaba molestar a los demás, era una persona muy independiente—. Le pagaré la gasolina.

—No tiene importancia.

—Insisto.

—No.

—Le invito a comer. —A Jon le salió del alma aquel ofrecimiento.

Pablo se mordió el labio resistiéndose a ceder.

—No es necesario.

—De acuerdo... —respondió un poco desanimado.

El resto del viaje solo intercambiaron unas breves palabras sobre el tráfico ya que ambos se sintieron incómodos.

Pablo estaba nervioso como un adolescente gilipollas, arrepentido por no aceptar esa comida. Jon, por su lado, no quiso ser impertinente pues sabía que su acompañante era muy circunspecto.

Se empezó a preguntar si estaría casado, aunque no llevaba anillo, si tendría pareja, hijos, algún lio...

Pablo también estuvo comiéndose la cabeza con preguntas similares. Un hombre como Jonathan debía estar con alguien, era demasiado guapo. Y si seguía soltero seguramente iba de flor en flor. Al fin y al cabo, andaban todas suspirando por él, derretidas por los pasillos del colegio o cuchicheando como perras en celo, a la espera de tener la oportunidad de hablarle.

De hecho, Ana parecía llevarse estupendamente con el profesor de Tecnología y solían estar juntos muy a menudo. Viviendo en la misma localidad hasta habrían quedado... Puede que hasta hubiesen fo...

Aquella posibilidad puso de muy mala hostia a Pablo. Se alegró de que quedara muy poco para llegar a la zona donde residía Jonathan, cerca de Garena Plaza, un centro de negocios y ocio.

—Puede dejarme aquí, delante de ese restaurante japonés —le indicó el rubio.

—¿Seguro?

—Vivo a dos calles de las estación de tren. De hecho, vengo mucho a cenar por aquí o a tomarme algo con mis amigos.

—Alguna vez he venido con los míos, conozco el lugar. —Sonrió intentando aparentar tranquilidad.

—Bueno, lo de comer, cenar o tomar algo sigue en pie —se reiteró Jon—. Le he prometido a mi tía que me portaría bien y no alteraría el orden mundial. Es mi forma de hacer las paces.

Pablo, con el coche detenido en doble fila, lo sopesó mordiéndose los labios de nuevo.

Ese tic no pasó desapercibido para Jon. Le resultó gracioso.

—Ya veremos, suelo estar muy ocupado. He de irme...

—Oh, sí, sí. Muchísimas gracias, hasta mañana.

John se apeó del vehículo, cerró la puerta y se despidió con la mano. Caminó por la avenida en dirección a su casa.

Pablo suspiró con el corazón a cien, observándolo.

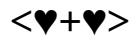
—Qué bien le quedan los pantalones... —musitó para sí.

Se puso en marcha de nuevo, hizo un cambio de sentido en la rotonda y volvió a la A2 para conectar con la A6. Se dio cuenta entonces de que Jonathan se había dejado la chaqueta. No obstante, ya era tarde para dar la vuelta. Tampoco tenía el teléfono del profesor, por lo que... Por lo que tendría que pedirselo.

—No seas absurdo... Solo te ha invitado para quedar bien. Sigue siendo idiota y te cae muy mal porque es un friki inconsciente —se dijo intentando autoconvencerse.

Miró de nuevo la chaqueta y alargó la mano para acariciarla. Era de cuero, muy suave. Apartó la mano de forma rápida como si le hubiera dado calambre.

Y se sintió estúpido.



Jon se percató de inmediato de que no llevaba la chaqueta. Básicamente porque hacía fresco a finales de noviembre. Sin embargo, supuso que don Pablo se la devolvería al día siguiente.

De pronto, pensar en él como «don Pablo» le resultó demasiado raro aunque lo hubiera estado llamando de esa forma desde principio de curso. Ni era tan mayor, ni tan seco —muy en el fondo— como pretendía aparentar. Además, Ana le había asegurado aquella misma mañana que era un hombre mucho más afable de lo que parecía y que sus circunstancias personales no eran fáciles. Se volcaba en el trabajo para sobrellevarlas.

—Bien, habrá que averiguar un poco más sobre don Paloescoba.

Luego llegó a casa y se dedicó a terminar de preparar los exámenes de la evaluación. También llamó a Ana para relatarle lo sucedido con la moto y pedirle que lo llevase a clase al día siguiente.

—Joder —empezó diciendo esta—, ese grupo de críos me tienen harta. Mañana nos reuniremos para ver qué podemos hacer, pero ante todo te pido que no intervengas. Haz como si nada.

—¿No les puedo partir las piernas? En tres partes.

—No.

—¿Dos?

—¡Jon, por Dios!

Se escucharon una sucesión de carcajadas.

—Es que mi moto es como el perro de John Wick. Por ella yo rompo extremidades si hace falta. Pero bueno, os dejaré hacer vuestro trabajo...

—Exactamente. Hay una cámara de seguridad en el aparcamiento, son demasiado tontos como para tener en cuenta esos detalles. Los niños de esas edades actúan por impulso.

—¡Pues ya está!

—Por cierto, estoy sorprendida de que don Pablo te haya traído teniendo en cuenta la que le liaste ayer. Sí que te has tenido que arrastrar como una babosa para que te perdonase... —bromeó.

—En realidad no fue tan incómodo. Es cierto que, muy en el fondo de su negro corazoncito, es buena gente.

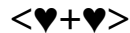
—Ya te lo dije.

—Por cierto... —Jon dudó unos instantes—. Teniendo una cátedra, ¿por qué ejerce en San Gerónimo?

Ana suspiró al otro lado.

—Aunque debería contártelo él, tampoco es ningún secreto... A su madre le dio una embolia cerebral y ahora mismo la pobrecita está muy malita en un centro especializado...

Jon se quedó sin palabras. Solo se sintió un miserable por haber sido tan duro con el profesor de matemáticas.



—Hola, mamá... —la saludó Pablo tras darle un beso en la frente.

No obtuvo respuesta, por supuesto, ya que Luisa yacía sobre una impoluta cama de tipo hospital y estaba en estado vegetativo.

Casi todos los martes solía iba a verla. Además, Pablo pasaba los sábados por la tarde allí, leyéndole libros. En esas ocasiones parecía como si lo escuchase, teniendo breves reflejos, aunque probablemente era más su propia esperanza de que despertase, que la cruda realidad. Por lo demás, respiraba por sí sola pero necesitaba asistencia para todo.

Le peinó el cabello cano y corto, acariciando después sus marchitas mejillas.

Entró en la estancia su tía Rosa, hermana mayor de Luisa, con sendos cafés. Le tendió uno a su sobrino

—Yo la veo bien —comentó ella.

—Hoy mamá está guapa, ¿verdad? El sábado terminé de leerle *Jane Eyre*. Abrió los ojos un momento... Solo unos segundos —susurró Pablo con aire melancólico.

La tía Rosa, y toda su familia, siempre habían sido un gran apoyo para Pablo. De hecho, era la madre de su mejor amigo: Nacho.

—¿Cómo es que has llegado tarde? —Rosa sabía cuándo cambiar de tema.

Ambos se sentaron en el sofá de la habitación. Estaban en un centro privado donde cuidaban muy bien de la pobre Luisa. Hasta música ambiental le ponían. Pablo destinaba la mitad de su sueldo a pagar aquella larga estadía.

—Unos simpáticos alumnos han estropeado la moto de un compañero y me ofrecí para llevarlo

hasta Alcalá. No lo podía dejar ahí tirado...

—¡Joder con los críos de hoy en día! Dos bofetones les daba yo y arreglado.

—Sabes que eso ya no se puede hacer —le recordó frunciendo el ceño—. Hay que ser muy diplomático, seguir unos protocolos específicos...

—A Nacho le di en el culo desde bien pequeño y no ha salido tan mal, creo yo. Cuánta tontería... ¿Es que los padres no inculcan a su hijos que se debe tener respeto?

—Me temo que muchos no lo hacen y son peores que ellos. Creen que nosotros somos los que debemos educarlos y se desentienden o simplemente les da igual. Si ya hablamos de un colegio privado como San Gerónimo... Pues el problema se multiplica exponencialmente porque están pagando una cuota muy alta.

—Ay, mi chico. —Rosa lo agarró de tal forma por las mejillas, y le arreó tal beso, que las gafas se le quedaron de lado—. Con lo guapo que eres, deja de peinarte así, que parece que te haya lamido la cabeza una vaca.

—Tía, por Dios... —Se recolocó las gafas torcidas.

—A tu madre le gustaría que encontraras un hombre digno de ti, no como el lerdo ese con el que saliste antes de que le diera el infarto.

—Paso de esas cosas y lo sabes. No es nada malo vivir sin pareja. Además, os tengo a vosotros.

Rosa sabía que, en el fondo, su sobrino tenía falta de cariño en su día a día. Se autoengañaba aunque no lo quisiera reconocer. Lo conocía de sobras y era un romántico.

—Por cierto, Nacho ha vuelto de Kenia. Puede que sea el último trabajo para National Geographic. Está pensando en quedarse definitivamente en España.

—Viaja demasiado, no me extraña... Que me llame y quedamos con los chicos un día de estos.

Rosa asintió y le revolvió el pelo a Pablo, para disgusto de este.

—Estás más guapo sin esa gomina. Hazme caso.

Pablo suspiró. A lo mejor tendría que darle el gusto a su tía.

<+Cap/3>
♂+♂=♥

Aquella mañana de miércoles, Jon entró en el aula de Informática con los exámenes en la mano. Cerró de un golpe la puerta y miró a los alumnos que habían escogido su optativa. Con especial cariño a aquellos «rompemotos».

—Buenos días. Vamos a comenzar el examen de evaluación trimestral, así que todos los móviles en la caja, por favor.

Fue mesa por mesa para que depositaran los teléfonos y además recogió las *tablets* que el centro proporcionaba. También apagó los ordenadores desenchufándolos de la corriente y les dejó a cada uno un bolígrafo azul nuevecito, obligándolos a cerrar estuches y mochilas.

—¿No era un examen práctico...? —preguntó una alumna.

—Una parte es sobre el *Backend*. Si habéis estudiado en base al libro de texto y a los apuntes que os facilité, no tendréis mayor problema en responder las preguntas. La práctica será resolver una tabla de simulación de crédito que he añadido y que se usa en lo que hemos estado dando durante las clases. En vez de en la *tablet* lo haréis sobre papel, a la antigua usanza.

Hubo quejas generales. No estaban acostumbrados a que el profe Jonathan hiciera aquellas cosas. Siempre era muy permisivo.

—Yo jamás dije que fuera a ser un examen práctico de *Fronted* —respondió mientras dejaba bocabajo, en cada pupitre, las hojas grapadas. Luego volvió a su mesa y miró el reloj de pulsera para esperar a que llegara la hora—. Podéis empezar. Tenéis cincuenta minutos.

Se quedaron en silencio, leyendo los enunciados. Jon los observó a todos y se sonrió. Aquellas caras de sorpresa, alguna ceja levantada o morro torcido... Pero prestó especial atención a los tres colegas que le habían jodido la moto. Sus ceños fruncidos lo dijeron todo.

Todavía tenían que visionar las grabaciones de la cámara. De forma independiente a eso, no iba a permitir más insubordinaciones en sus clases. Les había dado la mano y le habían cogido del brazo.

Estaba aprendiendo a hostias. Sin embargo, los críos también lo harían, aunque fueran metafóricas. Por lo pronto ya habían conseguido que su examen subiera de nivel, aunque siempre en base a la normativa y a los temas impartidos durante esa evaluación.

Se paseó entre las mesas, mirando por encima de los alumnos. La mayoría no tuvo problema en responder a las preguntas —que no eran tan complicadas— aunque alguno que otro se quedó atascado en la parte de cálculo.

—¿No podemos usar la calculadora? —preguntó uno de los vándalos.

—Pedro, son matemáticas básicas. Cuando paséis a 4.º, don Pablo no os va a dejar usar calculadoras. Estoy seguro de que puedes hacerlo sin ell...

Pedro lanzó el boli al suelo, ofuscado.

Jon le quitó el examen inmediatamente y miró al chaval con dureza.

—Coge tus cosas y siéntate allí. —Le señaló un pupitre alejado.

—¡No me sale de los cojones! —contestó gallito haciendo un aspaviento.

—Coge tus cosas y siéntate allí —repitió el profesor, inclinando sobre el chico su metro noventa.

Pedro acabó por acatar la orden y se puso en una mesa alejada del resto. Jon volvió a dejarle el examen delante y le plantó el bolígrafo encima, con fuerza.

—Se lo voy a decir a mi padre —siseó el chico.

—¿El qué? ¿Lo de que has tirado el bolígrafo y que no te sale de los cojones cambiarte de sitio?

—Que ayer me quitaste el móvil —protestó.

—Es el procedimiento del centro cuando este se utiliza para algo no permitido, como andar jugando a videojuegos. Si tu padre quiere venir a hablar conmigo, que pida cita con tu tutora y tendremos una reunión. Ahora acaba el examen, te queda media hora y está apenas sin responder.

Se dio la vuelta y todos los estaban mirando, boquiabiertos.

—Seguid —añadió en tono serio y los chavales así procedieron.

<♥+♥>

Pablo olió la chaqueta por cuarta vez aquella mañana. Tenía que llevársela a su legítimo dueño, pero se resistía a deshacerse de aquella prenda tan significativa. Ese aroma varonil le hacía estremecerse. Y también empalmarse, así que se sintió muy sucio. Tomó la determinación de acabar con aquel fetiche de inmediato.

Consultó los horarios en los que Jonathan tenía descansos y fue a buscarlo en cuanto pudieron coincidir. De camino hacia las aulas destinadas al Departamento de Tecnología y Digitalización se encontró con Ana, la profesora de Valores Éticos y orientadora del centro.

De pronto la vio desde otro prisma y se puso a la defensiva. Fue una reacción estúpida ya que siempre se habían tratado con normalidad y respeto. Sin embargo, pensar en que se pudiera acostar con Jonathan lo sulfuró y a la vez le hizo sentirse estúpido.

—Buenos días, don Pablo.

—B-buenos días —farfulló agarrado a la prenda como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué hace por aquí? Es raro verlo —comentó en tono cantarín.

Ana era una mujer muy guapa, de pelo oscuro y rizado. Alta y muy bien dotada, además de soltera...

—Yo, eh... Vengo a devolverle la chaqueta a don Jonathan.

—¡Ah! Sí, me dijo que le acercó a su casa. Fue un gesto muy amable por su parte, la verdad. Por cierto, ya sabemos quién ha sido el vándalo —susurró para que nadie más los escuchase—. Vengo de tener una doble charla con él.

—¿Doble?

—No solo le quitó el fusible a la moto, también se ha puesto gallito durante el examen de la optativa que da Jon. Voy a hablar con el Jefe de Estudios y Dirección para informar de ello.

—¿Él está bien? —Pablo se pronunció con preocupación.

—¿El alumno?

—No, don Jonathan...

A Pablo le importó una mierda el alumno. Pensó en lo mal que debió sentirse Jonathan al tener que lidiar, por primera vez, con ese tipo de conductas y situaciones.

—Se lo ha tomado mejor de lo esperado. —Ana soltó una risotada—. Bueno, me marchó. Ahí lo tiene, en el aula de Informática, trasteando con sus amigos los ordenadores.

Pablo apretó el paso y se coló en la clase. Su compañero estaba aparentemente tranquilo, encendiendo las computadoras para la siguiente tanda de alumnos impertinentes.

—Buenos días.

Jon miró a Pablo y sonrió de forma inmediata, como si estuviera aliviado.

—¡Buenos días! Por fin se sabe quién fue el lumbreras que me tocó los cojo... Perdón, la moto.

—Me he cruzado con doña Ana y algo me ha comentado. —Le acercó la chaqueta y se la tendió.

—Muchas gracias, lamento las molestias.

—No ha sido nada... Estoy para lo que necesites.

Jon le miró con una ceja levantada. Se quitó las gafas, las limpió con el dobladillo de la camiseta y se las volvió a colocar sobre el puente de la nariz. Luego salvó la distancia que los separaba. Achinó los ojos y medio sonrió.

—¿Desde cuándo nos tuteamos?

Pablo se puso bermellón. ¿Cómo había podido cometer semejante desliz? Levantó un dedo, abrió la boca, bajó la mano e hizo un gesto con los hombros.

—Le pido disculpas.

—Ahora ya no «se vale» volver para atrás, Pablo —dijo en tono de chanza—. Puedes llamarme Jon.

El profesor de mates boqueó intentando llevarle la contraria, pero no pudo. Cayó rendido a sus estúpidos encantos.

—Vale, ya está hecho. Pero solo en privado, nunca delante de los demás, por favor.

—Entonces soy el único con el privilegio ultra especial de llamarte simplemente Pablo. O Pablito...

—No te pases —gruñó este—. Y tu tía también me llama Pablo, te recuerdo.

—Mecachis en la mar. De acuerdo, no más don Paloescoba.

—¿En serio? ¡Eso ha sido muy gratuito! —Se dio la vuelta con la intención de irse, airado.

No obstante, Jon lo tomó del codo para poder detener la huida.

—Era broma. A mí me llaman friki, *nerd* o *geek* a mis espaldas.

—Seguro que no es de forma peyorativa como en mi caso.

Era la primera vez que se tocaban y Pablo sintió un cosquilleo subirle por el brazo y llegarle hasta el estómago.

Las jodidas mariposas.

—Teniendo en cuenta que ayer un alumno manipuló mi moto y hoy me ha faltado al respeto en clase durante el examen de evaluación, yo diría que los críos no me quieren tanto como yo pensaba... —se sinceró.

Jon se dio cuenta de que aún sujetaba el brazo de Pablo, así que lo soltó con un gesto de disculpa. También se percató de algo significativo: Pablo llevaba el cabello peinado de un modo mucho menos formal. Hacia un lado, sí, pero sin esa gomina de baba vacuna. Con aquel *look* estaba distinto y atractivo. El leve vello facial también le sentaba bien.

—Mucho me temo que la docencia tiene más blancos y negros que escalas de grises. Es imposible no llevarse disgustos. Por eso soy tan intransigente. Diez años aquí dan para mucho...

—Bueno, si me pego a ti como si fuera una lapa, tal vez aprenda mejor de qué manera lidiar con actitudes indeseables. Serás mi profe —bromeó.

—Madre mía... —Pablo se dio la vuelta para marcharse, entre divertido por dentro y serio por fuera—. Dimitiría si tuviera que aguantar a un alumno como tú.

—¡Eso díselo a mis profesores de instituto! ¡Seguro que se prejubilieron por mi culpa! —exclamó cuando Pablo desapareció por la puerta.

Este ya no respondió.

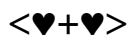
Jon suspiró, apoyando el trasero sobre el escritorio. De pronto se dio cuenta de algo:

La certeza de que Pablo Rojas le parecía guapo, aun con las orejotas y su metro setenta.

—No me jodas... —se dijo—. No me jodas, Jon, no me jodas... Pero si no es tu tipo...

A lo mejor lo que le convenía era cambiar su tipo de hombre. El habitual solo le producía disgustos innecesarios.

Jon se empeñó en saber más de Pablo, así que se propuso conseguirlo antes de que llegaran las vacaciones de Navidad.



Aquel primer domingo de diciembre, tras terminar la complicada ronda de evaluaciones: corregir, hacer las medias y colgar las notas, Pablo se tomó un merecido descanso y quedó con Nacho y los otros dos amigos que conformaban la pequeña pandilla. Cristian: escritor y guionista. E Íñigo; actor y modelo.

Los tres habían trabajado juntos hacía muchos años en una serie de adolescentes súper conocida. Uno de guionista, otro de actor y Nacho como camarógrafo.

Lo que hizo que Pablo se integrara con facilidad fue que los cuatro se identificaban como miembros de la comunidad *queer*.

Nacho se sentía pansexual y mantenía una duradera relación con Mónica, su novia de toda la vida.

Cristian e Íñigo eran bisexuales, ambos solteros.

Y él mismo era completamente gay.

Los cuatro quedaron en una colorida cafetería en Chueca, ese barrio que un día fue marginal y que, paso a paso y con mucha lucha, se forjó como un hogar en el que todo tipo de visitantes celebraban la libertad individual.

Pablo fue el primero en llegar, siempre con su puntualidad suiza. Solo cambió su atuendo diario por unos pantalones vaqueros y una camisa azul oscuro. Eso sí: sin corbata y con el pelo sin engominar.

Aunque se percibiese raro al verse en el espejo, era consciente de que ese *look* capilar era mucho más favorecedor. Además, el cabello se le ondulaba ligeramente y con gracia. Había

prometido a su tía no encorsetarse tanto.

Su primo fue el segundo en pisar la cafetería y se dirigió hacia Pablo. Este se puso en pie para abrazarlo. Hacía meses que no se veían.

—Estás muy moreno para ser invierno. Y te has dejado una coletita ridícula...

—Eres un resabido y un soso —se burló Nacho.

—Me ha dicho la tía que vas a dejar *Nathional*...

—Sí. Las cosas con Mónica se han estado enfriando y he decidido quedarme para ver si se pueden arreglar... —confesó en tono angustiado—. Paso demasiado tiempo fuera. Es hora de establecerme en condiciones y no ir a salto de mata, que ya tenemos una edad. ¿Qué opinas?

—Que hay que arriesgarse por la persona que quieres.

—Siempre has sido un romántico, Pablo.

—Creo que has hecho lo correcto.

En ese momento aparecieron los dos que faltaban: el regordete Cristian Vázquez, ya un poco fondón por pasarse el día sentado delante del portátil sin hacer una pizca de ejercicio, y su antítesis, el modelazo Íñigo Soto; alto, cachas y guapo a rabiar. Era tan atractivo que daba asco verlo. No obstante, su corazón era mucho más bonito.

—¡Qué raro! Don Pablito se ha esperado a que llegáramos y no se está zampando ya un pastel de zanahoria —se rio Cristian mientras se sentaba a su lado.

—Vete un poco a tomar por cu... saco.

—Ay, me iría a lo primero, pero nadie me quiere —lloriqueó a modo de cachondeo—. Le he tirado ficha al modelo este, pero ni caso me hace.

—Qué mentira más grande —respondió el aludido—. Me sigues viendo como ese adolescente de instituto que se tiraba a todas las chicas.

—Lo hiciste en la realidad —añadió Cristian.

—Es verdad. Y a algún chico...

Luego se dio la vuelta y abrazó con mucha intensidad a Nacho, su mejor amigo desde aquella época tan lejana.

—Te he echado de menos, imbécil.

—Y yo a ti, anormal.

Se fundieron en un nuevo abrazo y pasaron a sentarse alrededor de la amplia mesa.

—Voy a pedir yo —dijo Pablo—. ¿Qué queréis? Nada de alcohol, son las cinco de la tarde y mañana madrugo.

—Pues no bebas tú, aguafiestas. No te jode... —le soltó el escritor.

—Para ser un amante de la lengua castellana, te expresas de forma muy vulgar, Cris —le espetó—. Mejor mantente a dieta, que te hace falta.

Se echaron a reír de buena gana.

—Qué hijos de puta sois. Y todo porque me han salido un par de rollitos alrededor de la cintura.

—Un par de docenas de rollitos. En serio, cuídate más —le aconsejó Íñigo—. Vente a entrenar conmigo.

—Antes cabo mi propia tumba y me lanzo dentro. En mi epitafio se podrá leer: «En nuestros corazones siempre estarás gordo».

—Qué poético —le respondió el actor.

—Vale ya. ¿Lo de siempre? —cortó Pablo.

—Que sí, pesado, lo de costumbre. Y añade birras.

Pablo ignoró al escritor y se fue a la barra. Pagó todas las consumiciones y volvió con sus amigos a esperar hasta que les llevaran la comanda.

—Pablo, estás un poco cambiado. ¿Te has dejado crecer el pelo y un poco la barba? —Se fijó Íñigo.

—¿Me queda mal?

—¡No! De hecho, que te empiece a tapar esas orejas de elefante es buena señal —le soltó su primo.

La mirada de Pablo fue fulminante.

—Sabéis que tengo complejo, parad ya.

—Pero si te estamos diciendo que se te ve guapo a rabiar, joder. Tienes un pelo muy bonito así al natural... —Íñigo lo despeinó.

—¡Quita! No me gusta que me toquen.

—No, desde luego. Estás ya para vestir santos, señor mío —dijo Cristian—. Se te va a pasar el arroz. El año que viene serán cuarenta primaveras.

—Me va bien solo, no necesito un novio que sea incapaz de entender que mi madre es lo primero por delante de todo lo demás.

—Es hora de que pases página, Pablo... —susurró su primo.

—Insisto: me va bien así.

Ninguno de sus tres amigos dieron aquella respuesta como válida pues sabían que su amigo era una persona muy romántica que se entregaba a su pareja. Solo que no había recibido lo mismo a cambio.

En cuanto les llevaron el pedido se pusieron a comer y beber, en especial Cristian. Los productos de pastelería eran su perdición absoluta.

—En general estamos todos bien, ¿no? Con las mierdas de siempre —susurró Nacho—. En realidad no me va muy allá con Mónica...

—¿Qué dices? —indagó el escritor.

—Ya llevamos casi veinte años juntos y yo me paso meses fuera de casa. Me ha dado un ultimátum...

Íñigo ya estaba al tanto de eso, así que tomó a su mejor amigo de la mano y se la apretó para insuflarle ánimos.

—Ya verás, todo saldrá bien. Sabes que puedes contar conmigo en la agencia. Un fotógrafo de tu nivel, con premios internacionales, será bienvenido.

—Gracias, tío.

—¿Y tú cómo llevas el libro eterno? —Quiso saber Pablo dirigiéndose a Cristian.

—¿Parado? Ser escritor fantasma me chupa la vida escribiendo basura para *youtubers* e

influencers que no saben ni poner una tilde en su sitio, mucho menos una coma vocativa. Luego salen a la venta «mis» libros con sus nombres ridículos, y se forran. Qué asco le tengo a este trabajo, cada vez más.

—Y como de costumbre, no nos puedes decir a quién le escribes esas maravillas de la literatura hispánica. —Íñigo se carcajeó.

—Cualquier día escribo tu novela de mierda, no te preocupes. La titularemos *Historias de un vividor follador*.

—Joder, cómo te pasas, cabrón.

Hasta el propio Pablo fue incapaz de aguantarse las risas. Otra cosa no, pero Cris era un genio del sarcasmo. Le entró tal ataque que tuvo que sujetar a su primo por el jersey y hundir el rostro en él.

Aquella explosión de sentimientos felices lo confundió hasta el punto de que la risa pasó a ser de frustración y necesidad de sincerarse.

—¿Pablo? ¿Qué pasa? —Nacho lo sujetó del rostro.

—Me gusta otro profesor... ¿Y ahora qué cojones hago?

—A ver, a ver, espera. Rebobina, tío. ¿Has dicho que te gusta otro profesor? ¿De San Jerónimo? ¿Quién? ¿Cómo es? ¿Está follable?

Cris sacó una libretita y un boli, por si podía apuntar alguna idea que usar en su novela, como todo buen escritor hacía con quien le contaba sus experiencias personales.

—¿Te divierten mis sinsabores, desgraciado chupatintas?

—Evidentemente sí.

—A ver, dejad que se explique. Necesita sacarlo fuera —intervino Íñigo.

Pablo suspiró intentando calmarse.

—Se llama Jonathan. Es Ingeniero Informático y da clases en el Departamento de Tecnología. Es muy distinto a mí, en todos los sentidos. Somos como el agua y el aceite. Nos llevábamos fatal, pero a raíz de una bronca que tuvimos por una alumna, pues...

—Pues follasteis como bestias en celo —lo cortó Cris.

El catedrático le fulminó con la mirada.

—Simplemente comenzamos a hablar más. Y a mí me gusta... Fin de la historia.

—¿Ya? —inquirió Cristian, decepcionado.

—¿Qué esperabas? En mí no se va a fijar. Es así, mirad.

Buscó el contacto de WhatsApp y les enseñó su foto de perfil.

—Joder, qué guapo es... —susurró Nacho—. ¿Pero por qué no se iba a fijar en ti? Eres un tipo atractivo. Siempre y cuando mantengas este estilo y no el de profesor anodino.

—Ni siquiera conozco sus gustos sexuales. Aunque sospecho que tiene un lío con otra profesora. Así que eso es todo, de verdad. Solo he bajado la guardia un poco... Se me pasará.

Hasta Cris, una nulidad en el amor, le dio unas palmaditas en el hombro y se guardó su chanza. No era el momento.

—Antes de sacar conclusiones precipitadas, opino que deberías averiguar sus preferencias y después ya se verá —lo aconsejó el actor—. Tal vez no surja nada, pero hagas un buen amigo. Si

te gusta seguro que tiene que ser buena gente.

Íñigo tenía la mala costumbre de creer que todo el mundo era bueno, lo que le había llevado a recibir unas cuantas puñaladas traperas en el entorno de su profesión.

—Tienes razón... Es solo que ha alterado las ecuaciones que tenía hechas en mi cabeza.

—Vamos, que ha resuelto la teoría de cuerdas —intervino Cris.

—Eso es física teórica, no matemáticas.

—Pues lo del gato de Schrödinger.

—Paradoja de superposición cuántica.

—El problema de P frente a NP...

Pablo se quedó callado, asombrado de que hubiera mentado un problema matemático sin resolver.

—¿De dónde has sacado eso?

—Documentándome. Y se me quedó porque P, NP, pene, pene, pene...

—Creo que te voy a tirar yo a la fosa —replicó Pablo recobrando la sonrisa.

Puede que su vida diaria fuese solitaria, que estuviera colado por un compañero inaccesible, que su madre no despertara, que odiara dar clase a niños de la ESO... Pero al menos formaba parte de aquel grupo de gilipollas. Y los quería. Ellos eran su familia.

<+Cap/4>



Las juntas de evaluación para poner las notas a los alumnos era algo que todos los profesores odiaban. Para Jon fue su primera experiencia y, tras tres días así, terminó con la cabeza como un bombo a punto de explotar. Padecía migrañas, por lo que tuvo que tomarse una pastilla especial para tal caso. Se sintió mareado y fue a sentarse un rato en el aula de Informática, bajando las persianas y permanecer a oscuras.

Había aprobado a todos sus chavales menos a Pedro, el adolescente problemático que toqueteó su moto. Y no había sido por eso, ya que solo se le sancionó a nivel administrativo dándole un aviso a él y a su padre, el cual no dio más que problemas echándole la culpa a Jonathan por no educar en condiciones a Pedro.

La razón de ponerle un insuficiente fue porque su valor medio obtenido era menor que 4,50 en una asignatura donde todos los demás críos habían sacado un notable. La actitud y dejadez del chaval eran más que patentes y el intransigente de su padre no quería ver la evidencia. Probablemente la agresividad la había heredado de este.

Unos toques en su puerta lo hicieron abrir los ojos. Pablo entró con un refresco en la mano.

—Te he visto muy mala cara en la junta. Estabas blanco como el papel. —Le tendió la lata fría.

Jon se la puso en la sien y en la nuca.

—Me dan migrañas y llevo durmiendo mal varios días... Este tipo de estrés es distinto a todo lo que había conocido hasta ahora...

El profesor de mates se sentó a su lado.

—Lo lamento... A mi madre también le daban muchas... Tal vez debas hacerte alguna prueba.

—No tengo nada, no te preocupes. Muchas gracias por el refresco.

Jon entendió la preocupación de Pablo al recordar que la madre de este estaba muy malita. Ana le había dicho que tuvo un infarto cerebral, pero no se había atrevido a sacar un tema tan delicado.

—Si necesitas cualquier cosa me mandas un mensaje y te lo traigo.

«No te vayas, cuídame un poquito más», pensó Jon.

Un masaje en el cuello, un abrazo, unas caricias en el pelo... Todo aquello hubiera querido recibir por parte de Pablo.

—Quiero darte las gracias por haber recapacitado sobre nuestros chavales y por lo de Cristina. Ese notable hará que la niña se anime y lo dé todo en tus clases.

Pablo sonrió.

—Se lo había ganado y tú tenías razón. En cuanto al resto, he rascado un poco de aquí y de allá. Las matemáticas son lo que son, es complicado poner nota en base a ejercicios que no están bien resueltos. Simplemente les di un examen acorde al nivel que traían desde 3.º y fueron capaces de hacerlo.

—Igualmente gracias, porque me has ahorrado un montón de lloros desmedidos y lamentaciones adolescentes. Creo que esta vez no me dirán que don Rojas les tiene manía.

Pablo sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, te dejo descansar. Ya sabes, dame un toque si te sientes peor. No conduzcas con migrañas, yo te llevo si doña Ana no puede o te pinchan las ruedas de la moto.

—Cuando ese niño del demonio vea su nota, creo que directamente me la quemará.

—Qué exagerado. Jamás ha habido una trifulca en San Gerónimo. —Pablo no quería marcharse, pero no tuvo más remedio—. Me voy ya, hasta luego...

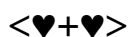
Después de eso, dejó a Jon solo.

Este sopesó el ofrecimiento de que Pablo lo acercase a casa, pero le pareció mal. Era martes, el día que por lo visto visitaba a su madre.

Suspiró sintiendo un mareo. Se puso la lata fría sobre la frente y luego sobre los labios.

—Es buen tío... Don Paloescoba...

Sonrió pensando en los mono que era y luego se bebió el refresco.



El puente de diciembre ya estaba allí, poco les quedaba a los docentes y al personal de San Gerónimo más que recoger y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Las notas ya estaban publicadas en los boletines y los alumnos tranquilos... O no. Sin embargo, Jon se quedó con la mosca detrás de la oreja por si su moto volvía a sufrir daños. Afortunadamente no fue así.

Pedro, el chico conflictivo, ya había repetido un curso, así que era más mayor que sus compañeros y se creía muy importante. Tenía a sus dos secuaces bien aleccionados y habían estado dando por saco los últimos días de clase.

Jon se apuntó esa forma de proceder para que, a la semana siguiente, les cayera una buena. Por lo demás quería tener la fiesta en paz, irse a su casa y pasarse el fin de semana jugando al *Bloodborne*, muriendo una y otra vez entre aberrantes gritos y estertores —no él, sino su personaje— tomarse unas cervezas y dormir el domingo entero.

Ese era su friki plan: ni salir con los amigos de copas, ni ligar, ni nada. Solo quería ir en batamanta y calcetines.

Sabía que Ana se iba de puente con su novia, pero no qué haría Pablo. Lo podía invitar a cenar, dejar la batamanta un poco de lado y pegarse a él... Una cosa llevaría a la otra y entonces...

Se imaginó lo que no debía y enrojeció. A veces sentía el impulso de espachurrarlo entre sus brazos, como hacía con Ana, pero en otro sentido mucho más íntimo.

El tío seguía llevando esos trajes grises con corbata anodina, pero sin la chaqueta y de espaldas tenía una figura muy bien proporcionada y un culo respingón. Cuando se ponía rojo, las orejas eran como dos faros. Y últimamente se sonrojaba más de la cuenta.

—Joder, no y no —se dijo mientras cogía su chaqueta y su casco y salía de la sala de profesores—. No sabes nada de su vida privada...

Al pasar por delante del despacho de Pablo vio luz encendida, así que le pegó un toquecito a la puerta.

Pablo le dio permiso para adentrarse en Mordor.

—¿Me regalas un café? —pidió haciendo un puchero, con medio cuerpo dentro—. Mi tía ha dicho que hasta el año que viene no van a cambiar las máquinas de café aguado. Que hay que ceñirse al presupuesto.

—Pasa... —Pablo le sonrió con levedad. Aún estaba metiendo datos en el portátil—. Sírrete tú mismo, tienes para elegir.

—*Um...* Café con un toque achocolatado. Esto me pone cachondo.

Pablo tragó saliva y se imaginó la escena de Jon, completamente desnudo, tomándose un café. Se empalmó de mala manera y tuvo que esconder más las piernas bajo la mesa.

—Eres un obsceno.

—¿Qué pasa? Somos dos tíos. A todo esto... ¿Tienes pareja? ¿Hijos? —dicho aquello, depositó una taza de café con chocolate a su lado y Pablo volvió a tragar saliva, nervioso.

—No, no tengo —le respondió.

—Yo tampoco tengo.

—¿Qué? —Pablo le miró de reojo.

—Que estoy soltero y sin hijos. Aunque quiero un par de gatos. Para que se hagan compañía mientras no estoy. ¿Tienes animales? —La batería de preguntas pilló desprevenido al profesor de matemáticas.

—Vivo solo.

Pablo no tenía pareja y vivía solo. Jon se animó.

—¿Y qué vas a hacer durante este puente? ¿Te vas por ahí?

—No, lo pasaré en casa...

—Yo también. En pijama, jugando a videojuegos, viendo series y durmiendo.

Pablo sonrió, feliz como una perdiz. Le puso contento que Jon no tuviera novia, aunque eso no fuera a cambiar las cosas entre ellos. A pesar de eso, se atrevió a preguntarle algo íntimo:

—Me parecía que doña Ana y tú os llevabais bien, ya sabes...

Jon casi escupió el café.

—Pero si ella es... Bueno, es...

—¿Qué es? —Lo miró con extrañeza.

—Solo te diré que se va a Londres con su pareja, así que entre nosotros no hay nada. ¡Cotilleo desbloqueado!

—¿Su pareja es una mujer?

—No debería haberlo insinuado...

—¡No te preocupes! No es de mi incumbencia con quién se acueste la gente, son cosas que me dan igual.

Por dentro estaba dando brincos de alegría. Se había quitado un peso de encima y un pensamiento intrusivo recurrente.

Cerró la tapa del portátil, cogió su maletín y se levantó para ponerse el abrigo.

—¿Nos vamos? Ya es tarde.

Jon apuró la taza de café y lo siguió, como un corderillo, hacia la salida del edificio.

Se despidieron de la bedel y anduvieron con tranquilidad en dirección al aparcamiento.

—¿Te gusta la comida italiana? —indagó Jon.

—Sí mientras no sea de una franquicia.

—Pues te invito a cenar. ¿O tienes planes?

Se colocó ante él para cortarle el paso.

—No, no tengo...

—¡Pues ahora sí! ¡Conmigo!

Pablo titubeó. La perspectiva de compartir una velada con Jonathan lo sedujo de inmediato. No podía resistirse por más que lo intentara. Aquel friki le atraía demasiado.

—Está bien... Dime dónde y...

De pronto escucharon la voz de un hombre que demandaba su atención. Allí, donde estaban aparcados sus vehículos, había un Mercedes de alta gama bien nuevito. De pie, junto a este, el padre de Pedro estaba esperando.

—Me cago en la puta... —siseó Jon—. ¿Qué coño quiere ahora?

—Déjame a mí —le ordenó Pablo en tono imperativo—. Mantente al margen.

Se acercó al hombre, un tipo con pinta de chulo, con traje de empresario y cara de mala hostia.

—¿En qué le puedo ayudar? Soy Pablo Rojas, docente en San Gerónimo de Sotomonte.

—¡Quiero hablar con ese capullo de ahí! —Lo señaló haciendo un ademán despectivo.

—No —respondió de forma seca—. ¿Qué es lo que quiere de él?

—¡Ese cabronazo ha suspendido a mi hijo por lo que pasó con la moto! —lo acusó.

—¡Eso no es cierto! Ha sido por bajo rendimiento, absentismo y por no puntuar lo suficiente en el examen. ¡Todo eso es muy anterior a lo que le hizo a mi moto! —Jon se defendió tomando la delantera.

Pablo se interpuso entre ambos. Cuando Jon se encendía era como una antorcha humana.

—¡Mis cojones! —respondió el hombre—. ¡O cambias la nota o haré que te echen del centro!

Al tipo le sentó muy mal que Jon se carcajeara y Pablo quiso matar a su compañero.

—Váyase inmediatamente de aquí o llamo a la Guardia Civil —lo amenazó el matemático sacando el móvil y marcando el número que tenía guardado.

—Esto no se quedará así. —El padre de Pedro señaló a Jonathan—. Conseguiré que te echen.

—¡Es más fácil que saque a su hijo del centro y que lo aguanten en otra parte! —exclamó Jon.

—¡No digas eso! Joder... —chistó Pablo viendo largarse al hombre en su flamante Mercedes.

—Ricachones de mierda, que se creen con derecho a venir amenazando porque se creen superiores.

—¡Jonathan, basta ya! ¡Cállate! —alzó la voz tan fuerte que el rubio se quedó mudo—. ¡¿Es qué no eres capaz de mantener las formas?!

—¡Me ha amenazado! ¿Ahora soy yo el culpable?

—¡No eres el culpable de lo sucedido, pero sí de empeorarlo! Vete a tu casa.

—Pero la cena...

—¡Vete a tu casa! —reiteró con enfado. Luego se metió en su Audi, dio marcha atrás y salió

del recinto.

Jon quiso lanzar su casco contra el suelo, furioso.

No por lo del chico, ni lo de su padre, sino porque había perdido una oportunidad de oro con Pablo.

<♥+♥>

—Buenos días, ¿este es el domicilio de Álvaro Muñiz de Dávila? Preguntó el hombre consultando brevemente una pequeña tarjeta que desapareció en el hueco de su mano. —Pablo hizo una breve pausa antes de continuar—: Sí, contestó Manuel olvidando de inmediato su enfado. —De nuevo cambió el tono de voz—; ¿Es usted un familiar? —Y terminó de con la siguiente línea—; Soy su marido...

Pablo dejó de leer en voz alta *Todo esto te daré*, de Dolores Redondo, y se quedó en silencio. Apartó la vista del libro y miró la figura acostada de Luisa, quieta y tranquila.

Depositó el ejemplar cerrado sobre la mesita auxiliar, retiró un mechón de pelo gris de aquella frente serena y depositó un beso en ella. Luego se sentó a su lado en el lecho.

—Mamá, he conocido a un hombre —susurró en tono íntimo—. Se llama Jonathan. Es más joven que yo, muy impulsivo, con un sentido del humor de esos tan frikis... Nunca pensé que me pudiera gustar tanto alguien así. No sé muy bien qué hacer, pero creo que lo mejor es que me distancie de él... Ojalá, ojalá pudieras aconsejarme. Me siento muy solo...

Ella no se movió, ni siquiera sus globos oculares se estremecieron bajo los párpados.

Pablo sonrió con tristeza y cogió de nuevo el libro retomando su lectura:

—El guardia civil dirigió una rápida mirada a su compañera, un gesto que...

Un sonido breve en el móvil llamó la atención de Pablo y leyó el mensaje. Le daba TOC tener notificaciones sin revisar.

»Lo siento mucho.

Era de Jon, así que lo borró sin más.

Aquella resultaba la mejor decisión que podía tomar al respecto.

<♥+♥>

Por su parte, Jon no jugó a nada, no vio nada, no hizo otra cosa más que quedarse tirado en la cama, o en el sofá, dándole vueltas al móvil y meditando sobre lo ocurrido.

Se resistió a admitir que Pablo había tenido toda la razón del mundo. Pero la realidad era que la había jodido pero bien.

Podían haber pasado un rato estupendo juntos, conocerse mejor, ver más veces esa sonrisa suya tan poco habitual, hablarle de matemáticas... Besarlos, follárselo durante tres días seguidos...

—Joder... —gimoteó por enésima vez, caliente como una perra.

Al final le mandó un mensaje. Él lo vio de inmediato pero pasó olímpicamente de él.

Tuvo que ponerse porno gay y masturbarse cuatro veces para poder quedarse tranquilo. Lo peor fue que al final, cuando se corría, pensaba en el culo de Pablo y en que echaba todo el

semen sobre esas nalgas prietas.

Se sentía fatal, pero lo volvía a hacer.

—Eres un cerdo... —lloriqueó.

Cuando Pablo le respondió, el domingo por la mañana, se le quitaron las ganas de volver a hacerlo.

»Yo también lo siento, porque pensé que podrías comportarte como un profesor de verdad y no como un crío. A partir de ahora no vuelvas a dirigirte a mí si no es imperativo y solo por cuestiones relacionadas con el alumnado o el colegio. No hace falta que respondas.

<Segundo trimestre>

(ñ%+Pablo)

128√e980

Me arrepiento de ser así. Desde que le dije a Jonathan aquello, él se ha distanciado como yo quería, pero me duele en el alma. Me quejo de que es demasiado impetuoso y hace las cosas sin pensar. Pero yo estoy en el otro extremo y me como la cabeza hasta límites insospechados. Al final los extremos no son buenos.

Se ha comportado conmigo tal y como le pedí. Me saluda con normalidad, me pide permiso para comentar algo sobre sus tutorías cuando se refiere a mis clases... Aunque por lo visto ya no hay tantas quejas sobre mi materia, así que casi no hemos hablado de nada antes de las vacaciones de Navidad.

Soy imbécil, soy imbécil y soy imbécil.

Me he pasado las fiestas llorando por las esquinas, por un hombre que ni siquiera sé si es gay, bi o lo que sea.

Nacho me ha dicho que solo he buscado una excusa para alejarlo de mí, porque tengo un miedo acojonante a sentir algo real por otra persona después de tantos años.

No le quito razón. De hecho, la tiene.

Volver a clase y ver a Jon reírse de forma exagerada con otras personas me pone celoso. Esas carcajadas contagiosas no son conmigo ni para mí.

Me lo quedo mirando desde la distancia con cara de besugo, arrepentido.

Probablemente a estas alturas no tendríamos nada más que una amistad, pero también la he dejado pasar.

Joder.

Esto es una mierda y ahora no sé qué cojones hacer.

Necesito ayuda.



<:/#Jon>

He pasado unas fiestas de mierda, arrepentido por ser tan imbécil.

Mis padres, mi hermano, mi cuñada y mis dos sobrinos me han preguntado mil veces por qué coño tengo cara de estreñido —son muy majos— así que les he dicho las cosas tal cual: que estoy colado por otro profesor y este pasa de mi cara.

Mi sobrina me ha regalado, de parte de Papá Noel, un peluche de la seta de Mario para que me seque las lágrimas. Luego hemos jugado al Overcooked! ⁵y se me han ido un poco las penas. Hacer comida virtual es lo que tiene.

Al final lo de Pedro y su padre se quedó en nada. Un par de bocazas los dos. O los tres, porque yo también me pasé. Le tenía que haber hecho caso a Pablo, que es el que sabe y tiene la voz de la razón. Lo que más me jode es que eso también me gusta de él.

Mi tía le dejó claro al padre de Pedro que la única denuncia que podía haber allí era la que yo les pusiera a ellos por manipular mi vehículo e ir con amenazas. Así que a la vuelta de las clases, Pedro ya no ha venido.

He intentado aparentar normalidad en San Gerónimo, pero se me da fatal y exagero hasta las risas. Ana se ha dado cuenta y creo que voy a tener que contarle de qué va la cosa, porque me mira raro.

El que no me mira un pelo es Pablo.

Pasa de mi cara igual que al principio.

Ha vuelto a meterse en su torre y no hay quien lo saque de Mordor.

Por lo menos ya no machaca a los alumnos, de algo sirvió mi esfuerzo.

Al final el que se va a tener que tirar por el monte soy yo, por gilipollas.

<+Cap/5>



—¿Puedo saber si estás bien? ¿Es por lo del chico que ha dejado el centro? —Ana se sentó al lado de Jon, que estaba sentado en las escaleras que daban a una zona de descanso del personal donde se solía fumar. Sacó su pitillera y encendió un cigarro—. Era repetidor, he hablado con él muchísimas veces... El problema está en su casa, no es culpa tuya, ya viste al padre.

—No, no es por lo del chaval, la verdad —respondió arrebuajándose más en la chaqueta. Hacía frío, pero prefería estar allí que coincidir con Pablo en la sala de profesores y fingir normalidad—. A ver, hubiera preferido que se quedara y recapacitase, que recondujera su actitud... Pero no estoy triston por eso.

—¿Es por Pablo?

Jon la miró con los ojos muy abiertos tras las gafas.

Sí que era transparente.

—La cagué...

—¿En qué?

—No permitiendo que él llevara aquel asunto como me pidió. Me encendí y ya no pude parar. Está enfadado conmigo por mi comportamiento infantil. Por eso ya no nos... hablamos.

—Me he dado cuenta. Antes del puente estaba todo mejorando entre vosotros y después, de nuevo, como al principio.

—Al menos no nos peleamos. Ahora simplemente me ignora. Y no le quito razón. Creo que no estoy hecho para la docencia —se lamentó.

Ana apagó el cigarro sobre un peldaño y lo tiró a la basura tras ponerse en pie.

—Todos hemos pasado por ese momento, Jon. ¿Te crees que yo no? Muchas veces pensé en dejarlo porque tratar con niños y adolescentes es complicadísimo, sobre todo cuando se traen los problemas de casa. También por sus propias inseguridades o las que les crean otros niños. A ti te tienen mucho aprecio, créeme.

Jon sonrió un poco y se puso en pie también.

—Me queda una barbaridad por aprender. Pero me siento un profesor de mierda y un compañero peor. Lo de Pablo me ha dejado tocado.

—Te gusta, ¿verdad?

—Joder, ¿tanto se me nota?

—En cuanto empezasteis a llevaros bien, se te caía la baba y lo perseguías por todas partes. Normal, ese hombre vale muchísimo y es una monada. —Se echó a reír—. Y no es consciente de ello.

—Así es... —suspiró con las mariposas revoloteando en su estómago—. Y yo soy gilipollas... —lloriqueó—. De todas formas ya da igual. Cuando termine el curso dejaré la docencia y buscaré curro en una empresa... Algunas ya me habían tentado, pero quise probar con esto por insistencia de mi tía.

—Cuánto lo siento. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Espero que, de todas formas, sigamos viéndonos.

—¡Eso dalo por hecho! Además, queda mucho curso por delante. Y me voy a esforzar al máximo para ser un profesor en condiciones. Se lo debo a Pablo, a los chavales y a mi tía.

—Y a ti mismo, no te dejes fuera de la ecuación.

Ana sonrió y le hizo un gesto para que se metieran de nuevo en el edificio.

<♥+♥>

Mercedes llamó a Pablo a su despacho. Este le tenía un enorme respeto a la directora. Ella era un ejemplo a seguir en todos los aspectos: personales y profesionales.

Fue ella la que lo contrató y también quien le puso todas las facilidades del mundo cuando a su madre le dio la embolia y tuvo que pedir una excedencia.

Al volver le dio a elegir entre el puesto de jefe del Departamento de Matemáticas o Jefe de Estudios, pero le sedujo más la primera opción. Le permitía dedicarse a lo que más le gustaba del mundo.

Cuando el profesor picó a la puerta del despacho de la directora, esta le dio permiso para entrar.

Por primera vez se percató del parecido real con Jon, allí sentada tras su imponente escritorio de roble, rodeada de papeles. Tenían una sonrisa similar y el mismo color de ojos.

—Buenos días, Pablo. Siéntate.

—Buenos días, doña Mercedes.

—¿Cuándo dejarás de poner ese doña delante de mi nombre? —Sonrió al decirlo.

—El respeto que siento hacia usted me lo impide. —Pablo también sonrió.

—Te quería dar la enhorabuena y las gracias.

—¿A mí? ¿Y por qué? No he hecho nada para merecer eso.

—Sí lo has hecho. Esta mañana ha venido a verme Jonathan y estaba muy serio, cosa rara en él porque suele ser un cabeza loca.

Pablo se puso muy nervioso y la corbata le pareció una horca más que un complemento elegante.

—No entiendo...

—Supongo que sabes que es mi sobrino. —El matemático asintió con la cabeza—. Él solo ha querido dejar claro que le has ayudado muchísimo a comprender cómo debe comportarse un docente y ha lamentado no estar a la altura de este centro ni de tu forma de dar clase. Siente una gran admiración por ti...

Pablo se quedó sin palabras, estupefacto.

—No sé qué decir... Solo le he dado algunos consejos e intenté interceder con lo de aquel padre...

—Me ha dicho que va a hacer todo lo que pueda para estar a la altura. Y ha insistido en que te convocara para que lo supieras. No sé por qué no te lo dice él mismo, pero da igual. Siempre es bueno que yo sepa estas cosas. Me alegra mucho que os llevéis tan bien, porque al principio chocabais demasiado y temía que hubiera un conflicto mayor. Me enfadé mucho con él cuando

viniste a contarme que se había extralimitado contigo.

Pablo sopesó todo aquello y se sonrojó. Le latió el corazón con mucha intensidad.

—Él también me ha enseñado a mí algunas cosas —se sinceró—. Estaba tan obcecado en subir el nivel del centro, que no me percataba de que perjudicaba a los alumnos. Si Cristina no dejó este colegio fue porque él me cuestionó, luchó por ella y su educación.

—Lo sé. Creo que mi sobrino y tú hacéis un buen tándem. Seguid así, ¿de acuerdo? Trabajad en equipo aunque seáis de distintos departamentos.

—Por supuesto.

Pablo se vio en una tesitura complicada. Necesitaba alejarse de Jon por su propio bien. Sin embargo, doña Mercedes quería que colaboraran y no podía negarse. Lo único que sí podía hacer era mantener sus sentimientos a raya.

—Probablemente se me haya cuestionado por contratar a mi sobrino cuando soy la primera en mirar muy bien quién entra a trabajar en San Gerónimo. No obstante, Jon es un hombre con muchísima experiencia en todas las áreas que se imparten en el Departamento de Tecnología... Es programador, ha trabajado haciendo videojuegos, entre muchas otras cosas. Tiene una mente inquieta. De pequeño no paraba ni un segundo, a mi hermano le costaba controlarlo... —Ella se echó a reír—. Fue el mejor ingeniero de su promoción pese a esa forma de ser tan despreocupada. Era autónomo y las empresas se lo rifaban. Pero me lo quedé para mí. Tiene un gran potencial.

El matemático se dio cuenta de que lo había menospreciado demasiado y eso le hizo sentirse mala persona. Sufría un grave problema de titulitis.

—No tenía ni idea. Me alegra que su sobrino esté tan capacitado.

—Por cierto, estamos organizando con el Departamento de Extraescolares las convivencias de este año entre las dos clases de 4.º Serán en una granja, para animarlos a interactuar de modo colaborativo. —Mercedes se echó a reír—. Y he pensado en vosotros dos para ir con ellos, aparte de Ana y Roberto...

El moreno dejó de escuchar a su interlocutora y se perdió entre cavilaciones. Ya no podría ignorar a Jonathan, tendría que interactuar con él codo con codo. Le iba a dar un infarto de un momento a otro.

—¿Pablo?

—¿Eh?

—¿Me estás escuchando? ¿Qué te parece mi propuesta?

—¡Sí! Sí... Claro.

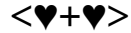
¿Qué otra cosa podía decir? Negarse hubiera sido una falta de respeto hacia su autoridad y su persona.

—Bien, ya os informaré en cuanto ponga en marcha todo. Pero lo que tengo clarísimo es que iréis que estar Jon y tú. Él es el entusiasmo y tú la voz de la razón. Encajáis perfectamente.

Pablo se quiso morir. ¿Encajar perfectamente?

Claro que quería encajar con Jon, pero en un sentido completamente diferente. Uno imposible y que no podía ni permitirse imaginar.

Aquel periodo lectivo iba a pasarlo mal.



Jon reaccionó de una forma distinta en cuanto se enteró de los planes de su tía. Ir a hablar con ella había sido un acierto, aunque no lo hizo para conseguir acercarse de nuevo a Pablo, sino por puro sentido común. Estaba deseando que llegaran las convivencias de los de 4.º y poder trabajar codo con codo junto al profesor de matemáticas.

Por otro lado, no sabía cómo se comportaría este. ¿Estaría a disgusto? Jon no tardó en saberlo. Recibió un mensaje suyo para que fuera al aula 1B3 a las dos y media de la tarde.

En aquella ocasión no llegó ni un solo segundo tarde. De hecho, estuvo esperando a que fuera la hora exacta para tocar a la puerta.

Pablo le abrió y lo instó a pasar. No llevaba la chaqueta del traje y la camisa blanca se le pegaba al cuerpo con una lascivia que solo Jon era capaz de apreciar. Hasta esa corbata anodina le gustaba, hubiera tironeado de ella para atraer a Pablo hacia sí y besarla en la boca con...

—¿Jonathan? ¿No pasas?

El hombre salió de sus ensoñaciones y sonrió con nerviosismo.

—Sí, sí, claro.

Hizo lo propio y se adentró en el aula. Estaba impoluta, como siempre. Pablo jamás permitía a los alumnos salir hasta que no estuvieran los pupitres ordenados y limpios.

La pizarra seguía llena de fórmulas y ecuaciones, aunque por el vistazo que echó Jon, estas ya no eran para universitarios, sino apropiadas para chavales de 4.º de la ESO.

—Doña Mercedes me ha informado de que debemos involucrarnos más con los alumnos de cara a unas convivencias que quiere que pasemos con ellos.

—Lo sé, me lo ha explicado hace un rato —respondió en un tono de voz comedido. Quería mantener un perfil bajo cuando estuviera en su presencia para que no se alterara. No deseaba que rechazase ir a las convivencias.

—Por ello vamos a llevarnos bien. Pero necesito que te comprometas a comportarte y no perder los nervios como ya has hecho en varias ocasiones. Cualquier asunto que pueda surgir debes sopesarlo. Me da igual si estoy delante o no, esta condición es válida en cualquier momento, lugar y situación. ¿Ha quedado claro?

Pablo miró con seriedad a su interlocutor, que bajó la cabeza y asintió en un susurro. El matemático hasta se sintió mal.

Ver a un tipo de un metro noventa con la cabeza gacha y aire tristón, lo ablandó como una gominola.

Pablo echaba de menos a Jon, su entusiasmo, las bromas, su olor... Y eso le daba mucho miedo.

—Sé que me extralimité. Solo puedo reiterar que lo lamento... —musitó el rubio—. Y que me ceñiré a lo que me pidas. Quiero que nos llevemos bien, odio tener ansiedad por no poder... Bueno, da igual.

—¿Ansiedad? Explicate.

Pablo se apoyó en la mesa.

—Bueno, yo... He pasado unas Navidades malas por culpa de mi mala conciencia. Quiero aclarar que el único culpable soy yo...

—No sabía que te había producido ansiedad. Jamás fue mi intención... —Quiso abrazarlo con fuerza. Sin embargo, se mantuvo en su lugar.

—Sé que no podemos llevarnos a las mil maravillas, que somos diferentes aunque mi tía diga que encajamos...

—Creo que lo que quiere decir es que lo que no tienes tú lo tengo yo y viceversa. Eres un profesor un poco deficiente, pero lo palias con otras cualidades como el entusiasmo y tus amplios conocimientos en las materias que das.

—¿Muchas... gracias? —Jon soltó una risita.

—Creo que me he pasado con lo de deficiente. —Pablo también sonrió, pícaro.

—Al menos no soy un cabeza cuadrada —contraatacó.

—No, eres un friki muy cansino.

Pablo alargó el brazo para tenderle la mano y Jon se la tomó, estrechándosela con fuerza.

A ambos, ese contacto, les produjo una sensación electrizante sin que el otro lo pudiera saber.

—No te defraudaré —prometió Jonathan.

—Más te vale, o no voy a las convivencias. Dios, había conseguido librarme de todas esas cosas, pero ya no he podido escaquearme más... —se lamentó.

Jon soltó la mano del profesor de matemáticas e introdujo la suya en un bolsillo, disfrutando del cosquilleo que aún perduraba en su epidermis.

—Intentaremos pasarlo bien mientras vigilamos a una jauría de adolescentes medio en celo, medio locos, medio lelos.

—Veo que empiezas a verlos como en realidad son.

Pablo se dio la vuelta y comenzó a borrar la tiza de las pizarras. Jon se permitió el lujo de mirarlo con anhelo, de arriba abajo. Sí, tenía una buena espalda, una cintura estrecha y un trasero que codiciaba. Ese hombre no era consciente de lo guapo que podía llegar a ser. Se lo follaría solo con la corbata puesta.

Jon había aprendido a mirarlo desde varios prismas y todos le gustaban, hasta la versión de borde cuadriculado le ponía cachondo.

Cogió el otro borrador y frotó la pizarra adyacente, ayudándolo.

—Es por si no llegas al borde de arriba —bromeó.

—Eres un gilipollas —le respondió Pablo—. Te deduciré puntos como si estuviéramos en Hogwarts, te aviso ya. Si suspendes no voy a las convivencias —repitió.

—Don Pablo hablándome de *Harry Potter*. ¡Qué fantasía!

—Hazte a la idea de que soy Severus Snape.

—Te pega totalmente. ¡Lo veo! —exclamó con un entusiasmo tremendo.

—¿Sorprendido? Leo muchas novelas de fantasía.

—Tú de Slytherin, yo de Gryffindor... —ronroneó Jon, acercándose de forma peligrosa—. Un *enemies to lovers* de manual...

—Mantén las formas o te resto treinta puntos. —El profesor de matemáticas se apartó, nervioso. Era seguirle el juego a Jon y este pillaba carrerilla.

—Sí, don Pablo. Seré muy bueno; un alumno modelo.

Acto seguido, tomó una tiza blanca e hizo una enorme raíz cuadrada que ocupó toda la superficie verdosa.

Después se fue dejando a Pablo pestañeando, incrédulo.

¿Aquello qué querría decir?

$$128\sqrt{e980}$$

<+Cap/6>



Jonathan no terminaba de acostumbrarse a la hora de tutoría con los alumnos de 4.º B. Eran un poco complicados de llevar ya que estaban en la recta final de la ESO. Además de ser unos quejicas de mucho cuidado.

Pese a ello, él intentaba que fueran sesenta minutos dinámicos en los que participaran y le contasen sus inquietudes, así como crear un clima donde se sintieran cómodos y no se guardaran nada.

Aquel día, cuando les contó lo de las convivencias, hubo de todo: desde bufidos de aburrimiento a palmaditas de emoción. También hubo alumnos a los que les dio un poco igual.

—¿Y cuándo serán? —indagó Cristina, la más aventajada de ese curso, mucho más tranquila desde que había sacado un notable en matemáticas y Pablo ya no les ponía ejercicios mastodónticos que sonaban a chino mandarín.

—Del viernes diecisiete al domingo diecinueve de febrero. En una granja especializada en este tipo de actividades y que está en Segovia.

—¿Vamos a ordeñar vacas? —preguntó Ricardo —alias Richi— haciendo un aspaviento e imitando el gesto. Luego se llevó las manos a su pecho e hizo un movimiento obsceno mirando a su compañera de al lado, la novieta de turno.

—¡Ricardo, no seas cerdo! —le espetó el profesor—. No, no vais a ordeñar nada. Chicos y chicas estaréis en habitaciones separadas, obviamente. Además, vais con 4.ºA y...

—¡Nooooo! ¡Esos creídos gilip...! —El desagrado fue general.

—¡Callaos ya! —Jon se acercó a las mesas—. Dejad de lado esas tonterías que os traéis con el otro curso. Se trata de aprender a colaborar y llevaros bien entre todos.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —inquirió otra alumna interesada.

—Pues mirad, lo vamos a dividir así: el viernes por la mañana nos vamos en bus hasta Cerezo, que está en Segovia. Comeremos en la granja lo que allí se cultiva y por la tarde la profe Ana os reunirá para informaros de las opciones que tenéis para estudiar cuando acabéis la ESO. Es algo que trataré también con cada uno de vosotros más adelante.

La clase se llenó de más quejas.

—¡Prefiero ordeñar vacas!

—¡Un poco de respeto, Ricardo! —Jon dijo su nombre con énfasis porque sabía lo mucho que molestaba al chaval. Menudo peligro tenía el chico.

—Se os entregarán folletos y todo eso... Tampoco es para tanto. Luego ya llegará el tiempo libre, porque hay una sala con consolas, billar, fútbolín y juegos de mesa. Yo llevaré algunos, como el Catán.

—Eres un friki —soltó un alumno.

—¿No me digas? Muchas gracias.

—¿Nos podemos llevar el móvil? —Quiso saber otro.

—Podéis llevar lo que queráis, pero de lo que se trata es de hacer cosas juntos, no de estar con la cabeza metida en la pantallita mirando TikTok. ¿Vale? Bueno, sigo: el sábado sí haremos cosas en la granja. Lo que se dice trabajar gratis de sol a sol —bromeó.

—¡Joder, profe! —bufaron unos cuantos.

—También haremos otras actividades dependiendo del tiempo que haga, igual nos tiramos en tirolina o vamos en barca.

—¡Barca! ¿En parejitas? —Bea, la novieta de Richi, tomó a este del brazo, melosa.

—No, en grupo. Todo siempre en grupo. No quiero ver a nadie solo o desapareciendo. ¿Ha quedado claro?

—¿Y qué más profes vienen?

—Ricardo, que es el tutor de 4.º A, don Pablo...

—¿Don Rojas? —Lo interrumpió uno de los alumnos del fondo—. ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho para merecer ese castigo de Dios?

—Néstor, no te pases. —Lo señaló con el dedo—. Don Pablo es un buen profesor y una buena persona.

—Pues antes te caía peor que a nosotros. Como el culo.

—No hables así. ¿Seguís pensando que os tiene manía? Ya os dije que hablaría con él y eso he hecho. Así que tened un poco de confianza en mí.

—Habla mucho con él. —Cristina se llevó el dedo al mentón y medio sonrió—. ¿Os lleváis bien?

—¡Estupendamente! Don Pablo es muy comprensivo y amable cuando se lo conoce a fondo. Ya veréis.

—Pues en clase es muy serio.

—Bien, es lo que debe ser un profesor; serio. ¿Lleváis mejor su asignatura? —Tuvieron que admitir que sí—. Entonces estupendo. Mirad, os paso el dossier de las convivencias, el coste y la autorización. Depende de vuestros padres o tutores, pero el Departamento de Actividades Extraescolares se ha encargado de explicarles las actividades y la importancia de que vayáis. ¿Vale?

—¿Y el viaje de fin de curso?

—Ya sabéis que es a Londres para que practiquéis inglés.

—Profe, ¿vendrás con nosotros?

—Sí, para eso sois mi responsabilidad, aunque esté pensando en renunciar hoy mismo —bromeó.

—¡No, profe Jon! A pesar de todo nos caes bien —dijo Bea, maliciosa.

—Ah, bien... A pesar de todo. Entonces me quedará un poco más.

Aplaudieron y Jon se sintió feliz. Puede que le dieran problemas de vez en cuando, pero no eran de los que le pincharían las ruedas de la moto. Solo le ponían verde a sus espaldas.

Eran clones unos de otros: chicas con el pelo largo y corte similar y chicos con peinados *reggaetoneros*. Un horror. Pero no se solían hacer *bullying* entre ellos, lo cual ya era un milagro.

La hora de tutoría terminó y Cristina se quedó un momento para hablar con su profesor.

—¿Estás bien?

—Quería darte las gracias por interceder por mí. Ahora don Rojas me presta atención. Como voy un poco más adelantada que el resto, me ha dado ejercicios de bachillerato.

—¡Eso es estupendo, Cristina! Cuánto me alegro.

—Solo es eso... Y, bueno... Me alegra ver que él se lleva bien contigo. Antes ponía cara de amargado y me daba mucho agobio, pero ahora es distinto. Creo que le has ayudado a él también.

Jon se quedó estupefacto. ¿Una cría era capaz de darse cuenta de esas cosas?

Sonrió a la joven.

—Si tú lo dices es que tiene que ser cierto. —Le dio unas palmaditas en el hombro y la instó a salir de la clase para poder irse él también.

En el exterior de la clase, Jon suspiró con una sonrisa de oreja a oreja. Eso se merecía treinta puntos para Gryffindor.

<♥+♥>

Pablo no paró de mirar de un lado a otro desde que habían llegado al Garena Plaza para cenar. Si se encontraba con Jon le iba a dar un chungo muy gordo y más con sus amigos delante. El pitorreo sería tremendo.

Así que rezó para que no coincidieran o que estuviera en su casa tranquilamente jugando a videojuegos o viendo cualquier serie.

Entraron en un restaurante japonés de bufet a la carta y comenzaron a pedir haciéndose un lío tremendo.

—Vamos a ver, Cris, ¿eres consciente de la barbaridad de cantidades que estás anotando en el papelito? —Pablo se preocupó de veras.

—¿Te las tienes que comer tú? No, pues ya está. Déjame disfrutar, que la vida son dos días.

—Luego saldrás de aquí lamentándote y jurando por Dios que nunca más volverás a comer *sushi* en toda tu vida.

—Pues como siempre —se jactó de ello.

Mientras tanto, Nacho e Íñigo hicieron su propia lista paralela que luego juntarían con la de sus dos amigos.

—¿Qué tal va con la nueva novia qué te has echado? Lo he visto en Internet. Nunca me cuentas nada —indagó Nacho dándole un codazo al actor.

—No es mi novia, solo es compañera de reparto en la serie.

—Bueno, conociéndote...

Íñigo se sonrió de lado

—El único contacto que hemos tenido son las escenas tórridas del guion, y sabes que son más falsas que Judas. Por cierto, ¿pensaste en la propuesta?

—Sí, lo he hablado con Mónica y le parece bien... Creo que es la oportunidad que necesitábamos para que lo nuestro reviva. Muchas gracias, tío. Eres el mejor.

Íñigo volvió a sonreír, aliviado. Quería muchísimo a Nacho y lo único que deseaba era verlo feliz, sonriente y que le brillaran esos ojos verde aceituna. Era la mejor persona que había

conocido. Él siempre lo ayudó mucho cuando empezó en el complicado mundo de la interpretación. Por aquel entonces estuvo un poco colado por el camarógrafo, pero él ya estaba con Mónica y además tampoco comprendía su propia sexualidad.

Si podía devolverle su ayuda, aunque fuera en una mínima parte, Íñigo estaría tranquilo.

—¿Podéis dejar de pelearos? Parecéis un matrimonio viejo —Nacho se burló de Pablo y Cristian—. Primo, deja que reviente hasta explotar, qué más te da.

—Que lo llevo en mi coche y no quiero que vomite dentro.

—No te preocupes, sacaré la cabeza por la ventanilla y ya está. No estropearé tu preciosa tapicería de cuero, pijo mierdas.

—Madre mía... —bufó Pablo haciendo un gesto a un camarero para darle el papelito con la comanda. Luego fueron esperando a que les llegaran los platos.

—¿Sabéis? Han traspasado la cafetería a la que iba siempre a escribir mi novela —les contó Cris a los demás.

—Vaya, qué pena. ¿Y eso? —indagó Íñigo.

—La gente se jubila, amigo. Los dueños ya habían trabajado demasiado. El caso es que no tengo ni idea de quién la ha cogido, pero están haciendo obras. Estoy muy intrigado. Me pregunto si podré volver a escribir allí, aunque dudo que esté a gusto, la verdad —se lamentó.

—No seas agorero, seguro que sí.

—Solo espero que no pongan una de esas cafeterías que pertenecen a cadenas. Me jodería un montón. —Tras eso se metió un *nigiri*⁶ de atún en la boca.

Pablo se comió sus porciones en silencio, con los ojos clavados en la puerta, por si acaso entraba Jon o lo veía pasar.

—¿Qué tienes, cuatrojos? —quiso saber su primo.

—Nada.

—¿Y qué miras tanto? ¿Esperas a alguien?

—¡No! ¿A quién voy a esperar?

Siguieron comiendo como si no hubiera un mañana, especialmente Cristian. Al susodicho comenzó a costarle terminarse lo suyo.

—Cada plato que no te comas son dos euros de más que vas a tener que pagar. De ir a escote nada —lo avisó Íñigo para que sudara más la gota gorda.

—Idos a tomar por culo un rato, joder. ¿Me podéis ayudar o algo? —Dejó los palillos a un lado y se llevó la mano al estómago.

—A ver, dame las *gyozas*⁷ —le pidió Pablo.

Entre los cuatro se terminaron todo lo que había en la mesa y lo que fue llegando después.

—Te has pasado tres pueblos. Mira que te lo dijo Pablo... Pero ni caso, joder —Nacho tuvo que taparse la boca cuando soltó un eructo—. Por culpa de tu gula vamos a morir todos.

—Ahora a ver quién se toma algo por ahí, no puedo más —se quejó Íñigo—. En la plaza hay un sitio de cócteles y cachimbas.

No fumaba ninguno, pero les pareció bien tomarse unos cócteles. Aunque Pablo se puso nervioso de nuevo. Él lo único que quería era largarse de aquella zona.

Tras pagar cada uno su parte, y salir del restaurante, se encaminaron al otro lado de la plaza. Hacía frío, así que la mayor parte de la gente estaba en el interior de los garitos.

Nacho le pasó el brazo a Pablo por encima de los hombros.

—¿Me vas a decir por qué estás tan nervioso? ¿Te ha pasado algo más con ese profesor?

—Está todo bien con él, ya se me pasó el cabreo. Ahora hablamos con normalidad. —Solo a su primo le había contado lo sucedido.

—De acuerdo, pero cualquier cosa que pase me avisas. No puedes estar así, con esa ansiedad. No te relajas jamás, eso no puede ser.

—¡Quééééé sí, cansino!

Llegaron al garito y se sentaron en unas butacas interiores. La música no fue mucho de su gusto. No obstante, continuaron charlando de sus cosas mientras esperaban los cócteles. El de Pablo fue sin alcohol ya que tenía que llevar a Cristian a su casa. Los demás habían ido en Uber para poder tomar algo tranquilos.

De hecho, Íñigo a veces tomaba demasiado alcohol. Ir a tantas presentaciones y fiestas con otros actores y famosos no era algo que le fuera bien, adquiriendo la mala costumbre de pasarse con la bebida.

—¿Y cuándo estrenarán la serie? Es de ese libro de mierda salido de Wattpad, ¿no? El de Alicia Quesada. Menudo pestiño —Cristian dio su opinión.

—La envidia te corroe por dentro —le espetó el fotógrafo—. Ya te gustaría que hicieran una serie de un libro tuyo.

—Sí, no te jode. Pero una cosa no quita la otra: esa tía escribe para gente lela que solo lee libros de pacotilla con personajes planos, relaciones tóxicas de tío guapo pero gilipollas de la que todas se enamoran. Hasta que llega la chica modosa, en la que nadie se fija y... ¡oh! Milagro, él cae rendido...

—¡Muchas gracias! —añadió Íñigo—. Veo que mi personaje te encanta.

—Leí el libro cuando me chivaste qué adaptación iba a ser. Casi se me fríe el cerebro. Yo escribo mucho mejor.

—Pues entonces escribe una novela romántica y cállate.

Cris se picó.

—Oh, sí. ¡Lo haré! Pero me tendré que poner un seudónimo de mujer para que la lean —se quejó.

—¿Por qué? Qué bobada —dijo Pablo—. Los hombres también podemos ser románticos. Yo lo soy...

—Si no te conociera, negaría eso en rotundo. Pero es cierto que eres un puto romántico de los cojones. Qué desaprovechadico estás... —se lamentó el escritor, palmeando el hombro del matemático.

—¿Quién está desaprovechadico? —Una voz profunda y sexy se alzó por encima de ellos y todos se quedaron mirando al pedazo de rubio con gafas que estaba de pie tras Pablo.

A este le acabó por dar el paro cardíaco. Durante un buen rato se había relajado escuchando discutir de tonterías a sus amigos, olvidando que podía encontrarse con Jon.

Todos se hicieron los tontos, pues reconocieron al profesor de la foto que Pablo les había

mostrado en su anterior quedada.

Este se puso en pie y carraspeó.

—Jon... Qué... casualidad.

—¿No me presentas a tus amigos? —Esperó con paciencia.

—Este es Cristian, este es mi primo Nacho y este es mi amigo Íñigo... —Luego se quedó callado sin saber qué más decir.

Jonathan fue dándoles la mano a todos.

—Ya que este señor serio y seco no me presenta, yo soy Jonathan, compañero de trabajo.

Cris echó una carcajada al aire.

—¡Me caes bien! Quien se mete con Pablo ya se puede considerar amigo mío.

Este le echó una mirada matadora.

—Perdona, ¿tú eres actor...? —Jon le preguntó a Íñigo.

—Sí, lo soy.

—¿Y de voz también eres actor?

—¡Sí! —No estaba acostumbrado a que lo reconocieran por eso.

—¿Fuiste el narrador de *Black Robot*?

—¡Así es!

Pablo se vio de pronto sobrepasado cuando Jon se centró en su amigo. Se puso celoso de inmediato y más cuando se sentó junto a él.

—Es que yo fui desarrollador en ese videojuego. Entonces te he reconocido por eso. ¡Gran trabajo de narrativa!

—Joder, muchas gracias. Pablo, tu compañero es muy majo.

Este se volvió a sentar y se cruzó de brazos, ofuscado.

Jon se dio cuenta del gesto y también se fijó en la ropa que llevaba, muy alejada de su traje de chaqueta gris: pantalones vaqueros ajustados y un jersey de cuello vuelto de color negro. Seguía siendo sobrio, pero le quedaba tan bien que Jon le hubiera arrancado la ropa a mordiscos.

—Bueno, pues... No quiero molestar. Es solo que vi a Pablo y vine a saludarlo. ¡Hola, Pablo! ¡Cuánto tiempo! Desde esta mañana. Se me ha hecho eterno.

—Qué gracioso —le respondió.

—Yo siempre lo soy.

—¿Y de qué das clase? —Nacho se hizo el tonto. Además, su primo no parecía estar cómodo con aquella situación.

—Soy el profesor de Tecnología e imparto, así a grandes rasgos, informática, redes, creación de videojuegos... Para que lo entendáis.

—Pablo ya nos ha hablado de ti. —Todos miraron a Cris como si lo quisieran asesinar, Pablo en particular.

—Espero que mal —Jon hizo una chanza.

—No, mal no. Al contrario... —deslizó el comentario con toda la intención del mundo.

—¡Anda! Pues menudas broncas hemos tenido.

—Eso se queda en el colegio, Jonathan —se pronunció Pablo.

—Bueno, no quiero interrumpir vuestra reunión de amigos. Me vuelvo con los míos. Nos vemos el lunes, Pablo.

—Hasta el lunes —respondió seco como la mojama.

Jon se fue un poco decepcionado, pero al menos había podido ver a Pablo con ropa que no fuera clónica. Sus amigos también parecían muy simpáticos.

—¿A ti qué cojones te pasa? —Cris espetó a Pablo cuando Jon desapareció al fondo del garito, integrándose con su grupo de amistades—. ¿No podías ser más amigable? Pareces una estatua de granito ahí sentado como un palo.

—¿Temías verlo? —indagó Nacho—. ¿Por eso estabas tenso desde que llegamos?

—Sí. Vive aquí al lado —admitió.

—Es muy, pero que muy guapo, además de simpático —alegó Íñigo—. El videojuego que narré es muy bueno, así que tiene que ser un genio en lo que hace. Empiezo a entender por qué te gusta...

—Mirad, no sé comportarme con él en público. En San Gerónimo tenemos una dinámica en general buena, con nuestros más y nuestros menos, pero fuera... Es como si no existiera esa barrera que me impide colarme más por él... —susurró. Luego se terminó la copa de golpe. Tenía la boca seca.

—Pues yo le daba, tío —expresó Cris—. Está... tremendo.

—¿Te crees qué no lo sé?!

—¿Y es gay?

—¡Cómo lo voy a saber! No es algo que vaya preguntándole a la gente porque sí, como comprenderás. ¿Tú eres tonto?

—Bastante, sí.

—No hace falta que lo jures.

—Yo creo que sí lo es, o al menos bisexual. Porque menuda mirada te ha echado de arriba abajo —comentó Íñigo.

—Ha hablado más contigo que conmigo...

—Perdona, pero te has enrocado cruzándote de brazos y poniendo cara de ogro. El pobre se habrá puesto contento al verte, ha venido adrede a saludarte y tú lo único que has hecho es ser don Paloescoba.

Odiaba que lo llamaran así, así que se puso en pie.

—Ahora vuelvo.

Se alejó hacia el fondo de la sala, en dirección a Jon.

—Oíd, que se ha ido a hablar con él... ¡Ha ido! —Cris se llevó ambas manos a las mejillas, estupefacto.

Los tres amigos se miraron de hito en hito, incrédulos.

<♥+♥>

Jon volvió con su amigos en un estado un poco tristón. Estos le preguntaron de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Nada, eh... —titubeó—. No sé cómo tratar fuera del colegio al tío que me gusta... A veces creo que yo también le gusto, me sigue el rollo... Otras no, como ahí con sus amigos. Han sido más simpáticos ellos que él.

—Tampoco sabes si le van los tíos.

—Ya...

—Hola, Jon. —Pablo apareció en escena y le regaló un cubata a su compañero, que se quedó mirándolo con cara de bobalicon—. ¿Me presentas a tus amigos? Te toca.

—Oh, sí, claro...

Iba con dos chicos también de apariencia friki, vestidos de manera muy informal. Fueron muy amables con Pablo, pero a la mínima oportunidad dejaron a su amigo a solas con él, con la excusa de ir a la barra a por más bebidas.

—Perdona, es que no me esperaba verte de pronto y... Ya sabes cómo soy. Mis reacciones ante eventos no planificados me desbarajan el cerebro.

—Oh, sí. Eres un cabezón. No te preocupes. Gracias por el mojito. ¿Lleva alcohol?

—No. —Pablo se bebió el suyo.

—Se te ve distinto así vestido. Te queda muy bien, deberías adoptar ese estilo para ir al curro.

—Tú vas igual que siempre. ¿Esa camiseta es de *Mario Bross*?

—Me la regaló mi hermano mayor para Reyes. De pequeños nos picábamos mucho jugando al *Mario Kart*. Le tiraba cáscaras de plátano a la mínima.

Pablo se echó a reír.

—Jugaba con mi primo, Nacho, cuando éramos críos. Yo también le lanzaba plátanos.

Se carcajearon de buena gana. Jon se quedó maravillado al ver reír así a Pablo, soltándose. Se lo hubiera llevado a casa, le habría desnudado y hecho el amor hasta el amanecer.

Pablo debió pensar algo similar, porque cesaron sus risas. Se quedaron callados un momento, sin saber qué decirse.

—No te molesto más, me vuelvo con los pesados esos. Me han fustigado por ser un borde.

—Los mejores amigos resultan ser los que te dicen las cosas a la cara y sin piedad.

—Bueno, nos vemos el lunes... Ya nos vamos y he de llevar a Cris.

El matemático se dio la vuelta.

—¡Pablo! —exclamó Jon, desesperado de pronto—. Te apetece... —Pablo se quedó esperando, con el corazón en un puño—. ¿Te apetece algún día venir a mi casa y jugar unas partidas al *Mario Kart*? Seguro que te traerá buenos recuerdos. ¡Mañana, por ejemplo!

—Los sábados no puedo, pero te lo agradezco.

Pablo se cagó encima y fue incapaz de reconducir la conversación.

—Vale... Cuando quieras.

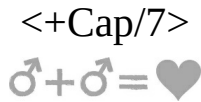
—Hasta el lunes.

Luego se fue y dejó a Jonathan un poco planchado.

No había sido la forma más normal de ligar con alguien.

Por su lado, Pablo se había acojonado tanto que la excusa real de no poder ir el sábado le había venido al pelo. Cada vez le gustaba más ese maldito friki. Ir a su casa no hubiera sido buena idea.

Jamás.



Los días se sucedieron sin ningún tipo de drama, desacuerdo, problema con el alumnado ni nada destacable. Una semana lectiva de lo más anodina. Al menos para Jon, acostumbrado a que cada lunes comenzara un nuevo periodo de problemas.

En cualquier caso, agradeció el descanso mental. Hasta la tutoría fue tranquila. Prácticamente todos los de 4.º de la ESO acudirían a las convivencias, salvo alguna excepción.

En cuanto al resto de clases, los problemáticos de 3.º no volvieron a dar la matraca. Desde que se había ido el alumno macarra, sus dos secuaces andaban más inactivos —o al menos en apariencia— lo cual era tranquilizador y sospechoso al mismo tiempo. Al menos la moto no volvió a sufrir ningún daño. Todos los días la revisaba porque seguía sin fiarse.

Continuaba aparcando al lado de Pablo, adrede, para poder esperarlo cuando este se fuera a casa y regalarle alguna de sus perlas y bromas sobre el juego de *Harry Potter*.

De vez en cuando él le daba puntos y otras veces se los quitaba, así que de esa guisa se habían pasado la semana. Según el recuento oficial, llevaba ya ciento ochenta puntos a su favor. ¿Cuál podría ser la recompensa al llegar a doscientos? Ni idea. Probablemente ninguna, pero le hacía gracia.

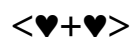
Pablo hizo como si no se hubieran encontrado saliendo por ahí de copas, no volvió a hacer mención a nada y Jon prefirió no estirar ese chicle. Ya lo había invitado, poco más podía hacer y no deseaba ser cansino, mucho menos un acosador.

Probablemente, para un hombre como Pablo, jugar partiditas de *Mario Kart* no era un aliciente. Se lamentó por idiota y no haber aprovechado mejor la tesitura, aunque sospechaba que hubiera dado igual. Ya llevaba dos invitaciones, ambas declinadas de un modo u otro.

Se estaba volviendo loco, solo quería espachurrarlo contra él, arrancarle las gafas y morderle la boca, entre otras cosas mucho más picantonas.

¡Pablo era tan mono! Bajito, delgado y bien proporcionado, con una sonrisa bonita, unos ojos preciosos, unas orejotas adorables... Todo lo que detestó de él al principio se había vuelto encantador como por arte de magia.

Lo que podía llegar a cambiar el concepto de otra persona cuando la conocías mejor y te resultaba atractiva...



El matemático se estuvo fustigando el lunes, el martes, el miércoles, el jueves y el viernes, de ocho de la mañana —porque siempre iba antes que nadie— a cinco de la tarde.

¿Por qué?

Fácil: porque había vuelto a rechazar pasar un rato con Jon fuera de San Gerónimo.

Tenía un miedo que se cagaba encima. Sus amigos insistían en que Jon tenía que ser como mínimo bi, porque los habían estado observando de lejos mientras charlaban en el garito y que el profesor de Tecnología proyectaba un lenguaje corporal hacia él claramente sexual.

Pero Pablo se empeñó en que eso no podía ser, que se habría dado cuenta. Luego se fue a casa y se pasó el fin de semana, salvo la tarde con su madre, dándole vueltas al coco. Sí, Jon se comportaba de forma cercana, lo tocaba de vez en cuando, se le pegaba, le hacía bromitas tontas, le sonreía mucho y ya sabía el significado de lo que le había dibujado en la pizarra: era la raíz cuadrada del amor. Si uno se fijaba bien veía un «LOVE».

Pablo se obligó a considerarlo como un acto de buenas prácticas entre compañeros de trabajo. Hasta el Jefe de Estudios había felicitado a ambos por llevarse tan bien.

En definitiva, una semana corriente a nivel académico, pero con un embrollo mental serio.

Cada día que pasaba, a Pablo le atraía más Jonathan. Era imposible no fijarse en un hombre como él: sexy hasta con sus camisetas frikis. No le iban los hombres demasiado altos y, sin embargo, que Jon lo fuera le daba una sensación de seguridad poco habitual. Quería que lo estrechara contra él, buscara su boca, se la mordiera y luego...

—¡Cucú! —Jon le sopló una de las orejas.

Pablo pegó un bote en su asiento que casi llegó al techo.

—¡Joder, Jon! No vuelvas a aparecer así o te quedas sin puntos. ¡De hecho, te voy a quitar cincuenta!

—¡No! No, no, no... —suplicó—. Quiero llegar a doscientos y que me des mi premio... —Probó suerte.

—¿Qué premio?

—No sé, algún sentido tendrá conseguir tantos puntos para Gryffindor, digo yo.

Jon cogió una silla y se sentó al lado de Pablo, justo detrás del escritorio del aula de Matemáticas.

—¿Qué haces? —El profesor de Tecnología se apoyó en el hombro de Pablo y miró sus apuntes—. Eso no es para clase. Sobre todo porque les explotaría el poco cerebro que tienen.

—Son cosas mías, pasatiempos —respondió molesto. No obstante, disfrutó en silencio ese contacto tan íntimo.

—¿Escribes fórmulas? —Escudriñó intentando averiguar cuáles—. ¿Son las de Euler?

Pablo sintió un escalofrío de arriba abajo. Hubiera cogido a Jon por la camiseta y le hubiese dado un buen morreo. El corazón le fue a mil por hora y se puso colorado como un pimiento.

—Veinte puntos para Gryffindor. ¿Contento? Ya llevas doscientos.

—¡Qué bien!

—¿Por qué sabes tanto de matemáticas? —indagó intentando serenar su cuerpo revolucionado.

—Siempre cogía todas las optativas de matemáticas posibles. Creo que para poder entender bien la programación, al nivel complejo con el que yo trabajo, son imprescindibles. No soy versado como tú, que tienes una cátedra, pero joder... Me gustan también. Mi mente las comprende con más facilidad que otras cosas. Eso sí, no me hagas dibujar nada porque se me da fatal. —La clase se llenó de risas.

—Cada persona es un mundo y hay que potenciar lo que se le da bien. Por desgracia muchos padres se obsesionan con que las Matemáticas, por ejemplo, son más importantes que las Bellas Artes. No pongas a tu hijo a repasar mates para que saque mejor nota, sino ayúdalo con un dibujante para que sea un gran artista.

Jon se quedó realmente impresionado ante aquellas palabras. Nunca hubiera imaginado que don Paloescoba pensara así teniendo en cuenta la forma de dar clase que tenía.

—Vaya... Eso es cierto.

—Mi padre me decía que estudiar tanto no me serviría de nada. Que saliera a jugar con el resto de críos y dejara de una vez las mates... —Pablo sonrió—. No pude llegar a demostrarle que se equivocaba porque se divorció de mi madre y nunca más lo volvimos a ver.

—¡Lo siento mucho!

—Yo no. Era una mala persona. Después de eso, mi madre y yo estuvimos más tranquilos, pude estudiar lo que me dio la gana y hasta hoy... —Pablo sonrió—. Mi familia es mi madre, mi primo Nacho, mis tíos... Así que no lo sientas.

—Bueno, todas esas experiencias han creado al hombre que eres hoy —lo aduló.

—Gracias.

Aquella conversación íntima agradó a ambos.

—Ya es hora de irse, Pablo. Recoge tus bártulos, que es viernes y el cuerpo lo sabe.

Se levantó y estiró los brazos hacia arriba. Pablo pudo ver, justo encima de la cinturilla del pantalón, y en el lado derecho, un tatuaje de un marcianito clásico de los videojuegos. Algo tan simple le puso muy cachondo, sobre todo por el lugar donde estaba ubicado.

—Ve tirando, ahora voy.

Antes de salir del aula, Jon se quedó bajo el dintel de la puerta, pensando. Se giró hacia Pablo y lo miró.

—¿Puedo canjear los puntos?

—Depende...

—Los quiero usar para que comamos juntos. Yo te invito. —Fue su último intento.

Pablo no pudo más y le temblaron las manos.

—Eres muy pesado, ¿lo sabías? —Vio la decepción en el rostro de Jonathan—. Pero está bien, podemos canjear así los puntos conseguidos por buena conducta.

—¿Mañana? —preguntó entusiasmado.

—Sí, solo que a las cinco me he de ir.

—C-claro, tendrás cosas que hacer.

—Voy a ver a mi madre.

Jon se hizo el loco y sonrió como si nada.

—¡Estupendo! Luego te mando la ubicación de un restaurante en el que he pensado. ¿Te va bien a la una y media? Es buena hora para comer.

Pablo asintió sonriendo y Jon se fue por donde había venido, más contento que unas castañuelas.

El matemático recogió sus papeles. Aún le temblaban las manos y el estómago le dolió de una forma especial.

No quería hacer caso a sus amigos, no quería ver más allá de sus anhelos. No quería creer que a Jon le interesaba de una forma amorosa, porque no tenía sentido gustarle a un hombre así...

<♥+♥>

Jonathan se vistió conforme a la ocasión: jersey gris de lana fina, pantalones vaqueros ajustados y zapatos elegantes. Además, en vez de la chupa de cuero se había enfundado en un abrigo gris oscuro.

Se paseó nervioso de un lado a otro, delante de un restaurante italiano que estaba ubicado en Chueca. Había elegido aquel barrio adrede, por obvias razones. Pablo no le había puesto ninguna pega, como supuso, así que nada tenía por qué ir mal.

Este apareció a lo lejos, vestido de una forma similar a la noche en el Garena Plaza. Desde que no llevaba el pelo tan engominado, sino al natural, estaba muy atractivo, así que se le quedó mirando con cara de besugo.

—Perdona, me costó encontrar un *parking* subterráneo que estuviera libre —se disculpó al llegar a la altura de Jon.

—Pero si es la una y treinta y cuatro. ¡Eso no es llegar tarde! —Se echó a reír, nervioso.

—Para mí sí. ¿Es aquí? —Pablo se hizo el loco. Ya había estado allí con los demás.

—Sí, adelante... —Le abrió la puerta al matemático como todo un caballero.

Este se fijó en el cambio de estilo. ¿Se podía estar más bueno?

Sí, se podía, y Jon era la prueba.

Los ubicaron junto a la cristalera principal, en una mesa para dos y con los móviles consultaron el código QR para acceder a la carta virtual.

—¿Habías venido por Chueca alguna vez?

—Sí, claro... —Pablo leyó con atención todo lo que podía elegir—. Pagabas tú, ¿verdad?

—S-sí, faltaría más.

—Entonces me aprovecharé de tu generosidad. —Pablo sonrió malicioso y a Jon casi le dio un síncope—. Es broma. Hay un menú para dos, podríamos aprovecharlo.

—Todo lo que tú quieras... —musitó el rubio, obnubilado.

Estaba comiendo con Pablo Rojas. Con el idiota repelente de Pablo Rojas. Con el insoportable Pablo Rojas...

—Pues a mí me gusta la *Provoleta* para empezar y luego *Gnocchi* con ragú de ternera.

—Ah... Claro. Compartiremos la *Provoleta*. Yo prefiero una pizza Prosciutto.

Se acercaron a tomarles nota y añadieron agua para beber.

—Me gusta el sitio. Es muy bonito —advirtió Pablo, volviendo a hacerse el tonto—. Italiano auténtico.

—¡Me alegra! La comida de aquí está tremenda...

El que de verdad estaba tremendo era Pablo, pero él no parecía ser consciente de su atractivo. La barbita, el pelo, las gafas, lo achuchable que era... Jon se moría de ganas de hacerle de todo menos daño. Le iba el corazón a mil por hora. Estaba colado como un gilipollas.

Les sirvieron la *Provoleta* de queso gratinado con pimienta y ambos se carcajearon cuando el queso se estiró y no fueron capaces de cortar los hilillos sin mancharse.

—No te molesta que sea en Chueca, ¿verdad?

—Ya te dije que cada uno hiciera lo que le diera la gana en su vida privada —se reiteró.

—Lo sé... —susurró mordiéndose el labio inferior.

—Mi amigo Cris es bi, a veces quedamos en una cafetería cercana, a dos calles.

—¡Ah! Entiendo... ¿Habías estado ya aquí, verdad? —dedujo.

Pablo no pudo evitar reírse y asintió con la cabeza.

—No quería estropearte la sorpresa de que me trajeras a un restaurante bueno de verdad.

—Recuerdo que me dijiste que te gustaba la comida italiana mientras no fuera de una cadena. Así que pensé en traerte a este lugar... —Hizo un gesto de desilusión.

—A mí me encanta. ¡No me malinterpretes!

Les llevaron los segundos platos, a cada cual el suyo, y continuaron charlando un poco más.

—¿Y a tu amigo Cris no le importa que cuentes que es bi?

—No lo esconde. —Se encogió de hombros—. Me dijo que eras un buen partido —bromeó.

—¡Oh! Yo tampoco escondo que soy gay, ¿sabes?

Pablo, que estaba bebiendo un poco de agua, se atragantó y se puso a toser bastante. Jon tuvo que palmearle la espalda para que se le pasase.

—P-perdona, me entró por el lado que no era... —carraspeó y volvió a beber agua. De pronto se había quedado seco, así que se la terminó y tuvo que pedir otra botella.

—¿Sorprendido?

—¿De qué?

—De que sea gay.

—B-bueno, lo has soltado así como si nada y me he sorprendido, sí. Pero ya está. —Hizo un encogimiento de hombros.

Pablo no sabía si desear que se lo tragara la tierra o dar saltos de alegría. Al final esos cabrones habían tenido razón al acertar con la sexualidad de Jon.

El rubio se puso en pie y se excusó un momento para ir al baño. Estaba tan nervioso que se subía por las paredes. Tuvo que echarse agua en la cara.

Pablo no lo había rechazado. En ese sentido no parecía existir problema alguno. Y, sin embargo...

¿Qué coño sentía Pablo por él? ¿Cómo podía averiguarlo sin parecer un acosador?

<♥+♥>

Por su parte, sentado a la mesa con la pasta fresca delante de él, el moreno se quedó alelado. Jonathan le acababa de decir que era gay, lo había llevado a un barrio LGTBIQ+, lo iba a pagar todo él y no paraba de irle detrás en todo momento. ¿Cómo debía interpretar todas esas supuestas señales?

No le cabía en la cabeza que un tío bueno como Jon estuviera interesado en un profesor aburrido, bajito, feucho, soso y anodino. De pronto se sintió fuera de lugar y muy avergonzado.

En ese preciso momento volvió Jon con esa perpetua sonrisa perfecta y dulce. Se sentó de nuevo y cortó en trozos la pizza que humeaba ante él. La degustó y asintió.

—Está de puta madre. ¿Y lo tuyo? ¿Puedo?

—Claro que puedes... —susurró Pablo.

Jon pinchó un *gnocchi* y se lo llevó a la boca, degustándolo y asintiendo con la cabeza.

—¿Quieres un trozo de mi pizza?

—Sí... —La probó y dio su beneplácito—. Buena elección. Es la preferida de mi primo.

—Te agradezco que fingieras que no conocías el sitio.

—No pasa nada. Sigues pagando tú, así que está bien —bromeó intentando aligerar el ambiente—. ¿Quieres postre?

—¡Siempre quiero postre! —Se mordió el labio de forma sexy.

Pablo suspiró y miró la carta virtual. Ambos eligieron el típico tiramisú. Les vino en unos pequeños tarros que conservaban la esencia y el sabor original.

Ambos quedaron satisfechos con la comida. Aunque ninguno con el resultado de aquella cita tan rara.

Jon lo único que sacó en claro fue que Pablo no parecía tener ningún problema con él, pero tampoco interés a un nivel más allá de una simple amistad. Eso lo desilusionó profundamente.

Y Pablo se tuvo que aguantar las ganas de decirle que también era homosexual, porque no quería que Jonathan pensara que era su interés amoroso y este se viera en la tesitura de rechazarlo.

Por el bien de San Gerónimo de Sotomonte, tenían que trabajar juntos y eso estaba por delante de cualquier otra cosa.

Salieron a la calle sobre las tres de la tarde y Jon acompañó a Pablo hasta el alejado aparcamiento subterráneo, cerca de Gran Vía.

—Ahora que me doy cuenta... No llevas el casco de la moto...

—He venido en tren y en metro. La moto me dio problemas esta mañana...

—No te la habrán manipulado de nuevo, ¿verdad? —Se horrorizó.

—¡Ah, no! Es otra cosa. El lunes por la tarde la llevaré al taller, no te preocupes.

—¿Ana te acercará a Las Rozas?

—Así es.

—¿Te llevo a casa ahora? Bueno, igual tienes otros planes, perdona... —balbuceó Pablo.

—No tengo planes... Y te lo agradecería, la verdad. Mientras no te retrase con lo de tu madre...

—Mi madre no tiene prisa... Venga, sube al coche. Y quítate el abrigo —le recordó.

Con tal de seguir un rato más con el profesor de mates, Jon se hubiera hasta arrastrado. Sintió que aquella «no cita» había sido la única y última entre ellos. No volvería a molestarlo más. Así que, ¿por qué no alargarla un pelín?

<♥+♥>

—¿Has ido alguna vez de convivencias? —indagó Jon mientras Pablo conducía de camino a Alcalá de Henares.

—No, ni siquiera de niño. Yo solo quería estar en mi cuarto haciendo las cosas que me gustaban, como leer, estudiar o ver dibujos. En verano sí que íbamos a Oropesa del Mar con mi tía Rosa y mis primos. Acuérdate, a Nacho lo conociste el otro día.

—Sí, los recuerdo a todos. Qué bien, me gusta la playa, pero soy más de la sierra. Así que durante estas convivencias creo que lo pasaremos estupendamente, rodeados de naturaleza,

gallinas, pepinos y adolescentes en celo. ¡Qué peligro!

—Tu tía me ha liado pero bien... Me dan ganas de presentar mi renuncia. —Pablo se carcajeó.

—Cuando te ríes cambias radicalmente. ¿Eres consciente?

Jon pensó en que era perfecto en su dos versiones: la de don Paloescoba y la de Pablo, la persona tras el «don».

—Soy un tío divertido... A veces. Mis amigos me ponen tan nervioso que sacan lo mejor y lo peor de mí. Cris en especial, un escritor de gran talento. Su especialidad es el sarcasmo. Íñigo es un actor y modelo que creo que está desaprovechado por la industria de este país... Y mi primo... Más que mi primo es mi hermano.

—Todo eso que has dicho es muy bonito. Yo tengo pocos amigos, porque la vida del desarrollador de videojuegos, del programador picando código... es solitaria. La última vez que salí con un tío fue hace tres años. —Se echó a reír a carcajadas—. Es que carecía del tiempo que tengo ahora y no me podía permitir... Bueno, tener pareja.

—Entiendo... La vida nos arrolla... Pero eres un tipo joven, seguro que encontrarás un chico guapo pronto. Yo ya estoy para vestir santos —bromeó aunque por dentro se lo llevaran los demonios.

—Ya... —A Jon le quedó más claro que nunca que Pablo no tenía interés en su persona. Ya fuera porque no le iban los tíos o porque simplemente pasaba de relaciones.

—¿Te acerco hasta la puerta o te dejo donde el otro día? —preguntó al llegar a La Garena.

—Hasta la puerta ya que estás...

Rascar segundos. Qué patético se sintió.

Pablo detuvo el coche en doble fila, justo donde su compañero le indicó, y puso los intermitentes.

—Gracias por la comida, ha estado muy bien —dijo el matemático con sinceridad y una sonrisa encantadora.

Jonathan intentó devolverle el gesto pero no pudo y miró a Pablo con carita de corderillo degollado, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Luego suspiró.

—Pablo... ¿de verdad no te das cuenta? ¿O finges para no hacerme daño?

—¿Qué? ¿Darme cuenta...? Explicate.

—De que me gustas... —se le quebró la voz. No fue capaz de decírselo mirándolo a la cara.

—¿Cómo? —Pablo no dio crédito a la declaración y a la vez le cuadró todo en la enorme ecuación que tenía en su cabeza—. ¿Te estás riendo de mí? ¡Porque no me hace ni...! —Se quedó callado de golpe cuando Jon lo miró con sus ojos verde claro. Era una mirada limpia y sincera. Su rostro estaba sonrojado por la vergüenza.

—No, Pablo, no me estoy riendo de ti. Me gustas... Me gustas mucho y no sé ya cómo hacértelo entender. Siendo directo, lo siento.

—M-me tengo que ir, Jon. Me está esperando mi madre... —fue lo único que salió de su boca.

—Vale. Perdona.

Se bajó del coche, tomó el abrigo y cerró la puerta con un golpe fuerte. Acto seguido se metió en el portal de su casa.

Pablo apagó el motor del coche y buscó su teléfono para llamar a Jon. Se puso muy nervioso al

darse cuenta de que lo había rechazado como un bruto. Él se había declarado de verdad por mucho que le costara entenderlo. Aquello fue real y él era un gilipollas.

Telefoneó varias veces a Jonathan hasta que este descolgó:

—¿Me he dejado algo a parte del corazón roto?

—¡Baja, idiota! —le espetó—. Baja ahora mismo al coche.

—No quiero.

—Baja, joder. ¡Baja! —le ordenó—. Baja y hablamos, pero deprisa porque tengo que ir de verdad a ver a mi m-madre —tartamudeó con la boca seca—. P-por favor te lo pido... —gimió.

Jon colgó y Pablo esperó con la esperanza de que apareciese. Finalmente el rubio salió del portal y volvió a meterse en el coche.

—Dime... —No se atrevió a mirar a Pablo porque tenía los ojos llorosos por el disgusto.

—Mi madre está en una residencia para personas enfermas y desahuciadas... Hace años le dio un infarto cerebral. Está en estado vegetativo y no va a despertarse jamás. Todos los sábados por la tarde voy a verla sin falta y le leo un libro porque a ella le entusiasmaba la lectura... Es lo único que me mantiene atado a este lugar y a la vida solitaria que llevo... —se le quebró la voz.

—Lo lamento muchísimo, Pablo... —A Jon se le llenaron los ojos de lágrimas. Aunque ya sabía algo de eso, oír a Pablo contarle con la voz desgarrada lo dejó devastado.

—Cuando eso pasó yo tenía pareja y me dejó tirado porque no quiso estar a mi lado... No llevábamos mucho, así que lo entiendo... Pero a mí me dejó muy tocado porque lo quería mucho...

—¿Lo... lo querías? —Estaba hablando de un hombre.

—Qué imbécil fui, ¿verdad?

—No, Pablo, no fuiste imbécil. Simplemente él no te merecía...

Este asintió con la cabeza intentando autoconvencerse.

—Por eso antes he dicho que la vida te arrolla. Por mi madre me he quedado en Madrid, aunque tenga una cátedra y me lluevan las ofertas en universidades extranjeras. Doña Mercedes fue muy buena conmigo, le debo mucho porque me permitió tener un buen horario y un trabajo fijo. Pero odiaba dar clase, no me sentía realizado como matemático.

—Lo has hecho por tu madre. Deberías estar orgulloso de ti mismo, porque eso no lo haría cualquiera. Ahora te admiro mucho más. Eres el mejor hijo que una madre podría desear... —Le sonrió de veras—. Y ahora vete a verla, te está esperando.

—Odiaba todo hasta que llegaste a mi vida... —Pablo deslizó la mano derecha por la nuca de Jonathan y acercó el rostro hasta el suyo. Lo besó casi con vergüenza y cuidado, saboreando aquellos labios por vez primera. Estaban calientes y húmedos.

El programador, aunque sorprendido, no perdió el tiempo y estrechó a aquel hombre contra él, devolviéndole los besos con ímpetu y codicia. Se rieron cuando sus gafas chocaron, así que se las quitaron y volvieron a besarse, esa vez acariciando con la lengua en interior de sus bocas.

—¿Y ahora qué...? —susurró Jonathan deslizando la mano por la pierna de Pablo, cerca de su creciente erección.

—Ahora me he de ir... —se lamentó.

—¿Y volverás por la noche? —Sonó como una súplica.

—Necesito un poco de tiempo, ¿de acuerdo? ¿Me lo concedes?

—Claro que sí. —Jon sonrió como un gilipollas.

—Te llamaré, lo prometo. —Pablo le acarició el rostro con cariño y lo miró a los ojos—. No llores más.

—Vale... No te preocupes por eso ahora. Tu madre es la prioridad y lo entiendo, lo apoyo y te animo a ello.

Se besaron de nuevo con avidez, anhelantes el uno del otro. A Jon le costó mucho apartarse de aquel hombre, de su calor, de sus labios tiernos, del roce de su barbita, de su cuerpo tembloroso. Porque Pablo estaba tiritando por la situación.

—Parezco primerizo —se disculpó.

—Eres muy dulce... Me gusta mucho este Pablo. Solo lo veo yo... Solo lo beso yo, solo me lo fo...

—*Shhh*, no digas eso, te lo pido por favor. Me tengo que ir de verdad.

—Lo siento, llevo pensando en ello mucho tiempo. Soy un cerdo.

Lo besó de nuevo, pasando los brazos por su cintura estrecha y apretándolo contra sí. Sintió el corazón de Pablo latir muy deprisa.

—Me he de ir... —susurró entre besos.

—Sí... Pero, por favor, llámame esta noche.

—No te preocupes. Te lo promete don Paloescoba, que es muy serio —bromeó—. En cuanto llegue a casa.

—Vuelve aquí, sube a mi piso... —le suplicó.

—Necesito tiempo para eso, perdóname.

Jon asintió de nuevo. No quería presionarlo tanto.

Un último beso y se despidieron.

Jon se bajó del coche y esperó a que Pablo arrancara y se fuera.

Luego suspiró con alivio y una gran sonrisa en el rostro.



<+Cap/8>



Pablo acudió a la residencia para ver a su madre, pero con la cabeza en otro lugar. Condujo con el piloto automático puesto, pues ni supo cómo había llegado.

Cuando fue a descender de su vehículo, se dio cuenta que las gafas de Jon estaban allí. No pudo evitar reírse. Ese hombre parecía dejarse las cosas adrede. Tomó el teléfono y le escribió.

»He llegado. Tus gafas estaban en el asiento del copiloto.

Jon no tardó nada en responder.

«Te diría que no tengo otras, pero sería engañarte para que vinieras a casa. No te preocupes. Pasa la tarde con tu mamá, léele un libro bonito.

Pablo se murió de amor. Que fuera tan comprensivo le llegó muy dentro.

»Gracias por entenderlo.

«Mi madre está sana y disfruto de ella. No quiero ni pensar en el día que me falte. Así que, qué menos. Es de lógica.

»Luego te llamo.

Quiso escribirle algo romántico, pero consideró que era demasiado pronto para eso. No estaba seguro de a dónde les conducirían esos sentimientos. Debía ser prudente.

Se bajó del coche, cogió el libro nuevo y se fue con Luisa.

La encontró como siempre, sin cambios. Besó sus mejillas, acarició su pelo y alisó más las sábanas.

Le partía el corazón verla así, con lo animada que había sido siempre, como su tía Rosa. Uña y carne, sobre todo desde que se dio el divorcio y su padre había desaparecido del mapa para siempre.

Por eso a Pablo le costaba confiar en los demás hombres, al final todos lo dejaban atrás tarde o temprano. Tuvo miedo de que Jon hiciera lo mismo. No obstante, no parecía ese tipo de persona, sino todo lo contrario; un chico con sólidos valores familiares.

—Mamá... ¿Recuerdas que te hablé de un hombre que me gustaba? Pues yo también le gusto a él. Estoy un poco confuso, la verdad.

Acercó la butaca a la vera del lecho, tomando la mano inerte de Luisa. La acarició largo rato.

—Creo que le gusto de verdad, aunque somos muy distintos. Todos dicen que nos complementamos bien. Quiero pensar que esto puede salir adelante y a la vez me muero de miedo. Si se estropeará no sé hasta qué punto afectaría al trabajo de ambos... Pero no puedo evitar lo que siento y más ahora que sé que es mutuo. Ojalá me pudieras aconsejar qué hacer...

Esperó una especie de señal que no llegó.

Pablo sonrió con tristeza, cogió el libro elegido con especial cuidado y se puso a leer:

—Mi padre me ha solicitado que sea yo quien ocupe la cuarta esquina en el Club de la Buena Estrella. Debo reemplazar a mi madre, dado que su puesto en la mesa de *mah jong* está vacante desde hace un par de meses, cuando falleció...⁸

<♥+♥>

—¿Y te ha pedido un poco de tiempo? —David, el hermano de Jon, le preguntó a través del otro lado de la línea.

—Su madre no está bien y cada sábado va a verla. Así que se ha ido... ¿He hecho bien mostrando apoyo y comprensión, verdad?

—Mientras sea de forma sincera, evidentemente, besugo.

—¡Claro que he sido sincero, paleta!

El amor entre hermanos no tenía precio.

—Pero te estás subiendo por las paredes. Ya te imagino: te has puesto frenético y has cambiado de sitio media casa.

David conocía muy bien a su hermano pequeño.

—Más o menos —gimoteó—. He recolocado mi colección de Funko Pop. Es que... Es que quiero estar con él ahora mismo, ya, de inmediato. ¡Y no sé dónde vive!

—Ten paciencia. Has conseguido que un hombre con dos dedos de frente se interese por ti, que eres un cabeza loca. Algo bueno tendrás, digo yo.

—Hombre, muchas gracias por los ánimos —farfulló.

—Te quiero, hermanito. Todo llegará, que me imagino qué quieres hacerle —se burló.

—¡No voy a hablar de esto contigo! —se horrorizó.

—Ni yo, pero usa condón.

Jonathan colgó a su hermano, abochornado. Luego se puso a rebuscar los preservativos que tenía muertos del asco en el cajón de su mesilla de noche.

—Caducados —susurró. Luego se echó a reír.

Sabía que era un tío que estaba bueno, pero su vida sexual era una mierda. Le daba pereza salir a ligar con cualquiera. Esa época se le había pasado. Nunca había tenido novio, ni ganas. Hasta ese día.

Buscó una farmacia que estuviera abierta un sábado por la tarde. Aunque aquella noche no fuera a pasar nada, tal vez al día siguiente sí. Por lo que, ni corto ni perezoso, se fue a comprar condones y lubricante, excitado como una perra en celo.

Le iba a hacer de todo a ese orejotas adorable.

<♥+♥>

Cristian estaba haciendo la escaleta de su siguiente novela por encargo. Ya había hablado con el editor y con la celebridad, teniendo una reunión *online*. Ella, una actriz famosa, le había comentado a grandes rasgos qué quería contar de su vida.

—Vaya puta mierda... —susurró antes de beberse un poco de chocolate caliente.

El telefonillo de su casa sonó y le hizo pegar un respingo. Se puso en pie de mala gana, en bata y babuchas, para descolgar.

—¿Sí?

—Soy Pablo.

Le abrió sin más. ¿Qué coño querría un sábado a esas horas? ¿Por qué no le habría avisado antes?

Lo esperó en la puerta del piso y lo dejó pasar. De inmediato, Cris notó la cara de gilipollas que traía.

—¿Y si no llego a estar?

—Siempre estás a no ser que quedemos fuera. Tu vida es más sosa que la mía.

—Difiero. Yo escribo historias apasionantes y tú numeritos sin sentido. ¿Por qué estás sonriendo? —quiso saber, extrañado.

—Es que... Me ha pasado una cosa y necesito consejos amorosos.

Cris abrió la boca. De inmediato sonrió ladino, le preparó una silla a su amigo y le puso un chocolate caliente. Luego se sentó frente a él adoptando una pose de hombre inteligente. Solo le faltó la pipa.

—Aquí tienes a tu hombre de confianza para ofrecerte consejos de amor que no van a ninguna parte porque no tiene ni puta idea. ¡Desembucha el cotilleo, Pablito! —lo animó a ello.

—Jon y yo nos hemos besado.

—¡Ya era hora, joder! ¿Y qué más? —Cris inquirió ansioso.

—Eso, nos hemos enrollado en mi coche.

—¿Y ya está? ¿No ha habido folleto? ¿No te lo has tirado? ¡Dime qué os habéis empotrado! —exclamó con indignación.

—¡Eres un ordinario! ¡Y no, nada de eso! Solo besos. —Pablo se puso rojo y sus orejas fueron como dos pimientos colorados.

—¿Ese chico es de piedra o qué?

—No es culpa suya, sino mía. Le insté a tener paciencia conmigo —explicó.

—¿Por qué? ¿Qué te aterra tanto?

—Llevo muchos años sin relaciones... Seguro que lo hago fatal.

—Claro, y se te ha cerrado el culo... ¡Tú eres tonto! Follar es como ir en bici, en cuanto aprendes ya no se te olvida.

—Si no fuera porque Íñigo y Nacho no están este fin de semana, no habría acudido a ti. Me estás dando unos consejos muy lamentables.

—No te pongas exquisito, hazme el favor, que casi me ofendes. A ver, Pablo... ¿Cuánto te gusta Jon? ¿Más que una raíz cuadrada?

El matemático no pudo evitar echarse a reír. Sacó el móvil y le enseñó la que Jon le había dibujado en la pizarra.

—Me la hizo él...

—Joder, pero si pone LOVE. Qué directo y qué bonito... Me lo apunto para una futura novela. ¿Pero a ti cuánto te gusta?

—Muchísimo. Dios... —Se llevó las manos al rostro para tapárselo—. Me siento como un adolescente. No había sentido algo así en mi vida, de verdad.

—Tú no has sido adolescente, así que es normal —se burló—. No entiendo qué cojones haces en mi casa todavía.

—Me dijo que subiera a su piso...

—¡Evidentemente!

—Pero me entró el canguelo. Además, tenía que ir a ver a mamá...

—Bueno, ¿y qué te dijo él? ¿Le pareció correcto?

—Sí, me animó a ir. ¿No es estupendo? Apoya lo que hago.

—Eso es lo que haría una persona decente, Pablo. Y tu ex, aparte de tonto del culo, era un mierdas. Así que deja de perder el tiempo en mi casa y vete a pasar una noche loca con ese tío bueno. Porque, ojo, menudo ejemplar masculino te has ligado.

—Y-yo no me lo he ligado...

—Vaya que sí, aunque haya sido sin querer. —Se carcajeó—. En definitiva, mi consejo amoroso es: fóllatelo esta noche y mañana también.

<♥+♥>

Cuando Jon volvía de la farmacia y de comprar algo para cenar, recibió una llamada de Pablo. Descolgó de inmediato, ansioso por escuchar su voz masculina y dulce.

—Hola... —susurró Pablo.

—¡Hola! ¿Ya estás en casa? ¿Está bien tu madre? —Se interesó.

—Está bien. Y no, no estoy en casa, sino en tu portal. Pero no sé cuál es el botón del interfono...

Jon echó a correr como un desesperado.

—¡Ahora voy! ¡No te vayas!

Colgó para que no se le cayese el móvil y giró la esquina que daba a su edificio. Efectivamente, pudo comprobar que Pablo estaba en el portal, esperando.

Este lo vio trotar hacia él con la respiración desbocada. Llevaba una bolsa de comida para llevar y una de farmacia.

—Lamento no haberte avisado con tiempo.

Jon se dejó de tonterías y le rodeó el cuello con uno de sus brazos, bajó la cabeza y lo besó.

A Pablo le temblaron hasta las canillas.

—¿Has venido a traermi las gafas? —susurró meloso.

—Me las he dejado en el coche... —Se echó a reír—. Voy a por ell...

—No. Sube, por Dios... —susurró sobre su oreja caliente.

Pablo asintió y entraron en el ascensor. Solo ascendieron dos pisos, pero Jon volvió a besarlo sin querer soltarse de él. Abrió la puerta del piso y dejó paso a su matemático.

—Qué grande... —Pablo admiró la gran cantidad de decoración friki que tenía: pósteres de cine enmarcados, una gran colección de Funko Pop distribuida por todas partes, películas, varias consolas, cómics de todo tipo; europeos, japoneses y norteamericanos, entre otros—. Es fascinante...

—¿Te gusta? Puede apabullar un poco.

—Mi casa es muy anodina, excepto por la extensa librería que hay. Libros míos y de mi madre, además de los que le compro para leerle.

—Qué bonito y especial es lo que haces por ella... —Jon acarició el rostro de Pablo y sonrió—. Eres muy dulce con tu mami...

De pronto, y sin venir a cuento, el matemático se puso a llorar y hundió el rostro sobre el pecho de Jon. Este lo estrechó contra sí con fuerza y permitió que se desahogara cuanto necesitase.

—Perdona... Es que no me esperaba que fueras a comprenderme tanto. Me he emocionado. En el fondo soy un romántico.

Jonathan le tendió pañuelos para que se secara las lágrimas y le quitó las gafas para limpiarlas.

—Como has sido desconsiderado, y me has manchado de mocos el jersey, me lo he de quitar.

Sin perder el tiempo se arrancó la prenda y la camiseta interior, quedándose solo con los pantalones.

A Pablo se le quitó la llorera de sopetón al ver aquel cuerpazo digno de ser esculpido por Miguel Ángel.

—¿Vas al gimnasio, verdad?

—Evidentemente... —Lo siguiente que hizo fue despojar a su invitado del molesto abrigo y lanzarlo sobre una silla—. ¿Quieres cenar?

Pablo negó con la cabeza sin poder apartar la vista de aquellos pectorales bien definidos. Buscó con la mirada el tatuaje.

Jon dejó que lo escudriñara, hasta que se hartó de esperar.

—¿Qué más tengo que hacer para que te me tires encima? ¿Me quito los pantalones yo mismo?

—¡Jon! Yo...

—Necesitas tiempo.

—No, es que... Llevo mucho sin follar, joder —admitió.

—Y yo. Años. Imagínate las ganas que tengo de acostarme contigo. Me he masturbado imaginándome tu culo mientras veía porno. ¿Te parece lo suficientemente guarro o específico más?

Pablo se adelantó hasta el rubio y le pasó los brazos por el cuello para poder besarlo con ansia y anhelo.

Jon lo tomó por las nalgas y lo levantó, llevándolo en volandas hasta su cama. Lo dejó sobre esta con cuidado y se colocó encima, bajándose los pantalones primero. Del bóxer húmedo sobresalía un notable glánde rojo y abultado.

Pablo permitió que Jon lo ayudara a quedarse desnudo. Se le pasó la vergüenza de inmediato pues estaba demasiado cachondo para andarse con tonterías. Solo podía pensar en el pedazo de tío rubio que tenía encima comiéndole la boca, agarrándole del pelo y asiéndole del culo con la otra mano.

Sus erecciones se frotaron por debajo de la molesta ropa interior. Jon se deshizo de ella y luego hizo lo mismo con la de Pablo.

—Joder, eres perfecto —gimoteó el rubio—. Me encantas. Tu polla es preciosa, preciosa de verdad.

Pablo, que se había quedado sin palabras, se dejó hacer una felación profunda, rítmica, caliente y húmeda. Aquel hombre sabía lo que se hacía chupando y lamiendo.

Espoleó con la cadera para sentir más placer. Estaba muy cerca de tener un orgasmo y Jon parecía querer recibirlo de lleno, porque aumentó la cadencia de la paja que le estaba haciendo, además de los lametones.

—Me corro, m-me corro, Jon... —Este no se apartó, siguió con aquella verga dura en la boca, esperando el chorro de semen caliente y espeso inundarle la garganta.

Un latigazo de excelso placer recorrió el cuerpo de Pablo, que se estremeció al llegar al orgasmo.

El rubio recibió con entusiasmo esa eyaculación. La absorbió, se la tragó y jadeó de gusto. Sacó el pene de su boca y se colocó encima de Pablo, que resopló por el esfuerzo.

—Qué bueno estaba... Quiero más, lo quiero todo. Nunca pensé que el semen de alguien me fuera a gustar así. Es la primera vez que me lo trago... —confesó.

—Eres tonto... T-tendrías que haber usado protección, ponerme...

Un beso acalló sus palabras y lo subyugó.

—Estoy limpio como una patena. Y seguro que tú también.

Pablo asintió quedándose más tranquilo.

—Quiero seguir follando —soltó de golpe—. Fóllame, empótrame. ¿Quieres? ¿Te gusta ser activo? Yo soy pasivo... Pero haré lo que quieras, lo que te dé la gana... Tienes carta blanca.

—Madre mía, joder, joder, joder... —Jon levantó a Pablo en brazos y se lo llevó al salón, donde había dejado el lubricante—. Quiero follarte sobre la mesa, como si fuera la de tu despacho. He tenido esa fantasía desde que me empezaste a gustar e iba a verte allí.

—Pues hazlo, prepárame y hazlo —lo incitó a ello.

Jonathan tiró del mantel y todo lo que había encima terminó desparramado por el suelo. Pablo se subió encima y se dejó hacer lo que su compañero sexual quiso.

El rubio lo trató con un cariño y un especial cuidado, lubricando bien su zona anal. Metió el pulgar para empujarlo con cadencia. Pablo lo abrazó buscando sus besos, arañando su espalda, hundiéndolo en los pectorales, bajándolos para asir su pene y masturbarlo.

—Eres fuego, cariño —le susurró Jon—. Y estás buenísimo. —Mordió su oreja derecha, lo cual excitó más aún a Pablo—. ¿Te gusta así? ¿Te da placer mi dedo?

Este asintió, estremecido. Buscó el pequeño lunar que Jon tenía cerca de los labios y lo lamió con lascivia. No se podía creer que tuviera encima a Jonathan, a ese hombre que tantas horas de sueño le había quitado. Su piel, su olor, su calor sobre él, su dedo entrando y saliendo con pericia.

—¿Desde cuándo quieres hacer esto? —le preguntó—. Sé lo mal que te caía al principio... —gimió.

—No lo sé exactamente, solo que... Que quería. Antes de que te enfadaras tanto conmigo yo ya estaba colado por ti.

—Y yo por ti —confesó—. Me puse cachondísimo cuando resolviste las derivadas de la pizarra...

A Jon le encantó escuchar aquella revelación. Ambos llevaban tiempo deseándose.

—Pablo, no aguanto más... ¿Crees que puedo...?

—Sí. Hazlo, métemela hasta el fondo.

—¿La raíz cuadrada? ¿Eh? —bromeó.

Pablo se echó a reír de pura felicidad. Rodeó la cintura de Pablo con las piernas, recolocándose. El rubio acercó el glande hasta la zona lubricada y embistió poco a poco hasta que entró.

—Empuja... —susurró sintiendo una mezcla de fruición y calor en su zona más erógena. No había nada que le gustara más que se lo follaran. Y nunca imaginó tener a un hombre tan guapo dentro de él. A aquel hombre en particular.

Jonathan empujó varias veces hasta conseguir entrar del todo. Se estremeció de satisfacción. Buscó la nuez de Pablo para lamerla, también sus clavículas, su torso con algo de vello, sus pezones duros por el placer.

Escucharlo jadear, sentirlo arquearse cada vez que lo embestía, notar cómo apretaba el culo con fuerza... Todo aquello lo encendió todavía más, así que dejó de tener delicadeza y se permitió perder la razón antes de saborear aquella boca y aquella lengua, derramando dentro los jadeos que no pudo evitar exhalar.

El matemático pensó que jamás en toda su vida se lo habían hecho tan bien y con tantísimas ganas. Recibió los resuellos de Jon, se los bebió, se los comió igual que su lengua juguetona o sus besos carnívoros.

Y lo que tenía metido dentro fue mucho mejor, la polla más maravillosa del mundo era suya y le estaba haciendo gozar como jamás antes en su vida. Fue como si estuviera hecha para hundirse allí y darle placer donde más le ponía, en su punto erógeno. Se iba a correr por segunda vez, solo

que aquella vez el orgasmo sería distinto y mucho más bestial.

Jon lo estaba gozando como nunca en su vida. Aquel revolcón fue muy distinto a todos los anteriores con tíos de los que ya no recordaba ni el nombre. Nada que ver con Pablo y su forma de follar, de tocarlo, de colaborar, de gozar hasta el borde del orgasmo. Y entonces ya no pudo más, sobre todo cuando lo sintió correrse de aquella forma tan brutal, mordiéndole hasta la boca.

Casi no se dio ni cuenta al eyacular dentro de aquel lugar estrecho y caliente que daba tantísimo placer. Se dejó llevar sin más, sin decir nada, sin avisar.

Ambos se quedaron quietos, respirando entrecortadamente. Jon hundió el rostro en la curva del cuello de Pablo, que lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Joder... —atinó a decir el rubio—. Qué culo tienes...

Pablo estalló en risotadas ante tal comentario.

—Qué romántico eres.

—Casi partimos la mesa en dos, ¿eh? Espera... —Con mucho cuidado salió de Pablo, que sintió como si le faltara algo dentro.

Este esperó bocarriba, mirando la lámpara del techo con una sonrisa perpetua en la cara de tonto que se le había quedado.

Jonathan volvió con toallitas húmedas y lo aseó con cuidado, limpiando cada resto de semen que encontró, besando también su piel y sus pezones adorables. Volvió a subirse a la mesa y se tumbó a su lado, tomándolo de la cintura y apretándolo contra su pecho.

Se miraron a los ojos largo rato. Los iris de Pablo buscaron de nuevo el lunar y se acercó para besarlo. Luego fue a por una de las comisuras de sus labios y depositó un beso más. Lo siguiente fue fundir un montón de besos con los que Jon le dio.

—¿Quieres cenar? Fui a por *sushi*, aunque ya estará un poco pasado... —le ofreció.

—Me muero de hambre.

Jon lo ayudó a bajarse del mueble y le prestó una bata suya para que no pasara frío. Ambos devoraron los *nigiri* y los *maki*, sentados sobre la alfombra, cerca de la estufa.

—Qué desconsiderado soy... —susurró Jon—. ¿Te he hecho daño mientras...?

—¿A ti qué te parece? He tenido un orgasmo anal, por no hablar de que me he corrido de gusto en tu boca. Vamos, estoy fatal, mírame... —Sonrió de forma pícara.

—¡Te como! —Jon lo estrechó contra sí y besó su oreja izquierda.

—Para mí ha sido la mejor experiencia sexual que he tenido —se sinceró sin pudor.

—Y para mí...

—No te creo.

—Pablo. —Jon usó un tono de voz muy formal—. Hacer el amor contigo, darte placer... Ha sido la mejor experiencia sexual y sentimental que he tenido en toda mi vida. Y no quiero que acabe aquí, deseo seguir disfrutando de esta intimidad...

Pablo se le quedó mirando un poco estupefacto. Aquel hombre iba en serio, muy en serio. El corazón le estalló de alegría en ese momento y todo su rostro mostró lo que sentía por dentro.

—Vale... —apenas fue capaz de hablar por la emoción.

—Cariño... —musitó Jon mientras lo estrechaba contra sí—. Nos compenetramos, en todos

los sentidos. Por favor, déjame mostrarte todo lo que puedo ofrecer...

—Qué sí, tonto... —Alzó la mano y le acarició el rostro—. No me voy a ninguna parte, ¿de acuerdo? Ya no me quiero separar de ti. Me quedo a dormir... Y mañana, ¿me quedo todo el día?

—¡Sí! Sí, sí. ¿Jugaremos al Mario Kart?

Pablo se carcajeó.

—Tú no querías traerme para eso, reconócelo.

—A ver, una partidilla contigo me hubiera echado, pero después del folleteo desenfrenado. No soy idiota.

Jon lo miró de muy cerca y Pablo sonrió.

—¿Qué pasa?

—Que sin gafas no veo un pijo... ¿A ver esa boca...? —La besó sin más—. Y tu nuez... —Se acercó para lamerla—. Esos pezoncitos duros y pequeños... —Los mordisqueó—. Y el ombligo...

Jon lo tumbó sobre el suelo y le abrió la bata. Hizo lo mismo con la suya y se colocó encima de Pablo, piel con piel.

Ambos se empalmaron de nuevo.

—¿Me vas a dar lo mío toda la noche?

—Te lo voy a dar...

Ambos rieron antes de entregarse el uno al otro por segunda vez.



Los siguientes días tras un fin de semana tan apasionado no fueron muy distintos salvo porque en San Gerónimo tuvieron que fingir más de la cuenta. Disimularon tanto que Ana notó qué algo sucedía y, ni corta ni perezosa, fue a charlar con Jon.

Solo podían haber pasado dos cosas: la primera que se hubieran vuelto a molestar entre ellos, algo que ponía en duda; la segunda que se hubiesen liado. Y la psicóloga no era tonta, sabía perfectamente que a Pablo Rojas le gustaban los hombres aunque jamás hubiera dicho una palabra al respecto. Solo había que sumar dos más dos.

Encontró a Jonathan en el aula de Informática, corrigiendo unos ejercicios sencillos. Este sonrió al verla, como un atontado de ojos brillantes. Ana confirmó sus sospechas sin necesidad de hacer pregunta alguna. Así que se sentó a su lado, se apoyó en su brazo y lo escrutó.

—¿Qué? —dijo él.

—¿Te crees que me chupo el dedo?

Jon se mantuvo en silencio unos segundos y se mordió el labio inferior.

—¿Se me nota mucho?

—A kilómetros de distancia. —Olisqueó su ropa—. Hueles a Pablo Rojas como si el susodicho estuviera de cuerpo presente.

—¿Lo habrá notado mi tía? —indagó en tono de preocupación—. Pablo insiste en que mantengamos esto al margen del trabajo y estoy cumpliendo con mi palabra.

—No sabe nada, estoy segura. Ni nadie más. Pero conozco a los de mi acera. Ya sabía lo de Pablo, así que no me sorprende.

—¿Y por qué no me lo contaste? Yo ahí comiéndome el tarro —la reprendió un poco, medio sonriendo.

—Porque no era yo la que debía decírtelo y lo sabes. De todos modos... lo veía venir. Tú babeabas por él y él te miraba con aire apesadumbrado, como si no pudiera estar contigo por ser inalcanzable.

—Ya lo sé. Piensa que soy demasiado guapo y me lo habrá dicho trescientas veces elevado a la enésima potencia. El muy lelo no se da cuenta de lo atractivo que es, lo mucho que vale y lo cachondo que me pone. Madre mía... —Se mordió de nuevo el labio inferior con fuerza, recordando todas las veces que habían hecho el amor como salvajes en celo—. Nos acostamos, me vuelvo loco y sigue pensando eso... Es que me lo como de tonto que es.

Ana se carcajeó de buena gana.

—Bien, aquí tenéis aliada para lo que haga falta. Por cierto, en las convivencias me temo que los profes vamos a dormir todos juntos en la misma cabaña, así que córtate y no pongas a Pablo entre la espada y la pared. Sé buen chico.

Jon asintió y sonrió.

—Créeme, quiero que esté tranquilo y contento.

—Estupendo. —Ana le guiñó un ojo y lo dejó en el aula para que continuara con su trabajo.

<♥+♥>

Pablo Rojas estaba de todo menos tranquilo. Cualquier acercamiento de Jon, por profesional que fuera, lo veía como si desde fuera todos supieran que mantenían relaciones sexuales. Unas muy tórridas y placenteras. En realidad sabía que todo estaba dentro de su cabeza, pues el rubio se había comportado tal y como le pidió: de forma comedida.

A veces se encerraba en su despacho a cal y canto, o pasaba más horas en la sala del profesorado para estar rodeado de gente. Le costaba concentrarse, se imaginaba lo que Jon y él harían en cuanto llegaran a casa de su compañero. Le entraban los calores y se ponía cachondísimo.

Por eso, cuando aquella tarde Jon fue a buscarlo al despacho, pegó un brinco en el asiento.

—Pablo, abre...

Este trago saliva y se puso en pie para dejarlo pasar.

El rubio entró con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Toma, te he comprado más cápsulas de café. Estas son las que te gustan, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias.

—Te quiero despierto toda la noche —soltó de pronto, cerrando el pestillo—, así que bebe café porque lo vas a necesitar.

—Jon... —susurró en tono reprobatorio—, haz el favor de no decir eso. Te pueden oír...

—No quedan ni alumnos, ni profesores, ni mi tía... Solo la bedel que anda guardando lo de Educación Física en la otra punta del edificio. También estamos nosotros... No-so-tros... —repitió las sílabas con un deje sensual en la voz, acorralando a Pablo contra su mesa. Incluso lo tomó por la corbata y estiró de ella.

El matemático se acaloró, fue incapaz de negarse al beso que recibió de Jon, que seguía tomándolo por la prenda. Al final se lo devolvió con avidez, agarrado a las mangas de su jersey, apretado contra su pecho.

Jon lo aupó hasta la mesa, lo estrechó contra su cuerpo encendido y lo devoró a besos.

—Dime que sí, dame permiso para follarte aquí...

—V-vale... —Pablo claudicó, incapaz de pensar con otra cosa que no fueran sus partes bajas, donde se había ido toda la sangre.

El rubio se quitó la prenda superior, se abrió los pantalones y sacó su miembro duro. Sin dejar de besar a Pablo, le desabotonó la camisa blanca, dejándole puesta la corbata. No quería que llevara nada más.

En un visto y no visto lo desnudó, apartó el portátil y los papeles y le dio la vuelta para admirar ese trasero respingón y prieto. Nunca podría cansarse de verlo, de acariciar el vello que tenía en él, de abrirlo para poder chuparlo.

Pablo se quedó apoyado bocabajo sobre su escritorio, aferrado a los laterales. Se estremeció al sentir la lengua húmeda y caliente de Jon recorrerle desde la base de la nuca hasta el hueco entre sus nalgas. Esa lengua jugueteó con el anillo de su ano y con sus testículos. Casi se hizo sangre en el labio de aguantar los jadeos que pujaban por salir de su boca. Y cuando su compañero

metió dos dedos en su recto para dilatarlo, soltó un gemido incontrolable que puso a Jon cachondísimo.

Este se afanó en abrir aquel lugar de placer, tan estrecho y que tanto le excitaba. Cuando consideró que era suficiente, tomó a Pablo por las caderas y acercó su cuerpo hasta que el glándula se abrió paso. Con una de sus manos asió la corbata y tiró de ella con cuidado, mientras se hundía del todo en aquel hombre. Se quedó quieto un instante, sintiendo el calor que emanaba Pablo y lo mucho que apretaba el culo.

—Joder, Jon... ¿por qué paras? —Acto seguido emitió un jadeo y se agarró más a la mesa ya que el rubio lo embistió con fuerza.

—Solo cogía impulso para empotrarte, cariño —jadeó sin medida, moviéndose adelante y atrás, notando cómo chocaban los testículos de ambos. Deslizó una mano hasta sujetar el miembro duro y húmedo de Pablo para masturbarlo a conciencia.

Ambos jadearon sin control, sin pensar en que pudieran ser descubiertos.

Pablo sintió una mezcla de orgasmo peneano con anal que lo llevó a rozar el paraíso. Jon sabía muy bien cómo hacerlo gozar hasta el extremo. Le llenó la mano de un semen espeso y caliente que el rubio atesoró con codicia.

—Tienes el culo perfecto para mi polla, maldito y sexy profesor de matemáticas —dijo excitado, corriéndose en su interior. Le empujó tan fuerte que Pablo se tuvo que sujetar más a la mesa sintiendo el semen caliente inundarlo.

Al terminar, Jon respiró con fuerza, mareado. Se mantuvo dentro de Pablo unos segundos más mientras intentaba recobrar la respiración. Luego salió con cuidado y dejó descansar su pene, aún muy duro, sobre ese trasero.

—Me ha tocado la puta lotería... —gimoteó.

—Jon...

—¿Qué?

—Me has puesto perdido... —susurró aguantándose la risa floja.

—¡Perdón! —Jon cogió los pañuelos de papel que tenía Pablo sobre la mesa y le limpió el trasero y el interior de los muslos, además de su miembro ya descansado.

Pablo se dio la vuelta para poder vestirse de nuevo, aunque le temblaron las piernas por el sexo duro.

Jon, con los pantalones por los tobillos, lo ayudó tras subírselos. Fue abotonando su camisa con lentitud y terminó por recolocarle la corbata.

El matemático posó las manos sobre los pectorales de su compañero, las deslizó hacia abajo y luego le rodeó las caderas con los brazos, levantando la cabeza para recibir un beso largo y profundo.

—Es la última vez que lo hacemos en el colegio, ¿me oyes? —le hizo saber Pablo.

Jon palideció sintiéndose un poquito culpable.

—Era una fantasía sexual recurrente...

—Y por eso la hemos cumplido ambos. A partir de ahora, solo en tu casa.

—¿Y cuándo me vas a llevar a la tuya? Quiero romper tu cama.

—Cuando te ganes otros doscientos puntos, porque hoy los has gastado todos de golpe... —

bromeó.

—No me puedes gustar más. Bueno, sí, me puedes gustar infinitamente más...

—¿Cómo los números naturales, que son infinitos?

—Como el siguiente estadio de infinito que es el de los números reales y que es mucho mayor... ¿Me... me has entendido?

Pablo se quedó estupefacto y pestañeó. Observó los ojos verdes de Jonathan, que le devolvieron una mirada limpia y sincera.

¿Le estaba queriendo decir que sus sentimientos iban más allá?

El moreno bajó la vista y sintió el corazón de Jon latir muy fuerte, bajo su palma. No supo muy bien qué responder, le había cogido por sorpresa.

Como Jon no vio una reacción recíproca por parte de Pablo, se separó para buscar su jersey y enfundarse en él. Pensó que se había precipitado al intentar expresar que se estaba enamorando. No debió presionarlo así, tan rápido. Comprendió que su compañero necesitaba su tiempo y rezó por ser correspondido en algún momento.

—Esta noche será mejor que descansemos ambos, cada uno en su casa —lo propuso con un tono de voz lo más natural posible—. Además, imagino que tendrás trabajo atrasado. Yo también.

Pablo asintió en silencio. Buscó su chaqueta y se la puso. Aún le dolía el trasero y le alivió que pararan un poco. Llevaban acostándose cinco días seguidos. Jon era insaciable, pero es que él también lo quería dentro una y otra vez.

—Hablamos luego —le susurró acariciando el lunar que tanto le gustaba—. Dame un beso —demandó con el ceño fruncido, como si fuese una orden.

—Sí, profesor... —Jon lo abrazó y buscó sus labios. También lo besó en las orejas, en el cuello y en las mejillas. Le encantaba sentir sus barbita suave—. Voy a por mi casco, me lo he dejado... Eso me pasa por tener pensamientos impuros.

Jon recorrió el pestillo de la puerta y se fue pasillo arriba, despidiéndose con la mano.

Pablo se apoyó en el marco y lo miró suspirando. Cogió el móvil y le mandó un mensaje corto y simple. Tal vez estaba corriendo demasiado, pero era lo que sentía de corazón.

Se puso el abrigo, cogió sus cosas y se fue a casa.

<♥+♥>

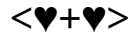
Cuando Jon salió al aparcamiento el coche de Pablo ya no estaba. Le desilusionó un poco. Se había acostumbrado a acompañarlo...

—No le tenía que haber dicho eso, me he precipitado porque no pienso las cosas, joder... —se lamentó en voz alta, agobiado.

¿Y si sus sentimientos iban más rápido que los de Pablo? Era la primera vez en su vida que sentía algo tan intenso. Y no solo se trataba del sexo, que era la hostia, sino de todo el conjunto.

Cogió el móvil para escribirle una disculpa cuando vio que tenía una notificación precisamente de Pablo. La abrió con miedo, pero cuando observó lo que era cerró los ojos y suspiró con una sonrisa estúpida en los labios.

» ∞ + ∞ = ∞



No volvieron a tratar el tema de sus sentimientos más íntimos, tampoco tuvieron relaciones en el trabajo, y prefirieron seguir viéndose en secreto en casa de Jon.

Se gustaban muchísimo y pasaban todo el tiempo que podían en compañía mutua. Habían ido al cine, a cenar, a comer, incluso Jon enseñó a Pablo a jugar a algunos videojuegos para PC. Al muy cabrón se le daba todo bien y cogió muy rápido el punto y el gusto, especialmente cuando competían el uno contra el otro.

Jon esperó con estoicismo a ser invitado a casa de su compañero, pero comenzó a desesperarse cuando el matemático no lo hizo. A pesar de eso intentó mantener la compostura. También se planteó presentárselo a su familia, pero luego recordó que se podría enterar su tía Mercedes y era lo que menos quería Pablo. El único al que se lo había podido confiar fue a su hermano y este debía mantenerlo bajo secreto de sumario.

El ingeniero estaba teniendo una paciencia infinita con Pablo y comenzó a inquietarse un poco.

Aprovechando que el matemático iba a ir a su piso tras visitar a su madre, pues era sábado, le hizo la cena, preparó la mesa, puso velas por el salón y unas lucecitas LED pequeñitas.

Cuando el hombre llegó y se encontró todo aquello no supo qué esperar.

—¿Y esto?

—Hoy hace cuatro semanas que comenzamos a... bueno... Eso.

—Lo sé... Pero no creí que fuera tan... —Pablo rectificó al ver la cara de pesadumbre de Jon —. Muchas gracias, es precioso.

El más joven lo estrechó contra él, suspirando. En el centro de su pecho tenía unas palabras que decirle, unas muy significativas y que pujaban por salir. Las retuvo al borde de la garganta cuando casi se le escaparon. Se sintió algo frustrado por no poder expresar esos sentimientos tan intensos. Pero Pablo se abrumaba con mucha facilidad, así que debía ir a su ritmo, por lento que este fuese.

Pablo se estremeció. Cuánto le gustaba Jonathan, como ningún otro hombre antes. Al lado de aquellos sentimientos tan profundos, lo que había sentido por sus ex resultaba una farsa. Especialmente si lo comparaba con el último, al que creyó «querer mucho». Pero con Jon sentía algo mucho más fuerte y real. ¿Estaría enamorado de él?

La sensación lo mareó. ¿Por qué sus sentimientos iban tan deprisa? Él nunca había creído que se pudiera enamorar en cuestión de días, porque el amor siempre le pareció como un sistema de ecuaciones largas y complicadas, de las que llenaban varias e interminables pizarras hasta llegar a la conclusión final. Y si algo fallaba durante el proceso de crearlas, no salían bien.

Pero allí, en ese sistema decimal que eran Jon y él, solo había un $1+1=2$. Al igual que $\infty + \infty = \infty$. Lógico y consistente, sin complicaciones.

—¿A qué huele? ¿Me has hecho la cena? Qué considerado... —susurró intentando no divagar más de la cuenta.

—¡Sí! Jonathan González ha cocinado para Pablo Rojas. —Se echó a reír—. Siéntate a la mesa, voy a servirte.

El moreno colgó el abrigo y tomó asiento, admirando el esmero con el que Jon lo había

preparado todo. Estar en penumbras, con el aroma de las velas y un poco de música ambiente le hizo sentirse muy a gusto. Sonrió sin poder evitarlo. Jonathan era tan romántico como él. La diferencia era que se lo estaba demostrando y el profesor no se sentía con la suficiente confianza en sí mismo como para hacer lo mismo.

Seguía pensando que un hombre como Jon lo dejaría en cuanto se aburriera de él. Se preguntó por qué se hacía aquello a sí mismo.

Justo en ese momento volvió el rubio y depositó delante de él un plato con un buen filete de ternera, patatas asadas y verduras como guarnición. Luego le sirvió vino tinto.

—Oh, perdona... He dado por hecho que te ibas a quedar. No bebas si no te apetece... —Jon también estaba dudoso y temía presionar demasiado a Pablo.

Este tomó la copa y bebió un poco, sonriendo.

—Claro que me quedo. Total, me compraste un pijama. —Se puso a reír—. Aunque el tuyo es mejor.

—¡No me juzgues! —Jon se sentó frente a él—. Los regalos de mis sobrinos son sagrados.

—Pero si te encanta. ¿De qué es? ¿*Minecraft*?

—Correcto.

—Y la batamanta ya es apoteósica. Pareces Gandalf.

—Gracias.

Pablo nunca pensó en que saldría con un hombre tan peculiar y con gustos tan diferentes a los suyos, aunque les agradaban bastantes cosas comunes, como series, películas o libros.

—La cena está deliciosa. Muchas gracias por alimentarme en condiciones. A veces llego a casa y no me apetece cocinar o mi nevera da pena verla. —Comió con avidez y Jon lo imitó.

—Ese cuerpo serrano ha de estar bien nutrido, cielo. Y te estoy haciendo perder calorías, así que qué menos que proporcionarte sustento —bromeó—. Ya verás el postre.

—¿Qué es?

—Yo, qué va a ser —se carcajeó a gusto—. A no ser que quieras hacer otras cosas antes de comerme.

Pablo lo miró con la ceja levantada.

—¿Qué cosas?

—Jugar a *Elden Ring*. ¡Es mi videojuego favorito!

—No, gracias. Estoy harto de morir a los cinco segundos de haber empezado. Además, da mucho mal rollo. La mente del que lo ha creado debe ser muy retorcida.

—Pues es el Miyazaki bueno.

—¿El bueno? ¿Y cuál es el malo?

—El de las películas de Ghibli, como la de *El viaje de Chihiro* que tanto te gusta.

—¡Venga ya! —Se rio con ganas—. ¿Tienen las personalidades cambiadas?

—Eso parece. Uno hace juegos lúgubres, pero es buen tipo, y el otro crea obras de arte de la animación y tiene una mala hostia de cojones.

—Aprendo muchas cosas contigo.

—Me alegro... A veces la gente, cuando se entera de lo frikazo que soy, me trata con

condescendencia, o me dice que soy infantil. Una vez traje un tío a casa y al ver la colección de figuras de Alien me puso una excusa y se largó...

—No me extraña. —Pablo observó las susodichas figuras que se podían encontrar en el interior de una vitrina—. Son siniestras como poco. ¿Sabes que Giger soñaba con todo ese mundo extraño? Así que se dedicó a plasmarlo y en *Alien* hizo un excelente trabajo.

—Dios, eres perfecto —susurró Jon.

—Solo leo mucho.

—Más que eso... ¡Tienes una cátedra! Deberías escribir un libro sobre matemáticas.

—Ya hay muchos, uno mío no iría a ninguna parte.

Jon aborrecía cómo Pablo se menospreciaba constantemente. Aunque aparentase ser un profesor serio, seco y duro, en realidad era una persona muy insegura.

—¿Y hoy qué le has leído a tu mami? —indagó cambiando de tema.

—*Bajo la puerta de los susurros*, de Klune. Trata sobre la muerte y el duelo, pero de una forma positiva y con toques fantasiosos. De algún modo intento también leer para mí, para cuando ella ya no esté... Aunque es como si se hubiera ido hace mucho... —musitó con tristeza en la voz.

Jon se acercó a él y se arrodilló a su lado, tomándolo por las manos con cuidado. Le acarició estas.

—Sé que no te va a servir de mucho lo que te diga, pero creo que no he visto un amor tan fuerte y tan grande en toda mi vida como el que le das a tu madre.

—Gracias por entender que los sábados por la tarde son sangrados.

—Aunque fueran todas las tardes, Pablo... Te apoyo en lo que decidas o hagas. Cuenta conmigo.

El matemático se emocionó, así que lo abrazó por el cuello y Jon le rodeó la cintura con sus brazos.

—Eres muy bueno... No todos entienden esto.

—Pues yo sí. Tengo dos dedos de frente y siento empatía.

Pablo quiso decirle que le quería, que le quería mucho y de verdad. Pero la última vez que hizo algo así, su ex salió corriendo. Así que decidió esperar un poco.

—Jon... Quiero el postre —musitó sobre su pelo—. Pero hoy que sea suave y dulce...

El rubio lo miró con adoración y asintió, decidido a hacerle el amor con cuidado y mimo.

<♥+♥>

Pablo roncó con suavidad en el lado derecho de la cama. Por la ventana entró la luz de la calle e incidió sobre su rostro en calma.

Jon observó sus facciones: la nariz, los labios entreabiertos, las pestañas espesas, la barbita, su pelo suave y oscuro, las orejas, las pequeñas arrugas convertidas en líneas de expresión.

Depositó un beso en su mejilla caliente y luego le pasó un brazo por la cintura, bajo el nórdico. Pablo se pegó a él de forma instintiva, sin despertarse.

El rubio suspiró. Estaba enamorado y lo sabía desde hacía tiempo. Quería pasar la vida junto a Pablo y no soportaba la idea de que aquello pudiera terminar en algún momento.

—Por favor, quíereme... —musitó sobre su nuca—. Porque te amo muchísimo...

Quiso sollozar, sintió la congoja en la garganta. Al menos lo había expresado y eso le permitió aguantar un poco más.



<+Cap/10>



Y llegó el terrible día en el que los de 4.º A y 4.º B tuvieron que compartir un autobús. Cuarenta adolescentes en plena edad de pavo, enfrentados por la absurda idea de que estar en clases distintas les hacía mejores que los contrarios. Los del A se habían sentado a la derecha y los del B a la izquierda, lanzándose pullitas, papelitos y haciendo vídeos con sus iPhone de última generación para subirlos a sus redes sociales.

Para los cuatro profesores al cargo no fue tarea fácil asumir aquella responsabilidad.

»Ana, aunque acostumbrada a tratar con ellos de forma asidua, odiaba el griterío.

»Roberto, el profesor de Educación Física y tutor de 4.º A, estaba igual de chalado que Jonathan.

»Jon hizo piña con su compañero y optaron por amenizar el viaje a Segovia pasándose el micrófono a ratos.

»Pablo se quedó con Ana tras el asiento del conductor con cara de «Jesusito, pero qué he hecho para merecer este castigo divino».

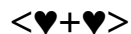
—No sé si son peores los chavales o esos dos —se quejó el matemático—. Estoy pasando vergüenza ajena.

—No nos queda nada... Todo un fin de semana. Con suerte estarán agotados para entonces...

—¿Los críos o los dos payasos?

—Todos... —suspiró poniéndose unos cascos para escuchar música relajante.

Pablo miró a Roberto y a Jon hacer del Dúo Dinámico, pero le dio demasiado sonrojo y optó por observar la carretera y perderse en sus pensamientos. Ese sábado faltaría a la cita con su madre, algo raro en los últimos años. No obstante, estaría con ella su tía Rosa, por lo que se quedó más tranquilo al respecto.



Como solo tardaron hora y media en llegar, el suplicio de soportar a dos profesores diciendo tonterías, llamando la atención a alumnos gritones y poniendo orden para luego soltar algún chascarrillo, se pasó rápido.

La granja estaba situada en una enorme extensión que incluía un bosque anexo por el que hacer senderismo, así que, además de los cuarenta alumnos y los cuatro docentes, en la granja había otros grupos de personas, familias y parejas haciendo turismo rural a pesar de ser febrero. Hacía un poco de frío, pero nada terrible por mucho que los alumnos fueran embutidos como morcillas.

—¡A ver! ¡Todas las chicas conmigo! —demandó Ana. Luego las fue tachando de las lista y se fue con ellas a los dos barracones acondicionados. Las mezcló entre la clase A y la B para que tuvieran que convivir.

El resto de chicos fueron divididos en otros tres barracones y se hicieron cargo Roberto y Jonathan. Pablo fue a realizar el registro de entrada y presentar todos los DNI en la recepción.

Miró el de Jonathan. Salía bien hasta en la foto del carné, el muy guaperas. Observó su fecha de nacimiento y sonrió para sí. Ya sabía qué iba a regalarle, pero le había dado reparo preguntar cuándo era su cumpleaños.

—Estarán todos juntos, así que desde la caseta de profesores se ven los barracones. Aquí tiene los horarios de desayunos, comidas y cenas —le explicó la amable señora que llevaba la recepción—. Se hacen siempre en el comedor principal, que se comparte con el resto de huéspedes. El desayuno es bufé libre.

—De acuerdo, muchas gracias. ¿Recibieron correctamente las intolerancias alimenticias de los alumnos?

—Lo tenemos controlado.

—Excelente.

—En la casa principal también están las duchas comunes. Y si me acompaña... —Pablo la siguió—, esta sala es para que jueguen a lo que les apetezca hasta máximo las diez de la noche. Y esta otra para que les den la charla que se nos comentó.

—Maravilloso. —Pablo sonrió al ver el lugar. Realmente era bonito y acogedor, con sofás, libros, juegos de mesa, consolas, un par de televisores grandes y por los amplios ventanales entraba mucha luz natural.

Pablo no recordaba cuándo había sido la última vez que se había ido de turismo rural con sus amigos. Hacía ya unos cuantos años.

De pronto apareció Ana y se unió a Pablo.

—¿Todo bien? Yo he dejado a las niñas acomodándose.

Pablo le tendió los horarios.

—Comemos a la una y media. Luego descanso y a las seis la charla.

—Vale, voy a avisar a los otros dos. Siguen intentando poner orden... —suspiró entre risas.

—Me parece que voy a tener que ir yo. —Frunció el ceño—. Gracias por la información —le dijo a la recepcionista.

—Cualquier cosa ya saben donde encontrarnos.

Pablo asintió.

Ana y él anduvieron en dirección a los barracones, llevando sus propias maletas de mano.

—¿Estará cómoda con nosotros?

—Pablo, deja de tratarme de usted. Con Jonathan te saltas las formalidades.

El matemático se sonrojó y asintió un poco a regañadientes.

—¿Estarás cómoda con nosotros?

—No tenéis nada que no haya visto ya. —Se echó unas risas.

—Jon me dijo... Bueno, me contó que tu pareja es una mujer. Espero que no te importe que lo sepa.

—No lo escondo, simplemente no hablo de mi vida privada. Pero sí, es una mujer.

—Me alegra que seas feliz.

Ana fue a hablarle un poco de Jon, pero llegaron al conjunto de barracones de madera y entraron en el suyo. Había cuatro camas pequeñas y un baño con ducha. Dejaron las cosas y

Pablo se dirigió hacia el griterío y las risas que venían de otra de las casitas prefabricadas.

—¿Qué pasa aquí?! —Sonó como si fuera un sargento.

Los alumnos enmudecieron.

—No se ponen de acuerdo a la hora de dormir en las literas de abajo o las de arriba —le explicó el rubio.

—Los del A abajo y los del B arriba. Mirad qué fácil.

Los chavales se quejaron por lo bajini, pero nadie le chistaba a don Paloescoba.

—Qué fácil lo haces —suspiró Jon.

—Se llama mano dura —respondió Pablo—. A la una y media es la comida, así que a y cuarto os quiero esperando fuera. ¿Ha quedado claro, chicos?

Estos asintieron mientras metían sus cosas en las correspondientes taquillas.

Los dos profesores salieron y se dirigieron a las otras dos casetas. Roberto ya los tenía controlados, por lo que solo hizo falta dar a los alumnos la información necesaria.

—Vamos a reunirnos en nuestro barracón y os explico los horarios generales —comentó el matemático—. Ana está allí.

—Don Pablo, qué bien que esté aquí. Así esos demonios del averno se portarán mejor.

—Llámame Pablo, vamos a dejar las formalidades de una vez, que ya nos conocemos hace muchos años.

—¡Ay! Jon, lo has ablandado —bromeó el profesor de Educación Física.

—Ha sido Ana la que me lo ha pedido —aclaró—. Además, tenemos que estar unidos para soportar a cuarenta alumnos.

—¡Mi ídolo! —añadió Roberto—. Pablo Rojas, el terror de los niños.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y lo achuchó para disgusto del moreno, al que no les agradaba demasiado el contacto físico.

Jon, por su parte, se puso rojo de celos. Sabía que Roberto estaba casado con una mujer, que tenía hijos y que no era gay ni de lejos, pero fue incapaz de que no le bullera la sangre. Aquello le puso de mal humor como si el adolescente fuera él.

Deshicieron sus equipajes y terminaron por salir a controlar que aquellos críos no hicieran de las suyas. Ana se fue a ver a las chicas y Roberto acudió al barracón que le tocaba revisar.

Jon caminó en silencio al lado de Pablo, en dirección a las otras dos casetas forradas en madera.

—Qué raro en ti que no digas nada. ¿Qué te pasa?

—*Mmm...* —murmuró Jon con el morro torcido y deteniéndose a mitad de camino—. Qué bien te llevas de pronto con Roberto.

Pablo pestañeó, incrédulo ante aquel tonillo de voz.

—No me llevo ni mal, ni bien. Somos de departamentos muy diferentes, hablamos poco, pero nos vemos todos los días, me pregunta por mi madre... —Hizo un gesto con los hombros—. Igual que con Ana.

—Ana no me preocupa.

—¿Cómo?

—Nada. —Jon se dio la vuelta para llamar a la puerta del barracón asignado a su cargo y en el que Pablo había puesto orden hacía quince minutos.

El matemático se quedó estupefacto sin entender la extraña actitud de Jon. Se marchó para ver a los alumnos que le tocaba supervisar y no le dio más importancia a la breve conversación.

<♥+♥>

La hora de la comida fue bien en general, solo que llena de quejas como: «No me gusta el pescado. ¿No pueden hacerme pizza? Quiero más Coca Cola».

Pablo no comió en condiciones, poniéndose en pie cada dos por tres para comprobar que nadie se tiraba alimentos indeseados.

—Este hombre se preocupa demasiado. Luego va de duro, pero es un trocico de pan —comentó Roberto tras hincarle el diente a su filete de cerdo con patatas—. Pobre, con lo de su madre no puede irse a trabajar al extranjero.

—¿Al extranjero? —indagó Jon.

—Es muy buen matemático, ha escrito muchos artículos en revistas internacionales. Pero bueno... Las circunstancias familiares que tiene son las que son. El colegio le va bien por el horario.

—Ya, por lo de su madre... —susurró el rubio, apesadumbrado.

—Se iba a marchar a Estados Unidos, creo recordar... Entonces a ella le dio el infarto cerebral. Aunque tiene familia materna, no quiso dejar sola a su madre. La verdad, es muy buen hijo y una bellísima persona. Pero siempre está solo... Me da un poco de pena que no tenga pareja...

Jon fue a decir algo, pero Pablo volvió para sentarse junto a él. Lo hubiera espachurrado allí mismo si no fuera porque hubiese sido indecoroso y a Pablo le habría dado un patatús.

—Estos niños me van a producir una úlcera —se quejó el profesor de Matemáticas.

—Come en condiciones, ya me levanto yo si la lían —se ofreció Ana.

—Esta noche me encargo de supervisar que cenén, no te preocupes —añadió Jon.

—Mañana en el desayuno me toca a mí. Nos vamos turnando y ya está. Que nos salga una úlcera a todos. —Se echó a reír y eso contagió a Pablo.

Jon volvió a molestarse al ver relajado a su querido profesor y el gesto no pasó desapercibido para Ana. Esta distinguió celos estúpidos en los ojos del rubio y se temió lo peor.

—A las seis hacemos la reunión con todos —cambió de tema ella—. Tenemos que revisar lo que se le da mejor a cada alumno, sus calificaciones y que rellenen la encuesta. Es importante ofrecerles una visión clara de las opciones que tienen para estudiar cuando terminen la secundaria.

Todos asintieron menos Jon, que terminó de comer por inercia, perdido en sus pensamientos...

<♥+♥>

La charla fue bastante mejor de lo esperado y se les explicó que podían continuar estudiando bachillerato, las diversas ramas de este y que era igual de válido decantarse por la Formación Profesional y los Grados Medios. De un modo u otro, después tendrían acceso a estudios superiores y universitarios. Por suerte contaban con muchas opciones.

Al estar Pablo presente, los alumnos se comportaron bien en general salvo por los típicos cuchicheos en las filas de atrás, en especial de las parejitas de novios que se habían formado durante aquel curso y a las que había que vigilar muy en particular.

Jon recordó su primer amor no correspondido por el chico de la primera fila, ese que era guapo y encantador pero no hacía ni caso a los *nerds* como él. Por aquel entonces, a sus tiernos dieciséis años, no era un chico guapo de metro noventa, sino el frikazo con algunos kilillos de más, cuatrojos, acné y que no paraba quieto ni un segundo, además de ser el cerebrín de clase. Lo peor fue pillar al chaval que a él le molaba enrollándose con otro. Después de eso, el chico de la primera fila le hizo la vida imposible para que se callase la boca, no fuera que todos se enteraran de que le iban las pollas y su popularidad se fuera al garete. Fantástico y maravilloso final de secundaria.

En bachillerato pegó un estirón, se le fueron los granos poco a poco, se puso bien buenorro y las chicas no le dejaron en paz. Hasta el segundo año de universidad no folló por primera vez. La experiencia fue nefasta, aunque mejoró con los años. Como Jon estaba más interesado en sus estudios o en el trabajo que en echarse un novio, fue de flor en flor y, tras tres años en dique seco y pasando de todo, se encontró con Pablo y este le revolucionó las hormonas de una forma nunca vista. Un *enemies to lovers* absurdo. Pasar del odio al amor en un visto y no visto.

—Jon... —Ana le tocó el brazo mientras recogían los formularios que los alumnos habían rellenado y el resto de folletos informativos—. Vamos a la sala de esparcimiento.

El hombre salió de sus profundos pensamientos y asintió.

—¿Dónde están Pablo y Roberto? —Se puso nervioso.

—Han ido a acompañar a unos alumnos a los barracones. Estás en la inopia. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Estás celoso de Roberto?

—¡Para nada! —negó gritando, alarmado.

—Eres tú el que se la pasa haciendo el bobo con él. En todo caso debería ser Pablo el que estuviera celoso.

—Qué tontería, Roberto es hetero y a mí ni me interesa.

—¿Entonces?

Anduvieron hacia la sala, donde ya estaban varios alumnos jugando a la consola o sentados sin hacer nada como vagos que eran, mirando sus teléfonos, abducidos.

—Soy un pelín posesivo... —admitió gruñón—. Solo que hasta hoy no lo sabía.

—¿Y si yo acaparara a Pablo? ¿Te pondrías así?

Jon consideró la posibilidad y llegó a la conclusión de que no, por lo que negó con la cabeza.

—Entonces el problema que tienes es que temes que Pablo no esté lo suficientemente interesado en ti o que tú estés más colado por él que al revés. ¿Me equivoco?

Jonathan tragó saliva y se enfurruñó consigo mismo. Asintió.

—¡Profe! —Unos alumnos se dirigieron a él—. ¡Ven a jugar con nosotros!

Fue la excusa perfecta para que el profesor se escaqueara de aquella conversación que no quería tener.

—¡Estáis acabados, niños ilusos! —les espetó dirigiéndose hacia ellos—. Jugar contra mí a

cualquier cosa es perder.

Se sentó entre un chico y una chica y se puso a jugar al *Mortal Combat* con ellos pese a que no fuese el juego más adecuado para la edad de los chavales.

En ese instante volvieron Roberto y Pablo con el resto de críos y estos se repartieron por la sala buscando a sus amigos.

Pablo miró a Jon pasárselo pipa, en su salsa, y eso le hizo sonreír de oreja a oreja.

—No tiene remedio —comentó—. Es muy gracioso.

—Menos mal que ya os lleváis de lujo, porque al principio... joder, erais la comidilla de la sala de profesores.

—¿Qué? ¿En serio? —No dio crédito.

—Seguís siéndolo... —Roberto le echó una mirada significativa a Ana, que puso cara de circunstancia.

—¿Qué quieres decir? —indagó Pablo.

—N-nada... —Roberto tragó saliva.

—No, no. ¿Qué has querido decir? —insistió.

—Que ahora sois uña y carne. ¡Los mejores amigos! —Roberto intentó arreglar la cagada.

—Ya... —Pablo miró de reojo a Ana y la expresión de esta se lo dijo todo. No era tonto—. Estoy un poco cansado... Me voy un rato al barracón. ¿Os parece bien?

—Por supuesto. El peso lo has llevado tú, prácticamente... —Ana le dio su beneplácito.

—Faltaría más —añadió Roberto.

El matemático se dio la vuelta, agobiado. La situación le provocó tal ansiedad que corrió hacia el barracón para darse una ducha rápida.

¡Se habían dado cuenta de que Jon y él estaban liados! Doña Mercedes acabaría por enterarse y ella no aprobaba las relaciones entre profesores por problemas con algunas parejas que se habían separado de malas formas en el pasado.

Escuchó que alguien entraba y salió del baño con una toalla por encima. Se encontró con Jonathan y no pudo cabrearse más.

—¿Estás bien? Te he visto irte con mala cara y me he preocupado...

Se acercó a Pablo para tomarlo de los brazos. Este rechazó el contacto, apartándose.

—Esto se tiene que terminar —dijo Pablo con determinación.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. Se tiene que terminar.

Jon sintió que el mundo bajo sus pies se tambaleaba, así que tuvo que sentarse en una de las camas.

—¿P-por qué dices eso?

—Porque todo el mundo se ha dado cuenta. ¡Ana y Roberto lo saben!

—Ana lo sabe desde el principio. Yo mismo se lo conté —gimió.

—¿Y qué derecho crees que tienes para contárselo a los demás? ¿Eh? ¡Y sin consultarlo conmigo! —se expresó con furia y nerviosismo.

—Fue anterior a que estuviéramos juntos. Le confesé lo que sentía por ti. ¡Pero solo se lo he

contado a ella y a mi hermano! Pablo, por favor... —suplicó intentando tocarlo. Agarró la toalla blanca con la mano temblorosa.

—No estamos juntos, no somos pareja. ¿Entiendes eso?

Pablo no midió bien aquellas palabras y se arrepintió de inmediato. Sin embargo, el daño ya estaba hecho.

Jonathan soltó la toalla y se puso en pie llevándose la mano al borde de los ojos. Se fue del barracón con el rostro desencajado.

El matemático se secó, temblando de frío y angustia. Rápidamente volvió a vestirse, se puso el anorak y salió a la intemperie en busca de Jon. No lo encontró por ninguna parte, ni siquiera en la sala de esparcimiento. Tampoco preguntó a sus dos compañeros, que lo miraron aparecer y desaparecer, incrédulos.

Dio vueltas por el exterior sin dar con Jonathan. Al final lo llamó al móvil con insistencia. Él le colgó las primeras veces y luego debió de apagar su teléfono, porque ya no dio tono.

Pablo se sintió como el miserable gilipollas que era.

<+Cap/11>



A la hora de la cena, Jonathan apareció como si tal cosa. Los saludó sin mirar a Pablo a la cara y este bajó la vista, avergonzado.

Tal y como había prometido a medio día, Jon se ocupó de vigilar que todos se portasen con educación y no molestaran al resto de comensales de la sala. Por fortuna, los chavales estaban tan agotados que no dieron la murga.

—Jon, ¿dónde has estado? —indagó Roberto cuando el rubio se sentó por fin—. Te he llamado, pero me saltaba el mensaje de que tu teléfono estaba ocupado.

—Habrá sido cuando estaba hablando con mi hermano. —Se comportó como si nada hubiera sucedido entre el profesor de matemáticas y él.

Pablo lo miró de reojo, jugueteando con los guisantes de su plato, nervioso. Necesitaba hablar con Jon como fuese. El mero hecho de pensar en que no volvería a estar entre sus brazos, recibir su cariño y hacer el amor con él, lo angustió. ¿Por qué le había dicho aquellas barbaridades? En realidad anhelaba todo lo contrario: quería que fueran pareja, deseaba sincerarse y expresarle que estaba perdidamente enamorado como nunca antes en toda su vida.

No tuvo la oportunidad de hablar con él en privado, pues Jon lo evitó en todo momento poniendo excusas relacionadas con atender a los alumnos y acompañarlos a sus barracones, eso sin perder su humor.

Ana, por su lado, y tras acomodar a las alumnas, se encontró con Jonathan fuera, apoyado en una pared de madera y mirando al cielo despejado.

—¿Todo bien?

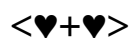
—Oh, sí, sí. ¿Has visto la cantidad de estrellas que se ven desde aquí? Lejos de la contaminación lumínica... —Jon le regaló una sonrisa que ella percibió como falsa.

—Sí, este lugar es muy bonito... —Algo había pasado, pero prefirió no indagar—. Me voy a dormir, estoy agotada. Derechita al catre... —Golpeó con cuidado el brazo de Jon y desapareció tras la puerta.

Cuando Pablo llegó donde estaba Jon, también tras dejar a sus alumnos en el barracón correspondiente, el rubio le ignoró y siguió los pasos de Ana. El matemático se quedó fuera un rato más, intentando recomponerse.

Observó la noche cuajada de estrellas, como había estado haciendo Jon hasta que llegó él. Sacó el móvil, escribió un mensaje a rubio y tragó saliva tras enviarlo.

Después aspiró el aire frío con fuerza y entró, se metió en la cama como los demás e intentó dormir.



Al principio, Jon dio muchas vueltas bajo la colcha. Roberto dormitaba profundamente en la cama de al lado, Ana roncaba como una bendita y Pablo estaba en silencio. Sabía que no estaba dormido, porque de forma habitual también roncaba.

Leyó de nuevo el mensaje que este le había enviado:

«Perdóname, por favor. Hablemos de ello».

Sin embargo, no le dio la gana contestar. Era la segunda vez que Pablo se ponía gilipollas y esa en particular había sido muy desagradable.

Si no hubiera estado tan enamorado de él lo habría mandado a la mierda sin más. Pero tras pedirle consejo a su hermano, este le recomendó que hablara de nuevo con Pablo, no sin antes mantenerlo en ascuas unas horas. Hasta que llegara el momento; ajo y agua para Pablo Rojas.

<♥+♥>

La hora del desayuno fue más tranquila de lo esperado. La mitad de los alumnos estaban medio dormidos. Ellas habían aparecido junto a Ana, bien arregladitas, pero los chavales iban con los pelos de cualquier manera. Se notaba a la legua que no eran muy funcionales sin sus padres detrás.

Jon comió como si no existiera un mañana, picando dulce y salado, llenando la bandeja con una buena mezcla de croissants, chorizo de pueblo, jamón serrano, tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche, zumo de naranja, agua y todo lo que se le puso por delante.

—Es gratis —alegó cuando el resto de profesores le miraron asombrados—. ¿No os pasa que en los bufets libres os entra un hambre descomunal?

—Sí, pero no mezclo una tostada dulce con chorizo... —añadió Roberto mientras se zampaba sus buenas tostas de tomate con aceite de oliva.

—¿No comes, Pablo? —Jon se dirigió a él como si tal cosa.

Este, con un simple café frente a él, pegó un respingo en su asiento, entre el inesperado comentario de Jon y el sueño que tenía por no haber dormido en toda la noche, fruto de la angustia.

—No me apetece... —susurró dándole vueltecitas al café con una cucharilla. Luego se lo bebió poco a poco.

—Alimenta bien ese cuerpo serrano que tienes, Jon, que eres el *top model* del colegio —bromeó Ana, risueña.

—Para que se lo coman los gusanos que lo disfruten los cristianos —respondió él.

—¿No tienes novia? —preguntó Roberto—. O novio... —Este era un chismoso de mucho cuidado y estaba deseando confirmar si Pablo y él estaban juntos.

—No, ni ganas. ¿Para que me dé problemas? Prefiero seguir soltero y verdadero, que ya me irá con quien me parezca sin ninguna atadura.

El profesor de matemáticas se puso lívido, terminó su café de un trago y se levantó para alejarse de allí ya que el malestar general fue agudizándose. Parecía un dolor estomacal muy fuerte, mezcla de lo mal que le había sentado la cena más la angustia por haber perdido a Jonathan de aquella manera tan estúpida: por miedo a no ser correspondido de igual forma, por pavor a que este le dejara primero, por terror a ser descubiertos y que se les señalara en el colegio...

Él no había dicho jamás que era homosexual, nunca hacía comentarios al respecto, no se fijaba

en otros profesores —hasta que ese maldito rubio llegó— ni en nadie.

Se encerró en un baño y lloró a moco tendido, ahogando los sollozos sobre un montón de papel de váter. Intentó calmarse, se sonó la nariz, refrescó su rostro con agua fría y esperó a que los ojos se le fueran desinflamando.

Volvió al comedor, dispuesto a comenzar con un montón de actividades relacionadas con el funcionamiento de la granja. Se quedó algo rezagado mientras se le pasaba el disgusto, escuchando con atención a los monitores que llevaban las actividades y que dividieron en cuatro grupos a los alumnos. A él le tocó ir a ver a los cerdos y soportar a los chavales quejarse del olor porcino.

—No seáis exagerados, que no hacen nada. Están bien alimentados, no os van a comer si os caéis en la porqueriza —les soltó a los chicos y chicas, que dieron algún que otro bote o gritillo al escuchar los gruñidos de los porcinos—. Mirad, son bebés... —Pablo los hizo acercarse a una zona donde había unos cuantos lechones rosaditos.

—¡Yo quiero tener uno en casa, don Rojas! —exclamó Cristina, la alumna más aventajada de su clase.

—¿Y cuándo crezca? Mira qué grandes se hacen...

—Los vietnamitas no crecen así —alegó.

—Están prohibidos, chicos —les explicó la monitora—. De todas formas, los puercos deben estar controlados en granjas.

Pablo dejó a la mujer que les fuera comentando cómo era la crianza de los cerdos y se dio una vuelta por fuera de la porqueriza. En el exterior se encontró con Jon, que salía del gallinero con un par de alumnos a los que había tenido que llamar la atención.

—¡Ya está bien de hacer el tonto! ¡No se pueden tocar los huevos sin permiso! —los reprendió—. Y a mí me los estáis tocando un poquito.

—Pero, profe...

—Ni profe, ni hos... Venga, adentro de nuevo. No volváis a romper ninguno y dejad a las gallinitas en paz. Dadles el pienso y punto.

Antes de seguirlos, Jon se dio cuenta de que Pablo lo estaba mirando con esa expresión de corderillo degollado.

«Sé fuerte, se merece una lección», se dijo Jon. Acto seguido, se dio la vuelta y siguió a sus alumnos dejando a Pablo con ese aire desconsolado de alma en pena.

<♥+♥>

Tras visitar a la mayoría de animales de la granja, todos acudieron a las caballerizas. Estuvieron haciendo un poco de equitación guiada —aunque algunos ya sabían montar porque sus papás ricos les pagaban las clases—, así que lo pasaron bastante bien.

Ana y Roberto se animaron a montar un par de yeguas de lo más mansas, pero Pablo no tuvo ganas y Jonathan sintió un inesperado terror a cabalgar. Aquellas bellezas equinas le suscitaron demasiado respeto.

Ambos se quedaron el uno al lado del otro, lejos del circuito, observando a los demás.

—J-Jon... —susurró Pablo atreviéndose a dirigirse a él.

—¿Sí? —Ni siquiera le miró, dejó la vista fija clavada en lo que tenía ante él.

—Perdóname...

—No hay nada que perdonar. Dejaste clara tu postura y yo la acepté. Fin de todo el asunto.

—Es que... En realidad... —Pablo se quedó mudo cuando Jon giró el rostro hacia él y frunció el ceño.

—Fin de todo el asunto —se reiteró con tenacidad sin dejarle terminar la frase.

El matemático se encogió al recibir aquella alegación tan firme. Contuvo el aliento y asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Nos vamos a llevar estupendamente por el bien del alumnado, del colegio y de nosotros mismos. Seamos profesionales, como siempre has querido —añadió Jon.

—Por supuesto... —susurró Pablo con la voz rota y bajando la cabeza. Poco después se marchó a buen paso y desapareció de la vista de Jon.

El rubio dejó caer los hombros: se había pasado. No se sintió cómodo comportándose así para castigarlo. En el fondo era un blandito y estaba demasiado enamorado de ese puñetero orejotas. Era mejor no alargar más aquel suplicio.

Estuvo a punto de correr tras él, empero Ana lo reclamó y no tuvo más remedio que esperar.

<♥+♥>

—¿Pero cómo se te ocurre decirle algo así? —le reprochó Nacho al otro lado de la línea—. Encuentras a un chico majísimo y lo dejas. ¿Ahora te extrañas de que no quiera saber nada más de ti? Te lo mereces. Asume que la has cagado.

Pablo reanudó la llorera, incapaz de responder con algo coherente.

—Y-yo sé que soy un gilipollas...

—De eso no te quepa la menor duda. Mira, sé que lo estás pasando mal, que estoy siendo muy duro contigo, pero has tirado la toalla demasiado rápido. Encuentra el momento para hablar con ese hombre de una manera coherente, aclárale tus sentimientos, sé sincero y punto. Porque, vaya... Tú estás enamorado perdido —razonó.

—Él no me corresponde de la misma manera. ¿Cómo pretendes que le confiese que le quiero?

—¿Y cómo sabes que no te corresponde de la misma manera?

—Porque n-no me lo ha dicho... —balbuceó.

—Tú a él tampoco.

—Ya no lo sabremos nunca... —se lamentó.

—Mira, primo, haz lo que quieras. No te ofendas, pero bastantes problemas de pareja tengo ya como para cargar con los tuyos. Lamento decirlo así...

—Tienes razón, te pido disculpas. No quería molestarte, es solo que con Cris no se puede hablar en serio e Íñigo está en un rodaje...

—Ya lo sé. —Nacho se quedó casi sin voz—. Mi relación se está yendo a la mierda... ¿Qué hacemos, eh?

—¿Darnos a la bebida? —gimoteó Pablo.

—No nos queda otra...

<♥+♥>

—Jon, ¿qué te pasa con Pablo? —quiso saber Ana mientras se sentaban a comer.

Roberto no estaba con ellos, tampoco el profesor de matemáticas.

—Ayer me dijo que no éramos pareja ni estábamos juntos. —Se metió un trozo de pan en la boca y lo masticó con total naturalidad—. Luego me mandó un mensaje pidiéndome perdón, pero pasé de él.

—Vale... —Suspiró la mujer—. Todo esto ha sido porque Roberto metió la pata hasta el fondo. Es un maruja.

—¿En qué sentido metió la pata? —indagó con curiosidad.

—Vino a decir algo así como que en el colegio se sabe que Pablo y tú estáis juntos.

—Ah... —Ahí estaba la reacción desmesurada de Pablo—. Pues si tanto le avergüenza, con más razón mandarlo a la mierda, ¿no? —Jon se enfureció de nuevo.

—Pablo nunca ha dicho en el colegio que es gay... Para él no tiene que ser sencillo. Si te ha pedido perdón es porque realmente se arrepiente.

—Ese es su problema. —Se cruzó de brazos.

—Jon, por favor... Se le ve sufrir.

Este estuvo a punto de contarle que revertiría la situación con Pablo. Sin embargo, Roberto llegó con su sopa castellana y los otros dos se callaron.

—Pablo me ha dicho que se encontraba mal y que no iba a comer. Está tumbado en su cama —informó el profesor de Educación Física.

—Jon..., tal vez deberías ir a ver cómo está Pablo y si necesita algo —sugirió Ana de forma significativa.

—No puedo dejaros solos con toda esta turba de cayetanos —bromeó para quitarle importancia al asunto—. Cuando volvamos de lanzarnos en tirolina iré ver qué tal está.

Jonathan debía cumplir con sus obligaciones profesionales y poner por delante a los alumnos. Así que, tras la comida, estuvieron tirándose por el sistema de cuerdas y poleas que, con un arnés, les permitió deslizarse a una buena altura.

Ana se negó a tirarse ya que tenía un miedo terrible a las alturas. Roberto se lo pasó bomba, pues era mucho de hacer esas cosas con su familia. Los chavales gritaron, aullaron y rieron de lo lindo, hasta que comenzó a caer la tarde y fue haciéndose de noche.

Jon hubiera disfrutado con aquello, pues era el primero en hacer el tonto en ese tipo de actividades al aire libre, pero la preocupación por Pablo fue creciendo exponencialmente.

—Deberías acercarte ya, Jon —volvió a mencionar Ana cuando llegaron a la casa principal y se quedaron en la sala de esparcimiento—. No alargues las cosas, lo podéis arreglar... Hacéis muy buena pareja, de verdad —susurró mientras le tocaba el brazo, lejos de oídos indiscretos.

—Sé que tienes razón. Ya lo he castigado suficiente. —Sonrió a su amiga apretándole la mano en señal de agradecimiento por el apoyo mostrado.

Fue entonces cuando Jon corrió hacia el barracón, esperando encontrar a Pablo en él. Al hallarlo vacío se quedó desconcertado. Lo telefoneó y fue cuando comprobó que el móvil de Pablo estaba sonando sobre la mesilla, abandonado a su suerte.

Luego hizo otra llamada a Ana para avisar y esta le comentó que no tenían ni idea de dónde podía estar Pablo. Nadie lo había visto.

Jon sintió que el corazón se le iba a salir por la boca, se dio la vuelta y echó a correr por todas partes, buscando a Pablo hasta debajo de los huevos de gallina.

Era de noche, hacía un frío de mil demonios y el matemático seguía sin dar señales de vida. Lo estuvieron buscando durante dos horas, tanto él como dos de los monitores.

Ana y Roberto se quedaron con los alumnos, los cuales estuvieron muy preocupados por la extraña ausencia de su don Paloescoba. Por mucha manía que le tuvieran, no le deseaban ningún mal.

—Solo se me ocurre que anduviera por el sendero —comentó una de las monitoras mientras señalaba el bosque adyacente a la granja—, y que al hacerse de noche se haya perdido.

—¿Y ahora se puede ir o es muy peligroso?! —inquirió Jon, histérico.

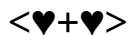
—Sí, nosotros sí podemos. —Cogieron unas linternas bastante potentes—. Conocemos la zona de sobra.

—¿Puedo acompañaros? ¡Por favor! —gritó de forma histriónica—. Prometo no separarme de vosotros. Por favor, por favor —suplicó—. Él es mi pareja.

—C-claro... —aceptó el otro monitor—. Haz lo que te indiquemos, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto!

Le tendieron una de las linternas y se adentraron en la oscura floresta.



Pablo Rojas se sintió muy estúpido. No solo por dejarse el móvil sobre la mesilla, sino también por tener la brillante idea de darse una vuelta por el sendero del bosque adyacente al predio. No esperó perderse, ni que se le echara encima la noche, tampoco torcerse el pie gracias a una raíz escondida bajo la hojarasca. Especialmente eso último fue la gota que colmó el vaso porque le impidió caminar. A cada paso que daba le dolía más y más a pesar de tener el tobillo en caliente. No pudo soportar el suplicio, así que tuvo que quitarse la zapatilla y sentarse apoyado en el tronco de un chopo. Su corteza blanca y esa especie de formaciones que parecían ojos le dieron muy mal rollo. El bosque lo vigilaba y se cernía sobre él, juzgándolo.

A aquellas horas estaría todo el mundo preocupado por él. No obstante, no sabía cómo volver. Entre las copas de los árboles se filtraba un poco la luz de la luna, pero no se veía una mierda. Al fondo se escuchó un riachuelo correr, lo que le recordó a Pablo la sed que tenía.

—La cagas con el hombre más maravilloso del mundo, te deja claro que pasa de ti, te pierdes por el bosque, te tuerces un pie... Solo te falta que una manada de lobos hambrientos acabe con tu sufrimiento, pedazo de imbécil... —se dijo mientras se arrebujaba en el anorak.

Tan solo se escuchó el sonido del viento, las ramas entrechocar y los búhos ulular. No hubo manada lobuna que terminara con su sufrimiento.

Miró su pie. Parecía como si le hubiera crecido una sandía en la zona del tobillo izquierdo. Solo había una cosa que le doliera más que aquello, y era el corazón. De forma metafórica, pero le lastimaba una barbaridad.

Se sintió impotente como si hubiera estado intentando resolver una ecuación imposible. Gritó de rabia:

—¡Me cago en la hostia, joder! —bramó como un poseso—. ¡Me cago en Dios! —siguió un rato escupiendo barbaridades hasta que se quedó afónico y agotado del todo—. Jon... —sollozó

al final—. Perdóname...

Escuchó entonces algunas voces y se incorporó como pudo. Al fondo, entre las siluetas de los troncos, percibió la luz de varias linternas.

—¡Estoy aquí! —exclamó a grito pelado una y otra vez—. ¡Aquí! ¡Aquííí!

No tardaron demasiado en aparecer tres figuras y acercarse a él. Una de ellas se arrodilló a su lado y lo tomó del rostro con unas manos grandes y calientes.

—Pablo, estás temblando... —Jon lo abrazó contra sí tan fuerte que casi lo partió en dos. Al matemático se le saltaron las lágrimas y le devolvió el gesto, agarrado a su chaqueta. No fue capaz de decir nada, solo sollozar a lágrima viva por estar de nuevo con Jonathan.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la monitora.

—Me he torcido el pie, no puedo apoyarlo... Y tengo mucha sed.

Le dieron agua y Pablo se bebió un litro de golpe. Después de eso examinaron la torcedura.

—Habría que llevarlo a las urgencias de Segovia, la luxación tiene muy mala pinta...

—Venga, vamos. —El rubio ayudó a Pablo a ponerse en pie y lo cargó a caballito, siguiendo a los dos expertos de vuelta a la granja.

—Jon... Perdóname. —Apoyó la cabeza sobre ese hombro tan acogedor que tenía el hombre, enterrando el rostro en la mullida bufanda para entrar en calor y respirar el aroma masculino que tanto había echado de menos.

—Que sí, pesado. Te perdono por hacer estupideces y perderte por un bosque en pleno invierno, de noche y...

—No, perdóname por lo que te dije. No lo pensaba de verdad... —susurró sobre su cuello, aferrándose más a él.

—Ya hablaremos de eso luego, ahora nos vamos a urgencias antes de que haya que amputarte el pie.

—Vale... Pero ven conmigo —gimió un poco más aliviado.

—Tu novio se ha puesto muy nervioso —soltó de pronto el monitor—. O nos acompañaba o le daba algo—. Se echaron a reír él y su compañera.

Pablo sintió que le desaparecían todos los dolores y el frío. Se aferró con más brío a Jon, que estaba mudo de vergüenza.

—Jon... —susurró Pablo con una sonrisa tonta en los labios.

—Qué... —gimió.

—Que te quiero muchísimo —musitó contra su oreja, dándole un beso muy significativo.

—Y yo a ti... —Jonathan también curvó los labios hacia arriba, feliz.



<+Cap/12>



Los llevaron primero hasta la casa principal de la granja y todos los alumnos acudieron en masa para ver cómo estaba don Paloescoba. Lo encontraron sobre el sofá, con la pierna en alto y dos bolsas de hielo colocadas sobre su hinchado tobillo.

Ana le ofreció un vaso de leche caliente y también analgésicos. Por suerte tenían de todo, por si las moscas.

—Menudo susto nos hemos llevado, Pablo. Jon estaba que se subía por las paredes—. Luego le susurró la oído—: no seas duro, lo ha pasado mal. Haced las paces, eres muy importante para él...

El profesor la miró y sonrió como un adolescente enamorado por primera vez, sonrojándose.

—No te preocupes por eso. Lo tengo muy presente. Gracias...

—¡Apartaos, niños! —exclamó Jonathan apareciendo ante todos ellos—. Nos llevamos a Pablo a Urgencias.

Sujetó al hombre como si no pesara nada y lo alzó en volandas. Este se dejó hacer sin rechistar porque estaba en una especie de nube rosa donde el hombre de sus sueños era un príncipe azul salvador que estaba enamorado de él. Le rodeó el cuello para sujetarse mejor y no hizo otra cosa que mirar a Jon con cara de lerdo.

Roberto achinó los ojos, se mesó la barbita de dos días y asintió satisfecho al comprobar que sus suposiciones eran ciertas.

—¿Qué miras así? —indagó Ana.

—Lo sabía. —Le guiñó un ojo.

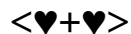
—Pues chitón —exigió ella llevándose un dedo a los labios—. Es cosa de ellos, única y exclusivamente.

—¿Se lo podré contar a mi mujer al menos?

—Eso sí. —Ana se sonrió, porque pensaba hacer lo mismo con su novia. Se iban a reír de lo lindo—. ¡Pero a nadie más!

Una de las alumnas, Cristina, salió tras los profesores y los observó con el alma en un puño y ojos humedecidos. Eran señores adultos, pero hacían tan buena pareja que hasta ella estaba emocionada de verlos enamorados. Se les notaba en el brillo de los ojos, en cómo se estrechaban el uno al otro y en las miradas que se dedicaban.

El amor había triunfado.



Tuvieron que esperar un poco a que los atendieran tras el peritaje en las Urgencias del Hospital General de Segovia. Dejaron a Pablo en una salita con la pierna en alto y permitieron a Jon quedarse con él. La dueña de la granja, Amelia, los había acercado personalmente en su furgoneta y estaba fuera, a la espera. No era la primera vez que alguien se hacía daño, así que estaba acostumbrada a aquellas cosas.

Al no estar a solas, Jon y Pablo se comportaron de forma discreta. No obstante, hablaron bajito y de forma íntima, sonriéndose como tortolitos.

—¿Quieres que te traiga agua o alguna cosita de las máquinas expendedoras?

—Estoy bien, no te preocupes.

—Sí me preocupo, todo el tiempo, a todas horas, en todo momento, un montón, estoy en un sinvivir... —bromeó el rubio.

—Lo siento, me perdí sin querer.

—Suele ser sin querer. —Se rio de él—. ¿Por qué te fuiste por ahí?

—Quería estar a solas y pensar. No sé en qué momento perdí la noción de dónde estaba. Se hizo de noche, me caí y esperé a que me comieran los lobos.

—Como mucho te hubieran atacado las ardillas, me parece a mí.

—Entonces llegó mi príncipe azul y me salvó de una muerte segura... —susurró Pablo, mirando los ojos de Jon.

La pareja que había estado esperando en la misma salita, salió al ir a buscarlos un auxiliar de enfermería, por lo que Jon tomó a Pablo del rostro y lo besó en la boca largo rato. Luego lo estrechó contra sí con todo el cariño del mundo. El matemático lo permitió, saboreando el instante de intimidad.

—¿Me quieres muchísimo? No mucho, ¿muchísimo? —musitó Jon.

—Muchísimo... —gimió sobre su cuello caliente.

—A tu ex solo lo querías mucho... ¿Eso quiere decir que a mí me quieres más? —preguntó con emoción, acariciando la barbita de Pablo.

—Jonathan, de ti estoy enamorado. Del otro idiota no, te lo aseguro. Es distinto... Me he dado cuenta de la diferencia.

—AY-DIOS-MÍO... —Jon imitó a Janice, de la serie *Friends*—. Es que yo también estoy enamorado de ti, qué casualidades de la vida. Enamorado por primera vez en mis treinta y tres años... —su tono de voz se volvió más serio y sensual, íntimo—. Enamoradísimo me tienes, loco perdido... —suspiró sin dejar de acariciarle el rostro y besarle poco a poco en los labios.

Pablo se derretió por dentro, le latió el corazón tan fuerte que sintió que se le salía del pecho y las mariposas en su estómago hicieron de las suyas, revoloteando por todo el resto de su cuerpo.

—Me gusta cómo me miras... Me ves tal cual soy. Es como si estuviera desnudo ante ti en todos los sentidos, como si no pudiera esconderme más...

—Claro que te veo, cariño. Por eso te quiero tanto y me fascina lo que tengo ante mí.

Un toquecito en la puerta les hizo pegar un respingo a ambos. El auxiliar de hacía un rato los miró, sonriendo.

—Lamento interrumpir los arrumacos, pero me tengo que llevar al de la pata chula a que le hagan radiografías para ver si se ha roto algo.

—S-sí, claro... Perdón —se disculpó Pablo, avergonzado. Nunca había mostrado en público sus sentimientos íntimos hacia una pareja.

—No hay nada que perdonar.

El hombre ayudó a Pablo a recolocarse en la silla de ruedas y la empujó hasta desaparecer con él por el pasillo.

Jon emitió un suspiro y cerró los ojos. La sonrisa en su boca era muy tonta, pero también realmente feliz. Se relajó por fin, cruzó los brazos sobre el pecho, una pierna sobre la otra y cerró los ojos con cansancio. Se durmió pensando en Pablo y en la dicha que sentía justo en el centro del pecho. Por fortuna, a su novio no se lo habían comido las ardillas.

<♥+♥>

Con la excitación de la tarde y la noche anteriores, casi nadie había pegado ojo: ni los cuatro profesores, ni los alumnos, animados por un viaje mucho más interesante de lo que habrían esperado. Eso hizo que estuvieran fritos en el bus, calladitos, durmiendo o escuchando música basura en sus AirPods.

Ana se sentó con Roberto, que roncó a pierna suelta, por lo que se puso sus cascos. Por otro lado, Jon se encargó de que Pablo estuviera cómodo echando su asiento hacia atrás. De forma discreta deslizó sus dedos entre los de él, que se los apretó mientras descansaba con los ojos cerrados.

Le habían vendado el tobillo a conciencia, pues tenía un esguince moderado, así que debería tener cuidado como mínimo un mes antes de poder caminar con normalidad.

—Te acercaré a casa, a no ser que quieras que vayamos a la mía. Así podré mimarte toda la tarde... —propuso Jon entre susurros—. En este estado no puedes conducir. ¿Me das permiso para ponerme al volante de tu coche?

Pablo lo miró con una sonrisa divertida en la boca.

—Llévame a casa, pero cuídame toda la tarde. Y mañana vamos juntos al colegio.

El informático se quedó pasmado y al principio no supo qué decir.

¿Lo estaba invitando a pisar su casa? ¿Por fin?

—¿De verdad puedo ir?

—Sí, de verdad. Pero es muy sosa, ya lo sabes. No está llena de Funko Pop, ni de frikadas por todas partes, mucho menos de Aliens tamaño mini... —hizo una broma y se rio. Sus ojos verde oliva brillaron tras las gafas.

—Mientras tengas una cama donde llevarte al cielo, me vale... —susurró Jon apretando más aquella mano caliente y real, suya para siempre. Quería tomarla toda la vida. Lo supo en ese mismo instante.

A cambio recibió un apretón de vuelta y otra sonrisa de oreja a oreja que hizo infinitamente dichoso al rubio.

De forma muy discreta, mirando a todos los lados primero, se acercó a Pablo y lo besó en los labios con dulzura. Este se dejó sin que la mueca de felicidad se borrara de su boca.

Ana los observó de reojo y suspiró tranquila. Qué bonito era el amor al ser correspondido. Ojalá nada les estropeará lo que tenían, en especial la intransigencia de algunos padres o la norma no escrita que Doña Mercedes tenía sobre la prohibición de que se formaran parejas entre el profesorado. Tal vez el parentesco entre esta y Jon aliviara esa norma.

Pablo se merecía ser feliz, tener pareja, ser amado, cuidado y consentido. Llevaba demasiado tiempo sufriendo una soledad no buscada, sino autoimpuesta por las circunstancias de la vida.

Jonathan había llegado para quedarse, a toda costa, en la vida de Pablo.

<♥+♥>

El rubio cargó con ambas maletas, las dos mochilas y un Pablo muy cojo que era incapaz de apoyar el pie en el suelo. No llevaba ni la zapatilla puesta porque el tobillo inflamado le dolía horrores.

Subieron al amplio ático donde residía el matemático y entraron en él. Jon observó lo pulcro que estaba todo. Aquel hombre extrapolaba la vida en el colegio con la que llevaba en su casa.

—Mi tía limpia una vez por semana. Le dije que no hacía falta, pero se empeña... No sé qué pretende limpiar, si prácticamente solo duermo aquí...

—Es un piso antiguo, pero la verdad es que está muy bien. ¿Es tuyo?

—De mi madre. Bueno... Yo lo administro todo, dadas las circunstancias.

Dejaron las cosas en la entrada y Jon ayudó a Pablo a llegar al *chaise longue*. El matemático se estiró mientras su pareja le acomodaba la pierna en alto sobre unos mullidos cojines.

Jon observó el salón: unas bonitas estanterías de madera bruñida estaban repletas de una gran cantidad de libros de todo tipo; matemáticas, álgebra, publicaciones científicas, ensayos, poesía, teatro, ficción, no ficción...

La mesa, enorme y con muchas sillas alrededor, se ubicaba a un lado, junto a un gran ventanal que daba a una terracita encantadora con plantas de todo tipo.

—Mi tía también se empeña en que haya plantas, dice que le dan vida al ático... Las cuida ella, porque yo soy un negado y se me mueren todas, hasta los cactus —le explicó Pablo—. Allí está la cocina, perdona si hay algo sucio... ¿Me traerías un zumo de naranja? Lo encontrarás en el frigo. Tengo mucha sed.

—Sí, sí, claro.

—Sírvete lo que quieras —añadió.

El rubio no vio más que un vaso en la pila, el que habría usado el viernes por la mañana antes de irse al colegio para coger el autobús. Lo demás estaba muy limpio.

Luego le acercó un vaso de zumo de brik, y él se tomó otro. Ambos estaban sedientos.

—¿Quieres que te haga algo de comer?

—No hace falta que cocines. En el frigo hay folletos de comida para pedir.

Jon no se movió, se quedó mirando a Pablo y luego le quitó el vaso vacío de la mano para poder abalanzarse sobre él y besarlo con fuerza. Qué ganas tenía de no parar nunca. Pablo se dejó, gimiendo, excitado.

—Antes de nada... —dijo casi sin aliento—, ¿te doy el analgésico?

—Haz el favor de llevarme a la cama y hacerme el amor —pidió Pablo, aferrado a la camiseta de Jon.

—No se diga más.

Lo cogió en brazos cual príncipe, con mucho cuidado, para no hacerle daño en el pie, y se dirigió hacia donde Pablo le guio.

El cuarto estaba en penumbra, la cama no era tan grande como la de Jon, pero los dos cabían de sobra. Este la deshizo tirando del nórdico y depositó a Pablo sobre el colchón. Le desabotonó la camisa con una lentitud muy medida que puso a Pablo frenético. Luego le quitó los pantalones de tela poco a poco para no dañarlo, los calcetines y los calzoncillos. Dejó desnudo y expuesto al moreno, que respiró con rapidez cuando vio a Jon lanzar su propia ropa a un rincón del cuarto,

mostrando todo su espectacular cuerpo y su verga dura y grande.

—Siento estar sudado... —se lamentó Pablo.

—Me importa un carajo. Tu olor a hombre sucio me pone muy cachondo. ¿O no ves cómo tengo esto? —Señaló su protuberante entrepierna.

Jon se colocó encima, apretando con el muslo los testículos hinchados de Pablo, que gimió de deleite. Comenzaron a besarse y deslizar labios, lengua y dedos por cada recoveco de sus pieles saladas.

Pablo jadeó cuando Jon se introdujo su verga en la boca. Lo agarró de los cabellos e hizo movimientos rítmicos para metérsela hasta la garganta como sabía que le gustaba.

Sin embargo, Jon detuvo la felación y se dio la vuelta para hacer un sesenta y nueve.

—Chúpamela bien, que estoy cachondísimo, cariño. Y hazme lo otro... Quiero sentir tu lengua dentro.

Pablo lo cogió por las nalgas y las abrió para darle unos buenos lametones por la zona del perineo, morderle los testículos y acabar con su enorme pene dentro de la boca. Su sabor a líquido preseminal lo volvió loco. Gimió de gusto. Eso, unido a los jadeos de Jon y a su manera de hacerle una mamada lo excitó sobremanera.

Se chupó un pulgar a conciencia para luego hundirlo hasta el fondo del recto de Jon. Sintió cómo ese interior se contraía de placer, cómo tenía espasmos que se materializaban en gemidos lascivos.

El sexo con Jonathan le resultaba a Pablo una gozada de principio a fin. Ni una sola vez había sido mediocre, sino todo lo contrario. De hecho, que él le mordiera el interior de los muslos, los testículos, le comiera la polla con tantas ganas, le apretara las carnes con fuerza, le hiciera hasta moratones a modo de marcaje, le volvía loco de remate.

Para Jonathan no era distinto. Todo el cuerpo de Pablo le extasiaba y lo ponía cachondo. Cada centímetro de piel, cada vello de su cuerpo, cada recoveco, cada latido de su corazón, cada corrida en su boca. Todo era sublime.

Se dio la vuelta y se sentó encima del matemático, agarrándolo del cuello con cuidado, acariciando esa nuez tan deliciosa, que lamió como si fuera un manjar. Luego mordió su barbilla y frotó el vello facial de ambos antes de atraparle el labio inferior con los dientes, tan fuerte que le hizo sangrar.

—Hoy voy a ser bueno y no te voy a follar hasta romperte.

—No... —gimió Pablo—. Hazlo, empótrame, por favor... —rogó casi con un lloriqueo.

Jon negó con la cabeza y lo tomó por la verga dura. Llevó esta hasta su ano y cerró los ojos aguantando la laceración que sintió al principio.

Pablo se quedó estupefacto al ver lo que estaba haciendo. Aquello distaba mucho de la dinámica habitual, donde siempre era Jon quien lo penetraba. Le dejó hacer lo que quisiera, con una sonrisa en la boca. Si Jon quería no sería él quien se negara a follárselo.

Jon nunca había sido el pasivo —si es que tener relaciones activas era ser pasivo— pero quería sentir a Pablo dentro de sí, saber qué era tener una buena polla metida por el culo. La del hombre que amaba.

Cuando consiguió introducísela por completo, se quedó unos segundos recuperando el

resuello y mordiéndose el labio inferior.

—Joder, don Pablo, qué dura la tiene... Uf...

—¿Estás seguro?

—Vaya que sí. Te voy a follar al revés, vas a ver el puto cielo.

Pablo soltó una carcajada al aire.

Cuando Jon se recuperó de la extraña sensación inicial, fue moviéndose poco a poco hasta sentirse más cómodo, sobre todo al lubricarse con el líquido preseminal de Pablo. Eso lo ayudó a ir más rápido. Tomó las muñecas de este y le puso los brazos cruzados por encima de la cabeza, sometiéndolo a pesar de ser él quien estuviera siendo penetrado.

El rubio sintió calor, dolor y placer todo junto. Una sensación distinta lo inundó y supo por qué a Pablo le iba tantísimo que se lo follaran. ¿Sería aquello lo que llamaban orgasmo anal? Además, tenía la polla tan erecta y dura, que no le hizo falta masturbarse para saber que se iba a correr de un momento a otro.

Pablo disfrutó aquello como nunca en su vida. Jon lo sometió de algún modo, con sus fuertes manos apretándole las muñecas hasta hacerle daño, lo cual lo excitó más si cabía. Y ese rubio espectacular tenía tan cerrado el culo que tener el pene dentro le iba a explotar.

—Jon... Me voy a correr... —lo avisó entre jadeos.

—Ni se te ocurra —le ordenó tajante—. ¡Aguántate!

Lo dijo adrede porque sabía que aquellas órdenes le ponían más cachondo, pero que intentaría cumplirlas. Tenía su puntillo masoquista, aunque fuera avainillado. A cambio aumentó el ritmo y cabalgó con energía. La cara de sufrimiento, y a la vez placer, que puso Pablo fue digna de ver. Estaba haciendo lo posible por no eyacular, hasta que le resultó una orden imposible de cumplir.

Jon sintió el semen caliente dentro de sí y el cuerpo de Pablo retorcerse de placer culpable.

—Lo siento... —jadeó.

—Tendré que castigarte en cuanto me corra... —Jon se quedó callado unos segundos, sintiendo aquel ramalazo de extremo goce dentro del recto. Se corrió también de forma peneana.

El chorro de semen llegó hasta el rostro de Pablo, salpicándole el pecho y la boca. Acto seguido se echaron a reír a carcajadas, incapaces de parar.

Jon soltó las muñecas de Pablo para poder limpiar con la sábana su cara y su pecho.

—Castígame —pidió el matemático—. Castígame por no poder aguantarme.

—¿Quieres que te pegue en el trasero? Ven aquí. —Se apartó y le obligó a ponerse de lado. Colocándose detrás le dio unos azotes fuertes que resonaron por la habitación e hicieron que el moreno jadeara.

Lo siguiente que Pablo sintió fue la dura verga de Jon dentro de él, empujándolo con fuerza, pues este aún estaba empalmado.

—No haces más que portarte mal conmigo. Escúchame bien, Pablo Rojas: eres mío y de nadie más —le hizo saber tras morderle en el lóbulo de la oreja—. Ni se te ocurra volver a dejarme, ¿me oyes? Aquí mando yo, ¿te ha quedado clarito?

—Sí... Joder, sí... —Pablo se giró a medias y buscó aquella boca para besarla, morderla y lamerla.

—Así me gusta.

Lo embistió con ímpetu hasta volver a tener un orgasmo, aunque no tan potente como el primero.

Se quedaron quietos, respirando con fuerza. Aquella sesión de sexo había subido de nivel y Jon había descubierto que a Pablo le gustaba ser sometido habitualmente. Se preguntó si ese puntillo masoquista lo tenía escondido de antes o había surgido estando con él.

—Pablo...

—Sí...

—Me parece a mí que lo vainilla se te queda corto.

Pablo no dijo una palabra, abrumado al darse cuenta de que había dejado salir fuera ese instinto que no se atrevía a revelar, que solo habían sido fantasías solitarias hasta ese momento, excepto el encuentro sexual sobre la mesa de su despacho con la corbata puesta a modo de correa.

—Puede ser... —admitió—. P-pero si no te... gusta...

—No sé si sirvo de dominante, pero si es lo que te pone podemos probar cosas nuevas, juguetitos que te torturen con gusto...

—V-vale... —jadeó excitado—. Poco a poco... Lo único que quiero que quede claro, es que solo seremos tú y yo...

—Relación cerrada.

—Sí...

—Yo no te comparto con nadie ni loco. Eres mío y solo mío. Mi novio, mi pareja, mi profesor de mates... Mío. El único que te quiere, que te ama, que te desea, que te folla, que te somete. ¿Te ha quedado claro? —dijo en tono imperativo agarrándole de los cabellos para estirarlos.

—Oh, sí... Por favor... —gimoteó.

—Pervertido... —Lo abrazó contra su pecho y buscó las muñecas para darles masajes suaves—. Si voy a ser tu aprendiz de dom, y tú mi aprendiz de sumiso, tengo que cuidarte muy bien.

Pablo se quiso morir de felicidad. No sabía a donde llegaría aquella experiencia, si sería una fase o su relación acabaría por ser de ese tipo, pero se emocionó muchísimo. Con Jon no tenía que aparentar, sino simplemente ser él mismo.

—Te quiero muchísimo —se reiteró el profesor de matemáticas—. Con lo mal que me caías al principio... Rubio guapo, pero repelente...

—Llevo enamorado de ti bastante tiempo. Yo creo que... Yo creo que antes de estar juntos ya lo estaba. Si lo pienso, si miro hacia atrás... En Navidad lloraba por los rincones deseándote en silencio.

—Perdóname, soy un cobarde. Tengo miedo de muchas cosas.

—No lo tengas más. ¿Te ha quedado claro? —susurró sobre su oreja. Luego la mordió con fuerza, tanta que Pablo gimoteó de gusto.

—Sí, mi amor...

—Mi amor no, mi amo del calabozo.

Pablo se empezó a reír con fuerza.

—¿Cómo en *Dragones y Mazmorras*? El amo del calabozo... —canturreó con el tonillo del *opening* de la serie animada.

—¿Lo ves? Si es que eres perfecto para mí, joder. Ven aquí. —Le dio la vuelta, lo besó con intensidad y después susurró—: Y ahora sí vamos a darnos un baño, porque olemos fatal.

<Tercer trimestre>

(ñ%+Pablo)

128√e980

Estoy en el séptimo cielo. Si me hubieran asegurado a principio de curso que este año encontraría pareja y que esa pareja sería Jonathan González, me habría reído en la cara de cualquiera.

Lo que antes me molestaba de él, ahora me alegra los días. Sus camisetas frikis me hacen gracia. Le he regalado unas Converse nuevas. ¡Yo comprando Converse! Y cuando vea lo que he encargado por su cumpleaños, probablemente haga que me pida en matrimonio.

Los alumnos incluso se han relajado y están atentos a mis clases, supongo que porque les he bajado el nivel un poco más, lo suficiente para que salgan del colegio preparados. Todos aprobaron la segunda evaluación por méritos propios.

Ya no me comparan con Jon, ahora incluso me lloriquean porque ha sido él quien se ha vuelto más exigente en su materia de Tecnología y Digitalización.

Nos hemos hecho bien de forma mutua. Tanto a nivel profesional como en la intimidad de nuestra relación.

En San Gerónimo de Sotomonte mando yo, pero en la intimidad lleva él la batuta y eso me encanta. Me trata con cariño y a la vez me somete de una forma que me vuelve loco.

Tengo un poco de miedo a que doña Mercedes se dé cuenta de lo nuestro y lo desaprobe. Pero va a llegar el día en el que se lo tengamos que explicar, porque no podemos estar escondiéndonos de la familia González toda la vida.

Sé que el momento se acerca y que yo también he de dar un paso al frente en ese sentido. Y creo que lo haré el día de su cumpleaños.

Al principio de curso pensé en que prefería fallar una ecuación polinómica antes que conocer mejor a Jon, ahora las fallaría todas si eso me asegurara que voy a pasar el resto de mi vida a su lado.

Porque estoy loco por él.



<:/#Jon>

Estoy enamorado de Pablo hasta las trancas.

Y pensar que al principio no era mi tipo y ahora beso el suelo por el que pisa. Aunque anoche le obligué a lamerme los pies y parece que eso le puso muy cachondo.

Mi teoría de que estaba amargado porque no follaba era cierta. Ahora sus clases de mates llegan a ser hasta divertidas, por lo que me han contado los alumnos, y las da con paciencia y sin enfadarse.

Que haya sido yo quien le bloqueara la frustración me enorgullece y me sorprende a partes iguales.

Él cree que hacemos una pareja muy rara porque yo soy demasiado guapo y más joven que él. Estoy harto de decirle que me encanta que sea bajito y tenga orejas de soplillo. Se enfada, pero luego se le pasa porque «me quiere muchísimo». Hasta unas Converse me ha regalado. Estoy que no quepo en mí de gozo.

Pero mi tía me preocupa. Creo que se ha dado cuenta de lo mío con Pablo, o que algún cotilleo le ha llegado, porque me mira como si me juzgara. Está esperando a que vaya y me sincere, estoy seguro. Tengo que tomar cartas en el asunto, no sin Pablo, por supuesto.

Además, quiero presentárselo a mi familia, que mis padres, mi hermano, mi cuñada y mis pequeños monstruitos lo conozcan. Eso me da canguelo y a la vez me emociona.

Pronto es mi cumpleaños y quieren celebrarlo conmigo, pero también deseo que esté Pablo presente. Ellos quieren conocer al hombre que me ha robado el corazón.

Ahora tengo que convencerlo, porque una cosa es nuestra intimidad de dominante y sumiso en prácticas, y otra la vida fuera de esa dinámica.

Ay, mi don Paloescoba.

Cómo te quiero, pero qué complicado eres a veces.

<+Cap/13>



Era viernes y también el cumpleaños de Jon. Así que esa noche pasarían la velada con la familia de este.

Tanto Pablo como él estaban nerviosos. El primero por el significado de ese momento: conocer a sus suegros, cuñados y sobrinos políticos. Y el segundo porque era la primera vez, y esperaba que la última, que presentaba una pareja a los suyos.

No obstante, Pablo quiso adelantarse en algo y le pidió a Jon que se vistiera con más elegancia, así que este lo hizo sin rechistar. Se cambió en el propio colegio al terminar las clases.

Cuando Pablo lo vio salir de los aseos se quedó obnubilado. Llevaba puesto un traje azul marengo, camisa clara, sin corbata, y zapatos oscuros de cuero brillante. Ese día estaba afeitado y las pecas de su cara se veían preciosas, en especial ese lunar sexy que tenía cerca de la boca y que le encantaba besar.

—¿Estoy bien así?

—M-más que bien... —Tragó saliva—. Espectacular.

Jon se echó a reír dando una vuelta sobre sí mismo

—Pensé que ya no me valdría, pero me sigue quedando como un guante, como en la boda de mi hermano. Y por cómo babeas, eso lo ratifica.

—Calla, idiota —siseó.

—No. —Se acercó a él de forma peligrosa—. *Tshhh...* —Con un dedo recorrió la corbata de Pablo hasta llegar al final de esta, justo sobre la tripita. El acto fue sensual—. ¿Quién manda aquí?

—Tú... —respondió el matemático.

—Hoy te voy a permitir que me lleves donde quieras.

—Gracias... —musitó con el corazón a cien.

—Gracias y qué más... —Jon se inclinó sobre la oreja caliente de Pablo, sabiendo lo mucho que aquello le ponía taquicárdico.

—Gracias, amo...

—Así me gusta, que te portes bien cuando toca. ¡Y ahora, llévame donde tengas pensado!

Su tono de voz cambió a uno mucho más dicharachero y anduvieron juntos hacia el coche de Pablo. La noche anterior Jon la había pasado en casa de su compañero, por lo que aparecieron juntos por la mañana. Estaban tan al límite de que saliera a la luz que mantenían una relación sentimental, que a Jon le daba igual que los vieran salir del mismo coche. Después de esa noche iba a contárselo a su tía Mercedes, le hiciera gracia la noticia o le pareciera mal. Pablo y él irían juntos a verla, ya estaba decidido.

Tras las vacaciones de Semana Santa había comenzado el último trimestre, y mientras ambos no descuidaran sus responsabilidades como profesores, Mercedes no podría echarles nada en cara. Por esa misma razón, Jon se había puesto las pilas en todos los sentidos.

Ana vio a ambos acercarse al coche de Pablo y corrió hacia ellos para felicitar a Jon.

—¡Eh! ¡Cumpleaños! —gritó mientras trotaba hacia él—. ¡Pero bueno! ¿Y este estilismo? ¿Quieres que me vuelva hetero o qué?

—Él es el culpable, me ha obligado a disfrazarme de persona normal.

—De normal no tienes un pelo. Pareces un modelo de pasarela. Vaya culo te hacen esos pantalones. ¿Verdad, Pablo?

—Verdad. —Este se sonrió pensando en ese culo y en lo mucho que le gustaba morderlo, lamerlo, frotarse contra su vello y hundir el rostro en él.

—Me hacéis pasar vergüenza. Ya estoy mayor, con treinta y cuatro añazos... —se lamentó, suspirando.

—¿Vergüenza tú? —inquirió Pablo—. El que va a entrar en la crisis de los cuarenta soy yo... —clamó.

—Pero, Pablo... Eres un madurito sexy —lo aduló Ana—. Y menudo tío bueno te has ligado —no lo dijo muy alto ya que en el aparcamiento aún había padres recogiendo a algunos alumnos.

—Y-yo no me lo he...

—Sí, lo hiciste —afirmó Jon—. Sin querer queriendo, pero lo hiciste. Me embaucaste.

—Súbete al coche y cállate. Venga, vamos —lo azuzó—. Hasta el lunes, Ana. Buen fin de semana.

—Adiós, pasadlo bien hoy.

—¡Gracias, adiós! —se despidió Jon.

Los dos hombres subieron al auto y partieron en dirección desconocida para el rubio. Este miró de reojo a Pablo, observó su oreja derecha. Estaba bermellón. La tocó levemente para comprobar que emanaba calor. Ardía.

—Me ligaste un montón.

—¡Y dale! ¿Cómo te voy a ligar yo a ti? Fue al revés. No hacías más que perseguirme —gruñó—. Tanta insistencia...

Jon se carcajeó de lo lindo recordando todas las ocasiones en las que le había ido detrás.

—Tengo una teoría... *Ummm* —murmuró—. El día en el que nos peleamos fuerte por primera vez, te pusiste cachondo porque resolví lo de la pizarra. Pero creo que más bien fue porque me impuse física y moralmente. Y eso te despertó el instinto de querer ser dominado...

—¡No es verdad! —negó en rotundo—. N-no es verdad... —Su voz perdió fuerza—. Sí es cierto —gimió—. Solo que no me había dado cuenta... —admitió por fin.

—Me gusta, me deja satisfecho. Pero el que me ligó fuiste tú, insisto. Con tus orejas de soplillo, tu peinado relamido por una vaca y tu estatura de hobbit.

—¡No soy tan bajito! ¡Tú eres muy alto! —gruñó sintiéndose ofendido.

—Eres bajito y no pasa nada por no llegar al metro setenta sin zapatos. De hecho, me gustas así porque te puedo espachurrar y me encanta. —Hizo un gesto como si se abrazara a sí mismo.

Pablo, halagado en el fondo, tomó un desvío entre tanto tráfico.

—Está bien: reconozco que mis encantos naturales de profesor intransigente hicieron que te enamoraras de mí.

—Es cierto, estoy locamente enamorado de ti. —Pablo miró de reojo a Jon que, a su vez, lo observó de forma tierna.

—Y yo de ti... Por eso, en tu día especial, quiero que conozcas a alguien muy importante. Aunque hoy no sea sábado...

Volvió a desviarse con el coche y llegó a la residencia donde estaba su madre.

Jonathan se percató y eso le hizo cambiar la actitud divertida por una seria, como la ocasión lo dictaba. Comprendió entonces por qué Pablo había querido que se vistiera con decoro. Para él era sumamente importante ese momento y, pese a la circunstancias, el corazón de Jon se llenó de orgullo.

Pablo le iba a presentar a su madre, a la persona que más quería en el mundo.

<♥+♥>

Jonathan entró en la silenciosa y pulcra habitación. La pobre mujer yacía sobre un lecho hospitalario, quieta, como si solo durmiera. A pesar de eso pudo comprobar lo delgada que se hallaba tras tantos años postrada. Aun así, se notaba que allí le daban todos los cuidados necesarios y el ambiente de la estancia era acogedor. Sobre una mesita supletoria descansaba un libro, probablemente el que le estaba leyendo su hijo.

Pablo le pidió que esperara un momento y rodeó la cama, recolocó a su gusto las sábanas y le dio un beso a su madre en la frente, acariciando su pelo canoso.

A Jon le pareció aquello algo tierno, devoto; humano. Pensó en su propia madre y rogó para que jamás sufriera así, que si se tenía que ir fuera de forma rápida. Porque él no podría soportar tanto dolor. Pablo era un titán, el hombre más fuerte que había conocido. Y se enamoró más de él en ese instante, si es que eso era posible.

—Mamá, te quiero presentar a mi pareja. Se llama Jonathan... —le susurró cerca del oído y luego hizo un gesto al rubio.

Este se acercó y tomó a Luisa por una de sus delicadas manos, apretándole los dedos con cuidado.

—Es un placer conocerla por fin, Pablo me ha hablado mucho de usted. —Después le besó el dorso y depositó la mano sobre la colcha, acariciándola con cariño antes de soltar esos dedos frágiles.

Fue incapaz de contener las lágrimas y miró a Pablo, que lo abrazó contra sí e hizo que se sentara para que pudiera sollozar contra su pecho.

—No pasa nada, Jon... Ella estaría feliz de ver la suerte que he tenido contigo, de lo mucho que me quieres y del buen gusto que tengo —bromeó—. Decía que mi ex era tonto, malo y feucho, que me merecía un hombre listo, bueno y guapo que me quisiera de verdad.

Jon lo miró con sus ojos verdes bañados en lágrimas y luego los cerró de nuevo. El moreno le limpió la humedad del rostro.

—Gracias por acogerme en esta pequeña familia. Me siento muy afortunado. Me gustaría, si os parece bien a ambos —miró a Luisa— acompañaros los sábados y leer libros los tres juntos.

A Pablo le temblaron las piernas y tuvo que ponerse en cuclillas. Tomó una mano de su madre, luego otra de Jon y las apretó. Se quedó sin palabras durante unos segundos, tragó saliva y sonrió al fin.

—Eres incluso mejor de lo que creía, y eso ya era difícil... Tenía tanto miedo de que llegara este momento, de que decidieras que no era cosa tuya, sino solo mía... Pero todo está bien. — Suspiró tranquilo.

—Yo jamás os rechazaría. Ella es tu prioridad. Por ella te quedaste, por ella has pausado tu carrera como matemático, por ella te levantas cada día, por ella...

Un beso de Pablo lo acalló. Luego se miraron a los ojos, se sonrieron y se fundieron en un abrazo intenso y significativo.

—Gracias —musitó un Pablo muy emocionado. Tener el apoyo de Jon le confería una mayor fuerza para afrontar el día en el que su madre se fuera para siempre.

—No, gracias a ti, mi amor... Por considerarme tan importante como para que tu madre sepa, de alguna forma, que puede quedarse tranquila, que ya estoy aquí para cuidar de su hijo.

Luisa no se enteró, nunca lo supo, pero durante mucho, mucho tiempo, Jon le leyó una gran cantidad de novelas los sábados por la tarde.

<♥+♥>

Tras la visita a la residencia, le tocó a Pablo conocer a la turba que era la familia de Jonathan. Lo primero que vio nada más pasar al descansillo del pareado, fue a dos niños correr hacia ellos chillando como locos poseídos por el mismísimo Satanás. La niña se le agarró a la pierna y se puso a saltar de emoción. El niño abrazó a su tío y este lo alzó en brazos, luego hizo lo mismo con la más pequeña.

—¡A ver! ¡A ver! No seáis brutos, que me vais a escacharrar al novio.

—¿Tú eres el novio del tito? ¿Sí? ¿Por qué tienes así las orejas? —La niña soltó la batería de preguntas y se quedó a la espera, con una sonrisa de oreja a oreja a la que le faltaban un par de dientes de leche.

—Sí, soy su novio. Las tengo así porque son de soplillo. ¿No te gustan?

—¡Sí! ¡Me gustan! Como Dumbo.

Jon se aguantó la risa hasta que fue incapaz de detener las carcajadas, para vergüenza de Pablo. Menos mal que este estaba curado de espanto con los alumnos más mayores. Los críos pequeños al menos lo decían sin mala intención.

La familia de Jon se quedó mirando las reacciones de los dos niños, esperando a que terminaran para poder presentarse.

—Yo soy Pablo, ¿y usted cómo se llama, señorita? ¿Cuántos años tiene ya?

—Lidia. —Otra sonrisa sin dientes le iluminó el rostro—. Cinco—. Luego le enseñó cuatro dedos, así que Pablo le tomó la manita para corregir el error.

Jon estaba muerto de la risa. Aquel alma matemática podía con Pablo y su autocontrol.

—¿Y usted, caballero? —Se dirigió hacia el niño. Este lo miró de reojo, con cierto recelo.

—Me llamo Francisco. Tengo siete años, ya soy mayor...

—Claro que sí. ¿Sabes sumar y restar?

—¡Claro qué sé! —contestó muy digno—. Y también dividir y multiplicar. El tito me ayuda mucho con los deberes.

—Es lo que tiene que hacer. Muy bien. Pues encantado, yo soy Pablo y ahora también seré

vuestro tito si queréis.

—¿Me ayudarás con los deberes?

—Claro que sí. Conmigo aprenderás a hacer ecuaciones de primer nivel. Y tú también... —Miró a la niña que puso cara de «va a ser que no»—. O a dibujar... —corrigió.

—¡Vale! ¡¡Mamá!! —Se bajó del regazo del tito Jon e instó a los adultos a hacer acto de presencia.

—Hola, Pablo, soy Paco, el padre de Jon. —Ambos se dieron la mano. Jonathan había salido a él. Se notaba que era el hermano mayor de Mercedes.

—Yo soy Sara, la mamá. —Esta le dio dos besos a Pablo y le acarició la mejilla, más contenta que unas pascuas de que, por fin, su hijo pequeño tuviera un novio en condiciones.

—Es un placer, Sara. —Se emocionó al verla tan sana. Ojalá estuviera con su hijo mucho tiempo.

—Este gilipichis es mi hermano mayor, David.

—Encantado... —Pablo se quedó estupefacto. Debían tener la misma edad ambos, pero era un Jon evolucionado. ¿Qué le pasaba a esa familia? ¿Todos los hombres eran tan atractivos?

La mujer de este, Merche, le dio un abrazo a Pablo y lo espachurró con fuerza. Era regordeta, morena y muy simpática, una mujer muy hermosa.

—¡No sabes lo feliz que me hace conocerte! El idiota de mi cuñado estuvo lloriqueando toda la Navidad porque no le hacías caso.

—¡Merche, jod... jopeta! —En aquella casa estaba prohibido decir palabrotas—. No pongas en evidencia lo muy colado que estoy por este señor. Qué vergüenza...

—Señor tú, que ya eres un año más mayor que antes —le respondió Pablo en tono divertido.

—Los dos sois muy viejos —el más pequeño dio su sincera opinión.

—Hombre, gracias, querido sobrino que ya sabe multiplicar.

—Si tus tíos son viejos, ¿qué se supone que es tu abuelo? ¿Matusalén? —preguntó Paco.

—No sé quién es ese, pero sí —le respondió el niño.

—Tirad para el salón, venga —exigió Merche a sus hijos.

Estos echaron a correr como locos para sentarse en los respectivos asientos de la mesa que se había preparado en honor a la celebración cumpleaños.

—¡Mamá! ¡Te has pasado! Ni yo puedo comer tanto. —Jon se abrumó al verla rebosar de comida.

—Ahora somos uno más. ¡Encima de que me he pasado la tarde cocinando con tu padre dando por saco como una mosca coj...!

—Te he ayudado, no mientas —le respondió su marido.

Pablo no pudo evitar reírse.

—Son un matrimonio viejo, es lo que hay. Cuarenta y cinco años soportándose —bromeó Merche mientras recogía la chaqueta y las bolsas que llevaba Pablo.

—¿Y vosotros cuánto lleváis juntos? —indagó el matemático.

—Pues quince años ya, que se dice pronto. Nos casamos hace unos pocos, ya teníamos a Fran. Luego llegó Lidia. La verdad es que he tenido mucha suerte con mi marido. Y tú lo has tenido

con Jon. Para mi cuñado, David ha sido una buena influencia en muchos aspectos.

—Sí, he tenido mucha suerte... A veces pienso que demasiada y no me la merezco —se sinceró a la par que la ayudaba a dejar todo en una de las habitaciones de invitados.

—Estás equivocado en ese sentido, Pablo. Ambos os habéis encontrado, ambos habéis tenido la fortuna de conoceros y haceros un bien mutuo. Ojalá que, tanto tú como yo, nos quedemos para siempre con esta familia. Son buenas personas. Además, conozco tus circunstancias personales. Lo lamento mucho.

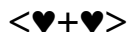
—Hoy me he quedado tranquilo cuando he llevado a Jon a conocer a mi madre. No ha salido huyendo.

—Él no huye, es muy pesado. —Merche era tan amable y simpática que Pablo se sintió muy a gusto con ella.

—Ya lo creo que es insistente...

—Vamos, los niños tienen hambre. ¡No gritéis así! —Salió de la estancia en busca de sus dos pequeños porque estaban exigiendo su plato de espaguetis con tomate frito.

Pablo sonrió de forma genuina.



A Jon le cantaron el cumpleaños feliz, le llevaron una tarta casera y temática hecha por David, que hacía sus pinitos con la repostería. La base tenía forma de cubo y encima una réplica dulce de un mando de la Play. Además se habían añadido unas setas de Mario bastante chapuceras. Cosa de Lidia, por supuesto.

Jon sujetó una con los dedos y se la llevó a la boca, masticando y haciendo sonidos de satisfacción.

—David, tío, tu hija cocina muy bien. —Estaban malísimas, pero daba igual—. Muchas gracias, cariño. —La niña se subió a sus piernas para abrazarlo por el cuello y darle un beso.

—Sin barba es mejor, porque no picas. Tú sí picas —añadió alargando la manita y rascando el vello facial de Pablo.

Este saboreó una de las setas y asintió, satisfecho. Estaban saladas ya que, por error, en vez de azúcar le había echado sal.

La cena fue deliciosa, apenas había sobrado algo. De la tarta a los tres chocolates no quedó ni rastro.

—¿Veis como nunca es demasiada comida? Gente de poca fe. ¡Pablo come muchísimo! Gracias, cielo —susurró Merche posando una mano sobre el hombro del matemático.

—Estoy acostumbrado. Mi tío Antonio cocina para mucha gente. No deja a mi tía Rosa entrar en su cocina —se carcajeó—. Yo soy hijo único, pero tengo tres primos y dos de ellos tienen hijos, aunque ya son adolescentes.

—¿Uno de tus primos es el que conocí? —indagó Jon.

—Ah, sí, pero él no tiene hijos todavía... —Y probablemente no los tendría con su pareja, porque estaba a punto de romperse la relación. No daba ya un euro por ellos, solo se resistían a lo inevitable.

—Me los has de presentar como toca, ¿eh? Parecían majísimos, en especial el actor.

—Miedo me da hacerlo —afirmó con sinceridad—. Pero la próxima vez te llevaré a una de

nuestras quedadas.

—Te tomo la palabra... —Se acercó a Pablo y le dio un beso en la mejilla.

A este le dio un poco de apuro, pero se sintió bien, integrado, querido, aceptado. Ninguna de sus otras parejas lo había tratado así y mucho menos en público o en familia.

—¡Papá! ¿Podemos darle ya los regalos? —preguntó Fran, dando saltos sin parar alrededor de la mesa.

—Eres igual que Jon de pequeño —añadió su abuelo—. ¡Dios, qué suplicio!

—Gracias, papá.

—¡Es cierto! La hiperactividad que tenías... Madre mía.

—Bueno, ya está controlada... Dentro de lo que cabe. —Miró a Pablo y este le sonrió. Jon seguía siendo un culo inquieto.

Fran y Lidia llegaron con sus regalos, empujándose.

—¡Haya paz! —gritó el padre de los churumbeles—. Primero Fran. Venga, dáselo.

El niño le acercó una caja de tamaño mediano y Jon le arrancó sin piedad el papel de regalo.

—¡Mira! ¡Una figurita de Alien! —exclamó con emoción—. Tú sí que sabes lo que quiere tu tío.

Abrazó a su sobrino y le dio un besazo en la mejilla. El niño estaba eufórico, mirando a sus padres.

—Que conste que lo eligió él. Yo solo puse medio sueldo.

Jon abrazó a su hermano con mucho cariño hasta que este lo empujó.

—¡Ahora yo, me toca, yo, a mí me toca! —Lidia, enfurruñada y celosa, le pegó un empujón a su propio padre para apartarlo del tito Jon y luego le tendió una bolsa temática con pequeños dibujos frikis.

—A ver, a ver... —Jon hizo el paripé y metió la mano, rebuscando sin encontrar nada—. Pero... Aquí no hay regalo, Lidia. ¿Me has engañado?

Pablo estaba descojonado ante el teatrillo. Ver a Jon con sus sobrinos era enternecedor y a la vez muy divertido.

—¡Yo no engaño! —Le arrancó la bolsa de la mano y sacó el regalo—. ¿No lo veías? ¡Necesitas otras gafas, tito!

—Es verdad, qué tonto soy. Perdóname.

Tomó el paquete blandito y lo abrió. En su interior se encontró con un montón de pares de calcetines de Marvel.

—¡Esto me va a ir estupendamente! Y mira, calzoncillos de Superman. Si me quito las gafas soy él, pero en rubio. —Hizo el gesto con los anteojos—. Y ahora vuelvo a ser Clark Kent.

—¡No te pareceeeees en nada! —gritó Fran.

—Eh, dejad de alborotar, que no son horas —David cortó por lo sano y sus hijos se sentaron en el sofá un poco más tranquilos—. Cuando acabemos con los regalos nos vamos a casa. ¡Y sin rechistar!

—Ahora el regalo de tus padres. —Merche le dio un sobre a su hijo.

Jon miró dentro y sonrió. Había mil euros. Ya lo suponía, pues lo ayudaban cada año para que

pudiera comprarse un piso. Los abrazó y besó a ambos.

—Yo también tengo un regalo —susurró Pablo dirigiéndose a la habitación de invitados para coger la bolsa.

Jon lo miró con emoción cuando volvió. Esos ojitos verdes tan preciosos brillaron al recibir una caja alargada no demasiado grande. Con sumo cuidado fue quitándole el sobrio papel de regalo. Enseguida vio que era una caja de Funko Pop, pero se quedó patidifuso al comprobar su interior, porque aquello sí que no se lo esperaba.

Dentro había dos Funko personalizados: un Jon vestido de manera informal con un mando en la mano, el pelo rubito y ondulado, además de los ojitos pintados de verde brillante. El otro Funko era una réplica de Pablo, con su atuendo habitual de profesor de matemáticas y un ábaco apoyado en uno de los bracitos, junto con una taza de café. Ceñía el entrecejo y llevaba el pelo relamido por una vaca.

A Jon se le saltaron las lágrimas por la emoción y abrazó a Pablo con tanta fuerza que lo espachurró sin dejarlo respirar.

—Qué me ahogas... —gimió el moreno.

—¡Me encantan! Somos nosotros, somos nosotros...

—Me alegra que te guste. Piezas únicas para tu súper colección.

Jon abrió la caja ante la atenta mirada de los presentes. Lidia sujetó el muñeco de su tío y abrió mucho los ojos.

—¡Es igual! —Estaba alucinada.

—Mira, tiene orejas grandes, como el tito Pablo —añadió Fran tomando el del matemático.

—¡Yo quiero uno de mí! —exigió la niña.

—Tú lo que quieres es irte a la cama —le explicó su madre.

—¡No!

—Sí, nos vamos ya a casa que es muy tarde. Hoy ha sido una excepción, pero ya toca volver.

David y Merche fueron recogiendo todas sus cosas y se despidieron de los demás.

—Ha sido un placer, Pablo. Un fin de semana os venís a comer a casa —sugirió Merche.

—Estaré encantado.

—¿Vas a venir, tito Pablo? —Fran tomó a Pablo de la mano.

—¡Pues claro! Y haremos los deberes de mates.

—Ya no hace falta que vengas —le respondió.

Jon se echó a reír a carcajada limpia.

Después de eso, la pareja se marchó con los niños y los invitados se quedaron a solas con Paco y Sara, tomándose un chupito, aunque Pablo declinó el ofrecimiento ya que tenía que conducir.

—Sobre el tema de mi hermana... —comentó Paco—. Si queréis puedo tratarlo con ella, prepararla para que no se tome mal que hayáis iniciado una relación. Es muy seca cuando se lo propone.

—No, por favor —rogó Pablo—. Iremos a verla Jon y yo dentro de unos días. Aunque en el colegio mantendremos las formas como hasta ahora. Pero creo que lo sabe todo el mundo y no queremos que se entere por terceros. Los chismes corren como la pólvora.

—Por supuesto, tenéis todo nuestro apoyo.

—Muchas gracias, papis. Llegó la hora de irnos, es tarde y estamos cansados. Hoy he tenido tutoría y me han chupado la vida —bromeó.

—¿Vas a seguir siendo profesor allí o no? —quiso saber su madre.

Pablo se quedó un poco sorprendido ante aquella pregunta. Jon no le miró, se mantuvo serio.

—Sigo pensando en ello. No es fácil tomar una decisión de ese tipo. Aún quedan unos meses hasta junio.

Después de aquella breve conversación, la pareja se despidió con la promesa de volver pronto.

De camino al coche, Pablo se mantuvo un poco serio y Jon se temió lo peor: que se hubiera enfadado por no confiarle que estaba pensando dejar de ser profesor en San Gerónimo de Sotomonte.

—¿Cuándo pensabas comentarme tus dudas? —inquirió un tanto molesto cuando se subieron al coche. Miró a Jon.

—Cuando lo tuviera claro. No te cabrees, por favor... —rogó con carita de pena.

—No me voy a cabrear, solo me hubiera gustado que me lo contaras.

—Es algo que decidí hace tiempo cuando creía que no valía como profesor y que te tendría que estar viendo cada día sin poder amarte... Ahora simplemente contemplo la posibilidad de irme al finalizar el curso.

Pablo sonrió con levedad y lo tomó por el rostro, acariciando sus pecas, en especial el pequeño lunar que adoraba. Lo besó y luego deslizó los labios hasta la boca de Jon. Este le devolvió el beso con igual cariño.

—No me gustaría que te fueras, pero entiendo que tengas dudas o no te convenza la enseñanza. Atesoras muchas facultades y sé que las empresas te contactan para que trabajes en ellas... Probablemente hasta ganarías más.

—A mí solo me frena el hecho de que no te vería tanto... Quiero estar contigo todos los días —se sinceró.

—Y yo... —Algo se le pasó por la cabeza a Pablo, pero prefirió callarlo en ese momento y cambiar de tema—. ¿Te ha gustado mi regalo? No son mil euros, ni unos calzoncillos de Superman, tampoco una figurita sexy de Alien...

—Ha sido el regalo más fantástico que he recibido en toda mi vida. Tú y yo en muñecos.

—Eres mi amo, tendré que mimarte también, ¿no te parece? —ronroneó sin dejar de besarlo en el lunar.

—Pues hoy quiero otro regalo: una sesión de sexo duro. Te voy atar al dosel de mi cama tan fuerte que clamarás para que te suelte. Y no pienso hacerlo hasta que no me haya corrido en ti por lo menos tres veces esta noche. ¿Lo has entendido?

—Sí... —gimoteó Pablo, excitado, temblando.

—Pues pon el coche en marcha, que las cuerdas están esperando ya preparadas. Las he comprado especialmente para ti, de color rojo. Ah, y hay más... Tengo unas bolas anales vibradoras nuevitas —le susurró al oído—. Mi sumiso se merece lo mejor de lo mejor.

—¡Madre mía!

Pablo encendió el coche y aceleró hacia una noche de sumisión, placer, amor y cuidados

postcoitales.



<+Cap/14>



Tanto Jon como Pablo postergaron un par de semanas ir a contarle a Mercedes que estaban juntos. Habían tenido mucho trabajo y, además, Jon estaba diseñando por encargo una serie de páginas web, lo que le robaba mucho tiempo para dedicarlo a Pablo. Eso no le gustaba a ninguno de los dos, pero la moto del rubio se había estropeado y arreglarla costaba un dineral, así que tuvieron que sobrellevarlo.

Pablo le propuso dejarle el dinero. No obstante, a Jon le gustaba ser autosuficiente, tal y como había sido educado. Solo tuvo que compartir coche y gastos de gasolina con Ana hasta que le arreglaran su vehículo.

—¿Puedo ir a tu casa esta noche? —preguntó Pablo a su novio, que estaba sentado en la zona externa de descanso.

Ya hacía calor, por lo que Jon iba en manga corta. Pablo, en cambio, seguía con sus camisas planchadas e impolutas y la corbata perfecta.

—Si quieres verme la espalda todo el rato... —bufó—. Tengo que terminar este fin de semana las webs, pero luego seré todo tuyo para hacerte todo mío... —Le regaló una amplia sonrisa.

Pablo se sentó a su lado, en las escaleras. Apoyó la mejilla en las rodillas y miró a su compañero.

—Te echo de menos en todos los sentidos —susurró.

—Si quieres te mando fotos guarras mientras pico código —musitó muy bajito.

—Ummm... Me vale.

—¿Piensas masturbarte sin mí? Porque no te lo permito. De hecho, es lo que vamos a hacer: yo me pongo a programar desnudo, te mando un directo y tú... Ni te atrevas a tocarlo.

Pablo hundió el rostro entre sus rodillas, sonrojado.

—Sí, mi señor —aceptó sin rechistar.

Escucharon voces y se separaron. Otros profesores salieron a fumar y los saludaron.

Pablo aprovechó para correr y meterse en el baño del profesorado. Estaba tan empalmado que tuvo que sentarse en la taza del váter y serenarse antes de salir de allí. Jon lo iba a volver loco haciendo realidad todas sus fantasías. Qué suerte había tenido de que fuera tan abierto haciendo el rol de dominante e informarse de cómo funcionaba todo aquello. Hasta tenían su propio contrato y una palabra de control por si Jon se sobrepasaba. Jamás la había tenido que usar porque Jon lo trataba como de verdad un dom debía cuidar a su sumiso. Hasta habían empezado a implementar ese tipo de conducta en la vida diaria con pequeños detalles. Así que, excepto en el colegio, Pablo y Jon era una pareja normal dentro de su peculiaridad.

Fue al salir de los baños y pasearse por la parte trasera del colegio, para llegar antes a la zona donde estaba su despacho, cuando escuchó sollozar a un chico. Se acercó con cuidado para no espantarlo y lo observó con detenimiento sin que este se percatara de su presencia.

El muchacho tenía el rostro enrojecido por el llanto y estaba sentado sobre el suelo de tierra,

entre algunos arbustos que lo escondían de las miradas indiscretas.

Cuando Pablo fue a acercarse, por si se había hecho daño y necesitaba urgentemente asistencia médica, oyó las voces de otros chavales.

El jovencito se puso en pie y echó a correr, como si estuviera huyendo de alguien. Desapareció de su vista y entonces llegaron otros dos alumnos que se quedaron plantados allí, riéndose.

—¡Se ha acojonado el muy maricón!

Pablo frunció el ceño, sin moverse. Se fijó en ellos y eran los dos secuaces del chico que había manipulado la moto de Jon.

—Da igual, otro día le damos las dos hostias y ya está.

Los chicos desaparecieron de allí y el matemático se dio la vuelta, encabronado de veras. En ese momento no tenía tiempo de hablar con nadie, pues debía recoger sus cosas en el despacho e ir a dar clase. Estaba a punto de terminar el descanso de veinte minutos y, de hecho, sonó la música por los altavoces. Esta indicaba que era el momento de volver, así que puso el turbo sin dejar de darle vueltas a que acababa de presenciar un intento de acoso escolar.

<♥+♥>

Pablo anduvo con la mosca detrás de la oreja durante todo el resto de la jornada laboral, pensando a qué curso pertenecía ese chico. Probablemente Jon lo sabría ya que daba clase a diversas clases de la ESO. Antes de tratar el tema con Ana, indagaría un poco más.

Detuvo a Jon cuando este iba hacia una de sus clases con los de 3.º Lo tomó por el codo para llevarlo hasta un rincón apartado.

—¡Uh! Qué efusivo.

—No es lo que crees. Antes he visto, en la parte trasera del colegio, a un chico llorando. Ha salido huyendo en cuanto ha escuchado llegar a esos dos que iban con el chaval que te manipuló la moto.

Jon frunció el ceño y puso los ojos en blanco.

—Últimamente se están yendo de madre y ya los he castigado como cuatro veces. Hasta los he echado de clase. Me tienen hasta los cojones.

—Creo que querían pegarle al otro chico.

—Eso es muy serio. ¿Has hablado con Ana?

—No, porque no sé quién es exactamente el chaval.

—¿Cómo era el chico?

—Delgaducho, con el pelo oscuro y algo rizado. No lo lleva cortado como la mayoría, sino un poco largo.

—Vale, es Jaime. —Suspiró—. No va a la misma clase que las otras dos perlas. Es un chico muy tímido, apenas habla con los demás y suele estar solo, salvo cuando va con otra chica a la que tienen un poco amargada también. ¿Y dices que le querían pegar?

—Se refirieron a él como maricón y que ya le darían las dos hostias.

—Su puta m... —gruñó—. La verdad es a Jaime se le nota que le van los chicos, aunque muchos dirán que siendo tan joven cómo lo va a saber... Ya tiene catorce años, está en un momento de autodescubrimiento y no es raro que sea consciente.

—Yo lo sabía con siete y se lo conté a mi madre, un poco agobiado porque no entendía nada.

—Toma, y yo. Aunque me lo callé hasta la mayoría de edad. Solo lo sabía mi hermano... Y por lo visto todo el mundo. —Emitió una risilla tonta.

—Bueno, ahora que sabemos quién es y lo qué pretenden los otros, tenemos que proceder.

—Voy a hablar con Jaime. —Miró su reloj—. Luego tengo una hora libre, iré a buscarlo.

—¿Y los otros dos?

—Esos déjamelos a mí también. Gracias por avisarme con tanta rapidez, cariño... Uy, perdón. Se me va. —Se tapó la boca.

Pablo sonrió y puso una expresión tierna.

—No pasa nada, no hay nadie.

—Dame un beso. —El tono de voz de Jon cambió ligeramente y sonó autoritario.

Pablo se puso de puntillas y le dio un beso rápido en la boca. Una orden no podía desobedecerse, aunque fuera en el colegio.

—¿Puedo irme, mi señor?

—Puedes.

Acto seguido, se dio la vuelta y desapareció.

Jon trotó de camino a su clase, a la que llegó cinco minutos tarde. Los chicos y chicas lo estaban esperando fuera. Abrió la clase, entró como un torbellino, aporreó la mesa con un montón de carpetas y eso hizo que todos sus alumnos se callaran de golpe.

Estudió a los dos marrulleros, los miró con inquina y fijeza. Estos se observaron entre sí y continuaron en silencio a la espera de saber por qué Jon estaba de mala hostia.

—Encended las *tablets*, vamos a seguir con la tarea de la última clase —dijo por fin y todos suspiraron tranquilos, mientras Jon repartía las susodichas tabletas.

El profe Jon se había vuelto menos enrollado y más duro, así que sus alumnos ya no podían bromear con él como antes, ni torearlo como hubieran querido. En parte, o eso creían los chavales, era por culpa de Charli y Toni, que cada dos por tres molestaban a Jon con sus tonterías. Dentro de la propia clase no eran muy queridos, aunque pretendieran hacerse los interesantes.

Ese día estuvieron relativamente tranquilos, solo haciendo alguna bromita tonta entre ellos, dándose puñetazos y empujones, por lo que Jon los acalló rápido con una simple orden.

Al terminar esa clase, todos se fueron y Jon recogió sus cosas, guardó las *tablets* con premura y cerró la clase con llave. Fue hasta unos de los corchos que estaban en el *hall* del colegio para buscar la asignatura que le tocaba a Jaime en ese momento: inglés. Luego revisó el resto de cuadrantes hasta verificar qué clases de Valores Éticos impartía Ana ese día para poder ir a hablar con ella cuando estuviese libre.

No iba a dejar que alumnos suyos ejercieran acoso sobre otro con el fin de denigrarlo y vejarlo ante los demás, independientemente de las razones.

<♥+♥>

Jaime fue incapaz de mirar a los ojos de Jon y Ana. Esta última estaba sentada al lado del chico y Jon apoyado sobre la mesa de su amiga, en el despacho de esta.

—Nos lo puedes contar, Jaime —dijo ella, animándolo.

—No tengo nada que contar... —su voz fue trémula, casi inaudible.

—Hoy estabas llorando a escondidas en el patio trasero. ¿Por qué? ¿Hay algún problema en casa o con las clases? —insistió ella usando un tono de voz aterciopelado—. No te preocupes, para eso estamos aquí Jon y yo; para escucharte y ayudarte en lo posible.

—Me caí y me dolió, nada más. —Jaime continuó mirando hacia abajo, en dirección a sus zapatos.

Ana observó a Jon, que suspiró.

—¿Seguro que nadie te quería pegar? —intervino el rubio.

Jaime dio un bote, tomó su mochila y la estrechó contra sí, a modo de parapeto.

—¿Me puedo ir ya? Estoy faltando a Geografía e Historia.

—Sí, puedes irte. Pero escúchame, Jaime... —Lo detuvo Ana antes de que pudiera salir escopetado—, tanto Jon como yo estamos disponibles y lo mismo pasa con tu tutora. ¿De acuerdo?

—No quiero que hablen con ella —respondió tajante—. Ni con mis padres tampoco.

—Vale, tranquilo —le pidió Ana en tono conciliador.

Jaime se fue del despacho dejando más preocupados a los dos profesores.

—Jon, hay que vigilarlo porque está muy asustado. Voy a hablar con su tutora y pediremos una reunión con los padres.

—De acuerdo. Yo vigilaré a las otras dos perlas.

Quedaron en eso y el rubio se fue a buscar a Pablo para contarle las nada halagüeñas novedades. Lo encontró en su despacho, corrigiendo parciales con cara de aburrimiento. Tenía en la mano el terrible rotulador rojo.

—El niño no ha colaborado.

—Era de esperar... A mí me pasaba lo mismo en el instituto. No quería decirle a nadie que se metían conmigo porque me hacía sentir inferior.

Jonathan se sentó frente a él con cara de preocupación.

—¿Te pegaron?

—Sí, claro que me pegaron. Por eso me he puesto en alerta con ese chico. Antes, ya sabes, era cosa de críos. Aunque tengo que decir que, cuando mi madre se enteró, se armó un buen cacao.

—Le brotó una sonrisa en los labios—. Removió cielo y tierra, le puso una denuncia a los imbéciles que me pegaban y casi le arranca los pelos a sus madres.

—¡Mi heroína! —Jon alucinó—. Yo solo tuve un problema con un chaval del que andaba colado. Lo pillé con otro y me amenazó... —Se echó a reír—. Si me viera ahora seguro que besaría el suelo por donde piso... Pero ya te tengo a ti, que literalmente me lames los pies...

—Dios mío... —gimió Pablo, avergonzado—. Dejemos eso en la intimidad, te lo ruego.

—Bueno, ¿vienes a casa hoy? Hazme la cena, tengo mucho trabajo.

—¿Eso es una orden, mi señor?

—No, solo una petición de un pobre programador que está hasta la polla de picar código y ni tiempo tiene de hacerse la comida. Un par de días más y habré terminado.

Pablo cerró la carpeta con los ejercicios a medio corregir y se levantó para meterla en su maletín, junto con el portátil.

—Hago la cena, un masaje y lo que mi señor quiera.

Jon lo abrazó con fuerza y cariño, meciéndose hacia los lados.

—Eres el mejor. —Besó una de sus orejas de soplillo—. Ojalá pudiéramos estar juntos cada noche... —Suspiró.

Pablo sintió una sensación de calor dentro de él y le ardieron las mejillas. Era muy pronto para proponerle algo tan serio como que se fuera a vivir con él. Tuvo miedo de expresarlo, así que se contuvo.

<♥+♥>

El domingo por la tarde de aquella semana, Pablo y Jon volvieron a Chueca, solo que para encontrarse con los tres mejores amigos del matemático en la cafetería de siempre.

Aparecieron en el local bien cogidos de la mano, Jon a la izquierda como dom que era, y Pablo a la derecha, caminando un poquito por detrás. Adoptaron el protocolo de nivel bajo ya que estaban en público.

En aquellos casos, Pablo podía hablar con los demás sin restricciones, moverse con cierta libertad, aunque siempre a expensas de Jon, hablarle con cuidado a este, y hacer lo que él le pidiera de forma velada. De esa manera le había abierto la puerta de la cafetería y se sentó donde el rubio le indicó. De todas formas, Jon era tan tierno que nadie se habría dado cuenta, pues también estaba pendiente de que Pablo se sintiera seguro y a gusto.

—Ya los conoces, pero no me hago responsable de sus burradas, en especial por parte de Cris.

—Estoy curado de espanto, no sufras, cariño. Por cierto, quiero esto. Y añade lo que te apetezca —agregó mostrándole la carta—, que te invito.

—Sí, mi señor. —Se puso en pie para pedir en barra.

Jon se quedó mirándolo con carita de amor. Estaba deseando vivir con él. Sin embargo, creyó que para Pablo podría ser algo precipitado. Aunque, ¿dónde ponía que no se pudiera iniciar una relación y directamente convivir? Ambos eran adultos responsables de sí mismos y totalmente funcionales.

—¡Hola! —Un chico regordete con barba saludó a Jon—. Soy Cris, ¿me recuerdas?

—¡Por supuesto! Eres el escritor. —Jon se puso en pie y le dio la mano—. Por favor, siéntate. Pablo está pidiendo.

—Sí, lo he visto. Nacho e Íñigo llevan retraso.

Se arrellanó al lado de Jon, que lo miró risueño.

—Te veo un poco distinto a aquella vez en Alcalá.

—Pues sigo igual... —Se mesó la barba.

—Es en la expresión de tu cara. No sé, soy muy intuitivo.

Cuando Cris fue a hablar de que había avanzado mucho con su propia novela y a contarle que la nueva cafetería a la que iba estaba muy bien, en especial por su simpático dueño, apareció Pablo para cortarle el rollo.

—Hombre, el tragaldabas del grupo. A ver, no te pegues tanto a mi novio —le dijo

empujándolo a un lado para meterse en medio, en el lugar que le correspondía por derecho propio. Dejó sobre la mesa el té de Jon, infusionando, y su propio capuchino con nata montada.

—¡Santo Cielo! Pablo Rojas con un capuchino enorme y no un anodino café. Chico rubio, ¿qué le has hecho? —se burló—. ¿Has vuelto humano a este androide?

—Ojo, tu amigo tira a matar, ¿eh? —Jonathan se partió la caja de risa mientras Pablo le servía el té con diligencia, algo que como sumiso hacía con gran placer.

—Tiene la lengua viperina, como buena serpiente que es. Qué te den, Cristian.

—Ya me gustaría, ya... —respondió Cris pensando en «el dueño bombonazo de la cafetería nueva» y en esa sonrisa preciosa que tenía.

—¿Qué te pasa? ¿Y esos ojillos tiernos? —quiso saber Pablo, curioso.

—He conocido a un chico maravilloso, ¡pero no hay nada entre nosotros! —aclaró por si las moscas—. Nos hemos hecho muy amigos y hornea unos sobaos pasiegos que están para chuparse los dedos.

—Te ha conquistado por el estómago, ¡qué bien! —Jon aplaudió, emocionado con el chismorreó.

—Solo es un amigo, no puede haber nada entre nosotros.

—¿Por qué? ¿No le van los chicos?

—No lo puedo afirmar, pero no lo creo. Además es musulmán y ya sabéis... No es algo que en su religión esté bien visto aunque estemos en España.

Justo en ese instante aparecieron Nacho e Íñigo. Este último con gafas de sol y una gorrita para que no se le reconociera en público. Su última serie estaba teniendo un tirón considerable en la plataforma de *streaming* más famosa y había aumentado su popularidad.

—¡Ey! —Cris llamó la atención de ambos con la mano alzada.

Estos saludaron a Jon y se sentaron junto a Cris, que se fijó en que Nacho tenía unas ojeras que le llegaban al suelo. No iba a hacer ninguna chanza de las suyas porque la razón de que estuviera así no era otra que la ruptura definitiva con su expareja. De hecho, se había mudado a casa de Íñigo para tener un poco de paz y un espacio propio donde no ser molestado, poder guardar sus cosas y pensar en el camino que quería recorrer en solitario.

Pablo tomó la mano de su primo y se la apretó pues ya sabía lo sucedido: ella lo había dejado, él luchado por recuperarla sin éxito. Cuando el amor se agotaba no quedaban más que recuerdos bonitos que se volvían dolorosos y un pensamiento autodestructivo de lo que pudo haber sido y nunca sería. En esos momentos, la persona no era capaz de ver que acabaría por salir del agujero negro y que tiempos mejores estaban por llegar. Ante todo debía recuperar su amor propio, porque Nacho valía oro y alguien lo vería así, como una gema preciosa a la que amar. El Fénix renacería de sus cenizas más grandioso que nunca.

—Pues estoy encantado de conoceros oficialmente —afirmó Jon, ya al tanto del drama de Nacho—. Espero que me aceptéis como pareja consorte de Pablo.

—Este tío me cae bien —afirmó Cris—. ¡Y es guapo! Pablito, y parecías tonto... Con los gustos de mierda que has tenido.

—Pues han cambiado —gruñó.

Jon deslizó la mano por su cintura, lo apretó contra sí y le dio un beso en la mejilla de una

forma tan natural que Pablo fue incapaz de no sonreír de felicidad.

—Me alegro por ti, primo —dijo Nacho—. De verdad, te lo merecías.

—Gracias, Nacho. Tiempo al tiempo, ¿de acuerdo?

—Lo sé. Además, Íñigo está en todo. —Miró a su amigo y le sonrió. Este le devolvió la mueca mientras se despojaba de las gafas de sol.

—Estoy viendo tu serie. Me gusta mucho que hayas cambiado de registro, el *thriller* se te da muy bien y hacer de policía encubierto. ¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Jonathan.

—Dispara.

—¿Rodar las escenas sexuales con la otra actriz protagonista son incómodas?

Íñigo se echó a reír.

—La verdad es que sí, siempre me han resultado súper incómodas de rodar. La gente cree que soy una especie de Don Juan, pero la verdad es que ya me cansé de eso hace tiempo... —carraspeó mirando de reojo a Nacho, con un suspiro.

—La fama te precede, Íñigo. No te veo con pareja seria, ¿eh? ¿Cuántas novietas has tenido ya? —Cris lo chinchó.

—No te voy a contar nada, porque luego lo usas para tus novelas. Jon —dijo girándose hacia él—, no se te ocurra hablarle a este tipejo de tu vida amorosa con Pablo. Es como un ave carroñera.

—Los escritores somos así. —Se rio a carcajadas y Jon con él.

Pablo se puso contento al ver que se integraba de forma tan natural entre sus amigos y que encajaba con ellos.

El resto de la tarde la pasaron charlando, contándole a Jon toda clase de anécdotas sobre Pablo y hasta Nacho se animó un montón, cosa que los alegró a todos.

Al pobre Íñigo lo interrumpieron un total de ocho ocasiones para que firmara autógrafos y se hiciera fotos con sus fans, pero a nadie le molestó.

—A veces cansa, pero quién sería yo sin ellos: nadie —concluyó tras despedir a un par de chicos que se habían ido súper felices tras conseguir hablar con él y llevarse un recuerdo.

—Eres un tío muy modesto. Me caes bien. ¿Colaborarías conmigo en un proyecto que tengo en mente? No te puedo pagar mucho.

—Me ofendes, ni se me ocurriría cobrarte —le respondió.

—Bueno, es para la intro de un videojuego que estoy pensando en crear. Sería una *reel* y si encuentro financiación, pasaría a hacer una versión alfa del proyecto... En definitiva, tendrías que poner la voz del narrador.

Casi todos se quedaron atónitos con el lenguaje que había usado, pero Íñigo sonrió entendiendo todo porque era actor de voz.

—Será un verdadero placer ayudar al hombre que le ha reblandecido el negro corazón a uno de los capullos que más quiero. Súper gratis.

—¡Genial, tío!

—No sé si esto es halagador u ofensivo... —comentó Pablo.

Jon lo apretó más contra sí y lo sujetó del mentón para que lo mirara.

—Tienes unos amigos cojonudos, no seas tan malo con ellos.

—¡Eso! ¡Hazle caso al pobre hombre que te soporta! —exclamó Cristian.

—Sí, mi señor... —respondió Pablo mirando los ojos de Jon—. No seré tan malo.

—Así me gusta. —El rubio lo besó en los labios dos veces.

Ninguno se dio cuenta del rollito que se traían.

—Nos tenemos que ir, lo siento mucho —interrumpió el actor—. Mañana me levanto a las cinco de la mañana para rodar y tenemos que hacer la cena. ¿Verdad, Nacho?

—Yo te la preparo, qué menos. Vamos, pues. Nos vemos, Pablo. Ha sido un placer, Jon.

—Igualmente. Nos veremos en una de esas tremendas comidas que hace tu padre.

—No comas por lo menos en los dos días previos, lo digo por tu bien. Hasta pronto.

Ambos amigos se pusieron en pie y se despidieron tras abonar su parte de la cuenta. Íñigo le pasó el brazo por los hombros a Nacho en señal de apoyo moral.

—Pobre Nacho... —susurró Cris—. Pero bueno, ella se lo pierde. En fin, yo también me voy. Tengo que trabajar un poco, he de entregar en una semana una novela finalizada. Sale para la Feria del Libro de Madrid, y la *influencer* en cuestión ha de ir a firmar mi libro como churros.

—Suerte con el chico de los sobaos pasiegos —lo animó Jon.

—No caerá esa breva. Me vale con su amistad y los dulces que prepara. —Se rio, pero en el fondo estaba coladito como un tonto por aquel bombón—. Hasta la próxima, pareja de cuatros.

Después de aquello, Cris se marchó y los dos tortolitos se quedaron a solas.

—¿Lo he hecho bien? —indagó Jon.

—Claro que sí. No le puedes caer mal a nadie, solo a mí y solo al principio.

—Pablo. —Lo miró con seriedad—. Te voy a dar una orden tajante y quiero que la cumplas sin rechistar.

Este se quedó pasmado ya que lo había dicho en voz alta y delante de otras personas.

—S-sí, mi señor... —tartamudeó tragando saliva, con el corazón a mil por hora, ansioso por cumplir todo lo que le pidiera.

—Hazme sitio en tu casa, porque me voy a vivir contigo. No pienso perder el tiempo ni un minuto más. ¿Lo has entendido con claridad, amor mío?

Pablo emitió un suspiro largo, cerró los ojos, sonrió y asintió con la cabeza. La dicha que sintió fue tremenda.

—Sí, mi señor...

<+Cap/15>



Cuando abrió los ojos, Pablo sintió que algo le molestaba en la muñeca derecha. Observó que la tenía esposada al dosel de la cama. Jon roncaba a su lado, con el brazo encima de él. Giró el cuerpo con cuidado y se quedó mirando a su rubio espectacular. Este lo había esposado en algún momento de la noche y eso le encantó.

De pronto sonó la alarma del móvil y Jonathan se despertó, desperezándose y apagándola. Se sentó al lado de Pablo y lo sujetó al dosel por la otra muñeca sin decirle ni una sola palabra. Acto seguido despojó a su compañero de los calzoncillos y se quitó los suyos. Jon tenía una tremenda erección mañanera y no pensaba desaprovecharla.

Pablo quiso reprenderlo porque iban a llegar tarde al trabajo, pero no podía desobedecer una orden silenciosa. Jon tampoco es que le dejara hablar con tantos besos y tan profundos. Enseguida se excitó —como para no hacerlo— y gimoteó de placer, suspirando y jadeando. Jon le pellizcó los pezones con fuerza a la vez que le lamía la epidermis, bajando hasta su erección. Cuando el rubio se la metió en la boca, Pablo se contrajo de complacencia.

Por su lado, Jonathan lo sujetó por los muslos velludos y le hizo una felación lenta al principio, jugueteando con la lengua y succionando. Después de eso masturbó su sexo duro con la mano, de forma enérgica. No se detuvo hasta que Pablo se tensó, levantando la pelvis y eyaculando en su garganta. Se lo tragó como siempre, porque era algo que le encantaba. Aprovechó para amasarle las nalgas y darle lametones en los muslos, bajando la juguetona lengua hasta los testículos, mordisqueándoselos con los dientes, fuerte. Pablo aguantaba como un campeón el dolor, jamás había tenido que decir la palabra de seguridad, aunque Jon procuraba ser cuidadoso.

—Te voy a empotrar hasta que el cabecero rompa la pared, ¿me oyes? *Shhh*, ni una palabra, solo quiero oírte gemir cuando te la meta hasta el fondo y te rompa de placer.

Pablo asintió con la cabeza. Cerró los ojos y dejó que su amante lo lubricara con un gel caliente, uno que le quemaba siempre por dentro, que le ardía hasta conseguir que llegara al culmen.

Jon sujetó a Pablo por las estrechas caderas, fue introduciendo su sexo, duro como una barra de acero, y se acomodó entre sus piernas. Después tomó a su hombre por la nuca, atrapó esos labios ansiosos y comenzó a empujar con la pelvis. Él también sintió el gel arder y querer frotarse más y más...

Ambos jadearon, el cabecero sonó una y otra vez contra la pared. Pablo rodeó la cintura de Jon con las piernas temblorosas y sintió dolor en las muñecas, mucho dolor. Pese a ello, aguantó porque lo único que quería era que Jon se corriera dentro de él. Llegar tarde al trabajo le dio igual, lo olvidó todo, solo sintió un placer más allá de lo imaginable, solo uno que Jon era capaz de proporcionarle.

—Te quiero, oh, Dios... Te quiero... —gimoteó Jon, deleitándose—. Me voy a correr, jod...

Eyaculó corriéndose de gusto, besando a Pablo, depositando un último jadeo en su boca abierta. Con cuidado se apartó y acarició los muslos de Pablo, que temblaban. Luego vio la

sangre en una de las muñecas de su pareja y se asustó.

—¡Joder! ¿Por qué no has dicho la palabra de seguridad? —Jon estaba muy preocupado.

—Quería que terminaras a gusto —se excusó.

Sin mayor dilación, Jon buscó la llave debajo de la almohada y le abrió las esposas, tapando el corte con la sábana en cuanto Pablo tuvo las extremidades libres.

—No, no. Mi placer no tiene que estar jamás por encima de tu umbral de dolor. ¿Lo has entendido? Por favor, prométeme que la próxima vez dirás la palabra.

—Perdóname, te lo prometo... No te desobedeceré más...

—Así me gusta, que sigas mis órdenes.

Jon se lo llevó en brazos hasta el baño y abrió el grifo de la bañera. Se ducharían, le curaría y se irían a trabajar.

Ambos se introdujeron dentro y Jon se ocupó de asear bien a Pablo, en especial tuvo cuidado con esas muñecas doloridas.

Lo secó, le puso un poco de Betadine y una venda.

—Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana... —Besó sus manos con delicadeza y cariño.

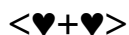
—Yo también te quiero, Jonathan...

—Mira que eres malo. Ahora tendré que pensar en un castigo acorde... —Rumió un poco y llegó a una conclusión—: te toca hacer la cena a ti durante toda la semana.

Pablo sonrió. ¡Menudo castigo! Hacerle la cena a su novio. Era un vainilla adorable.

—Llegamos tarde —le recordó—, así que podemos desayunar en el colegio si quieres. Estaré bien, de verdad...

Jon hizo un puchero y luego sus labios se curvaron hacia arriba justo antes de darle un beso a su hombre.



El problema de acoso escolar había ido escalando durante esa semana. Jaime no quería decirle a su tutora, a Ana, a la directora y a sus padres quiénes eran los alumnos que lo estaban molestando e, incluso, le habían hecho daño físico, no solo moral. Negaba una y otra vez que hubiese pasado algo, pese a las pruebas médicas. Tenía un enorme moretón en el estómago, debido a un puñetazo, y verdugones en forma de dedos en el cuello.

Pese a la investigación del caso y a los comentarios de Pablo sobre quiénes podían ser los causantes del acoso, siguieron sin tener pruebas fehacientes y no se podía acusar a los dos alumnos presuntamente implicados.

El mismo Jon estuvo pendiente de aquellos dos bandarras, pero los muy ladinos anduvieron con cuidado y no se acercaron a Jaime... O sí, pero sin que nadie se diera cuenta. En un aseo, en una esquina oscura, durante un cambio de clases, que era cuando más barullo se daba...

Esa misma jornada, a las doce del mediodía, Ana iba a impartir en el salón de actos una charla sobre el acoso, los acosadores y las víctimas, con el objetivo de garantizar la seguridad y el bienestar de los estudiantes afectados. Ella ofrecería los recursos necesarios de apoyo psicológico y emocional para ayudar a sobrellevar este tipo de situaciones para evitar males mayores, como la terrible lacra del suicidio juvenil.

El problema llegó cuando Jon dio su asignatura a la clase de 3.º y Charli se dedicó a interrumpirlo constantemente. Fue curioso, porque el propio Toni le instó a parar, pero su amigo le ignoró.

—¡Tu clase es una mierda! —chilló Charli.

Jon se quedó de piedra. Solía portarse mal, pero no tanto.

—¿Qué has dicho? Tienes otra oportunidad, estás avisado.

—Tu clase es una putísima mierda —reiteró con parsimonia y una sonrisita de suficiencia.

—Carlos, coge tus cosas y sal de clase. No te muevas del pasillo en los cinco minutos que quedan, porque luego vamos a tener una conversación tú y yo que no te va a gustar nada —ordenó tajante.

Charli, ni corto ni perezoso, hizo lo que se le pidió sin rechistar. Hasta Toni se quedó perplejo. A Jon no le pasó por alto que el amigo de fechorías también estuviera extrañado.

—Antonio, después me esperas fuera también.

—Yo no he hecho nada.

—Te esperas a que yo salga, te he dicho, no te vayas con los demás cuando acabe la clase. Punto.

—Vale —claudicó el chaval. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Como voy a hablar con Carlos y Antonio, quiero que vayáis vosotros solos a la charla de la profesora Ana. ¿Lo habéis comprendido? —Jon usó un tono de voz que dejó a todos bastante asustados.

Afirmaron sin rechistar y Jon les ordenó apagar las *tablets*, ir recogiendo sus enseres y salir.

Luego llamó a Pablo para comentarle que llegaría un poco tarde a la disertación contra el acoso escolar, porque iba a intentar algo para pillar a quiénes le estaban haciendo aquello a Jaime.

—¿Estás seguro? Es mejor seguir el protocolo —le advirtió el matemático.

—Voy a investigar, simplemente. Eso también es parte del protocolo.

—Pero doña Mercedes no te ha pedido que lo hagas.

—Bueno, de mi tía ya me encargo yo.

—Sé prudente, ¿de acuerdo?

—Lo seré —le aseguró antes de colgar.

Cuando Jonathan salió al pasillo, solo estaba Toni.

—¿Y Carlos?

—No lo sé, profe. De verdad, no lo sé... Últimamente hace cosas raras y me pide que lo cubra. —Pareció asustado.

—¿Raras en qué sentido?

—Llega tarde después de los descansos... Yo qué sé... Creo que va a fumar.

Jon pensó más bien que iba a pegar a Jaime. Luego acompañó a Toni hasta la sala de actos y lo llevó con el resto de compañeros. Después buscó con la mirada a Charli y a Jaime. Este último se había sentado junto a los de su clase.

Su tía y todos los profesores estaban aposentados en la primera fila, incluido Pablo, mientras

Ana preparaba el Power Point. Los alumnos, por su lado, cuchichearon a la espera de que comenzara lo que, para ellos, era un sermón aburridísimo.

Hacía años que en San Gerónimo de Sotomonte no se daba ningún tipo de problema relacionado con el acoso escolar, algo de lo que Mercedes se enorgullecía, y la charla se impartía siempre al principio del curso. Sin embargo, dadas las circunstancias, fue necesario repetirla.

Jon fue hasta Pablo y le susurró al oído:

—Carlos me ha dado esquinazo y Antonio me ha dicho que lleva tiempo haciendo cosas raras. Voy a buscarlo.

—De acuerdo. Llámame si surge algún problema, no lo quieras hacer tú solo. Por favor... — Sonrió a Pablo con cariño y le tocó la muñeca herida.

Mercedes miró a su sobrino con cara de circunstancia, como queriendo saber qué pasaba. No obstante, el hombre le hizo una señal para que se quedara tranquila y luego se fue, pero ella ya estaba con la mosca detrás de la oreja. Le habían llegado ciertos rumores de que Pablo y él mantenían algún tipo de relación que no atinaba a catalogar. Su hermano se había negado a hablar de la vida privada de Jon.

—Pablo, ¿qué sucede? —Se sentó a su lado y este se vio en la tesitura de ser sincero.

—Uno de los chicos que creemos que es responsable... Bueno, no ha venido, no sabemos dónde anda. Jon ha ido a buscarlo.

—Mi sobrino no aprende —gruñó—. Debe dejárnoslo a nosotros.

—Lo hace con buena intención —intentó defenderlo.

—Hoy quiero hablar con vosotros dos en mi despacho. Es un asunto serio. —El tono fue tan seco y el rictus de sus labios tan duro, que Pablo tragó saliva, nervioso.

—Por supuesto, doña Mercedes.

Ana comenzó a hablar y la directora no tuvo más remedio que dejar la conversación ahí.

—Buenas tardes, profesores, profesoras, alumnos y alumnas de San Gerónimo de Sotomonte. Esta charla que vamos a repetir hoy es por una buena razón: un alumno está siendo acosado y es importante recordar que el acoso escolar es un problema serio y que hay recursos y apoyo disponibles para quienes lo necesiten. Además, estamos preparando una serie de talleres con el fin de fomentar un ambiente de respeto y empatía. Nunca tengáis miedo de denunciar si estáis siendo acosados, porque se tomarán las medidas pertinentes para que no vuelva a suceder. En este colegio queremos que haya una convivencia sana y estamos seguros de que vosotros también, igual que la quieren vuestros padres. Por esa razón los convocaremos antes de que termine el curso para informarlos de todo lo necesario. Ellos os ayudarán, tanto a los que vais a dejar el colegio y seguir con vuestros estudios en otros centros, como a los que vais a permanecer aquí hasta terminar la secundaria.

Rato después, una alumna se acercó al matemático a pesar del apuro que le daba interrumpir.

—Cristina... —susurró este al verla. Se puso en pie y se la llevó al fondo del salón de actos—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Don Rojas, es que el chico ese, Jaime... El que dicen que acosan. Se ha ido...

—¿Cómo? —Pablo se quedó estupefacto. Luego se alarmó.

—Ha dejado la mochila en su asiento y se ha ido llorando un montón.

—¿Qué sucede? —Quiso saber la directora tras acercarse a ellos.

—Jaime Rodríguez ha salido del salón de actos. Voy a buscarlo, tal vez haya ido al aseo...

—Está bien, puedes ir.

Cristina lo guió hasta el asiento donde había estado sentado Jaime. El profesor cogió la mochila con todas sus cosas.

—Cristina, vuelve a tu asiento, ¿de acuerdo? No comentes nada con nadie. Muchas gracias por el aviso.

—De nada, es que le he visto muy mala cara...

Pablo salió escopetado y abrió la mochila. Dentro estaba el móvil de Jaime, así que lo desbloqueó con facilidad ya que los alumnos tenían prohibido ponerle un bloqueo de cualquier tipo. No encontró nada de particular, salvo una llamada perdida de un teléfono que no estaba agendado. Hacía tan solo ocho minutos que había sido realizada. Devolvió esa llamada y le respondió la voz adolescente de otro chico:

—¿Dónde estás? No te veo. —Pablo se quedó callado para comprobar si decía algo más—. ¿Jaime? ¡No me jodas y ven de una puta vez! Así podremos estar solos... —El profesor se mantuvo en silencio—. ¡Como no vengas te juro que te doy una hostia como la última vez!

Pablo colgó y se detuvo un momento a mirar en la mochila de Jaime, rebuscando cualquier cosa que le ofreciera una pista. En una de las libretas leyó algo perturbador:

No lo soporto más, quiero volar lejos de esta mierda. Perdonadme, papá y mamá. Os quiero mucho.

—¡Joder, joder!

Pablo corrió con todas sus fuerzas hacia donde estaba la bedel, sentada en su despachito ojeando una revista. Al verlo con el rostro rojo y desencajado se sorprendió.

—¡Deme la llave de la azotea! —exigió con urgencia.

—¿La llave...?

—¡Vamos! —apremió.

Ella se la tendió sin rechistar y lo vio correr escaleras arriba como un desesperado.

<♥+♥>

Jon, tras hablar con Pablo, continuó buscando a Charli. No estaba en ninguno de los baños comunes, de ninguna de las plantas, tampoco en alguna clase —todas tenían echada la llave— así que lo único que le quedó por revisar fueron los exteriores. Anduvo hacia donde Pablo había visto a Jaime llorando y se acercó sin hacer ruido, escondido tras los arbustos. Allí estaba Charli fumándose un cigarrillo como si tal cosa. Lo vio nervioso mirando el móvil. De pronto le sonó.

—¿Dónde estás? No te veo. —Miró en diversas direcciones—. ¿Jaime? ¡No me jodas y ven de una puta vez! Así podremos estar solos... —Hubo un silencio algo largo—. ¡Como no vengas te juro que te doy una hostia como la última vez! —bramó con rabia.

Luego tiró el cigarro, pisoteándolo. Lo recogió y se lo guardó en los pantalones grises del uniforme. Dio vueltas, nervioso.

Jon salió de su escondrijo y fue directo hacia él. Cuando Charli lo vio se quedó helado sin

poder reaccionar. El profesor sabía muy bien que no podía tocarle un pelo, pero se impuso físicamente gracias a su metro noventa. Miró al chico con cara de ogro.

—¡Carlos! ¿Estabas hablando con Jaime? ¡No me mientas!

—¡Sí, qué pasa! —Se hizo el chulito aunque casi se estuviera meando encima.

—¿Qué le has hecho?

—¡Nada!

—¿Has quedado aquí con él?

—Sí... —gimió enrojeciendo.

—¿Para qué?

—¡No te importa una mierda para qué!

—Claro que me importa. Ese chico está muy mal, con ansiedad, golpes y magulladuras. ¿Es que no te das cuenta de que te hemos pescado? —Se tiró un farol aunque no sabía que Pablo sí lo había pillado de verdad—. Acosar a alguien es algo horrible. ¿Te crees que no te van a denunciar los padres de Jaime? Claro que lo harán.

—J-Jaime y yo... —empezó a tartamudear al verse sin salida.

—¿Jaime y tú, qué...?

—Yo no soy marica, ¿vale...? Pero él quería besarme y le dejé. ¡Tuve que pegarle porque insistió demasiado! ¡Me acosa!

—¿Perdona? —Jon pestañeó, incrédulo—. Vamos a contárselo a la directora ahora mismo, venga.

El rubio lo espetó para que anduviera hacia el despacho de su tía mientras telefoneaba a esta.

—Sí, he encontrado a Carlos, lo llevo a tu despacho. *Okey*, nos vemos allí. —Colgó y miró la espalda de Charli.

Estaba segurísimo de que lo que había dicho era una mentira tremenda. Pero ya lo acorralaría cuando sus padres estuvieran presentes y les dijera que había escuchado lo que aquel pieza había soltado por teléfono, además de pillarlo fumando.

Con suerte conseguirían que, al verse liberado del acosador, Jaime pudiera confesar la verdad.

<♥+♥>

A Pablo no le hizo falta usar la llave de la puerta que daba al techado del edificio. La portezuela estaba abierta, forzada con un destornillador que descansaba en el suelo, junto con la cerradura rota.

Buscó a Jaime y lo encontró sentado en un murete que daba al vacío, con las piernas colgando hacia fuera. Cuando el chaval lo vio se quedó petrificado.

—Jaime... ¡No lo hagas!

—¡Estoy harto de vivir! —El muchacho sollozó a lágrima viva—. ¡Quiero que me dejen en paz! ¡Todos!

—Por favor, por favor... —Pablo caminó poco a poco, acercándose unos pocos metros.

—¡No! —gritó Jaime.

—Bájate, por favor. Hemos pillado al que te hace esto. Es Charli, el otro chico de 3.º ¿Verdad? —se la jugó al decir aquello.

Jaime bajó la cabeza y se secó las lágrimas y los mocos con el polo blanco del uniforme. Pareció dudar.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —Había acertado de pura chiripa.

Jaime se dio la vuelta, asustado, y se dejó caer sobre el suelo sucio de la terraza. Le temblaron tanto las piernas que se deslizó de culo.

Pablo corrió hacia él, lo abrazó con toda la fuerza del mundo y el corazón a mil por hora.

—Dime qué te ha hecho, no te dé vergüenza. No te preocupes.

—Al principio me molestaban Charli y Toni llamándome maricón. —Sollozó con fuerza—. Me dijeron que me pegarían por ser marica, me asusté y me fui...

Aquello fue lo que Pablo había visto.

—Fui testigo de ese momento, Jaime. Y por eso comenzamos a investigarlo. ¿Y qué más ha pasado? —No dejó de acariciarle el pelo para que se tranquilizase.

—Charli... él... Insistía en verme a escondidas y me obligaba a besarlo. Cuando me harté y le dije que no, me pegó en el estómago y me hizo mucho daño en el cuello. —Porrumpió en sollozos—. Soy gay, sé que es horrible. ¡Pero Charli no me gusta! —gimió con fuerza y rabia—. ¡No me gusta y prefiero morirme a que me toque!

—Tsss... —susurró Pablo con suavidad—. No te va a tocar más, te lo prometo. Y escúchame bien, ser gay no es nada horrible.

—Sí lo es... —jadeó tosiendo por la llantina.

—No lo es. Yo soy gay y no pasa nada.

—¿Qué?

—Yo soy gay y no pasa nada —repitió con una sonrisa en el rostro—. Tenemos los mismos derechos que todo el mundo. No somos raros, ni diferentes, solo somos personas a las que nos gustan los de nuestro mismo sexo.

—¿De verdad es usted gay?

—Sí, y mi novio es el profesor Jonathan. ¿Ves?

—¡Oh! —El chaval se quedó asombrado—. Oh...

—Escúchame bien: nadie tiene derecho a tocarte si tú no quieres. De ninguna forma, en ningún caso, jamás.

—Lo sé... Pero ya no sabía qué hacer. Tenía miedo, solo quería dejar de sentirme como una mierda, dejar de estar agobiado, dejar de sentir dolor por dentro...

Pablo lo volvió a abrazar contra sí cuando se puso a llorar de nuevo.

—Estás a salvo...

<+Cap/16>



Aislaron a Jaime hasta que sus padres fueron a por él, asustadísimos. El chico les pidió perdón por lo que había pretendido perpetrar y estos no dudaron ni un instante en apoyarlo, como siempre. Agradecieron a Pablo lo que había hecho por su hijo y Mercedes los instó a que pusieran la denuncia pertinente al saberse con seguridad quién era el acosador.

Jaime podría volver al colegio cuando se sintiera preparado para ello. Su tutora se encargaría de enviarle todos los ejercicios y el temario para que fuera avanzando en casa. Era importante que, a la altura que estaban del curso, no se descolgase. Pero lo primero era tratar la depresión que sufría el chico.

En cuanto a Charli, la cosa no fue demasiado bien. Tenía que esperar a que su padre llegara. La madre vivía en Sevilla, por lo que no acudiría. Durante ese tiempo tan largo, Ana estuvo con él intentando que entrara en razón y dijera la verdad.

—Carlos, no me sirve que te cruces de brazos y lo niegues todo.

—No pienso decir nada sin la presencia de mi abogado —bromeó con guasa, como si todo le importara una mierda.

—Me parece correcto que prefieras esperar a tu padre. De hecho, será lo mejor ya que eres menor y él es tu tutor legal. Mientras tanto voy a escribir el informe de lo que le ha pasado a Jaime... —dejó caer sin dar detalles.

La cara de Charli cambió de golpe y se volvió ansiosa.

—¿Qué le ha pasado?

—No te lo puedo decir, lo siento.

—¿Qué le ha pasado! —exigió removiéndose en su asiento.

Ana tomó su móvil y habló un momento con Mercedes para pedir que acudiera a su despacho si le era posible. Unos quince minutos después apareció junto con Pablo y Jon.

Charli miró el rostro cabreado de Jonathan, la expresión seria del profesor de matemáticas y la dureza en el rictus de la directora. Casi se orinó encima, acojonado. Y lo peor: su padre iba a llegar tarde o temprano y entonces sabría lo que era bueno.

—Carlos se ha puesto un poco agresivo y es mejor que estemos con él para que se tranquilice.

—¿Quieres agua? —le preguntó Mercedes en tono neutro—. ¿Necesitas algo? ¿Te sientes mal?

—N-no...

Mercedes salió cuando recibió una llamada de la bedel. A los pocos minutos reapareció junto al padre de Carlos.

El hombre miró a su hijo con una mueca de decepción, negando con la cabeza como si no quisiera admitir que su hijo fuera un acosador.

—Señor de la Rosa, siéntese al lado de su hijo, por favor —rogó Mercedes con mucha educación—. Tenemos que tratar temas muy graves y necesitamos la colaboración de ambos.

El padre de Carlos se giró hacia su hijo, el cual no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Quiero que cuentes la verdad. Y no digas ni una sola mentira, porque será peor para ti. Por si no lo sabes, la familia de ese pobre chico nos va a poner una denuncia.

Charli tembló de pies a cabeza.

—Yo... —comenzó a decir—. Yo soy el acosado. Jaime es un mentiroso.

Pablo intervino sin dudar:

—Permítanme que discrepe. Carlos, la conversación telefónica unidireccional de hace un rato la escuché yo, no Jaime.

El chico lo miró con cara de horror.

—Y yo te oí decir todo eso justo antes de que me vieras aparecer —añadió Jon.

—¡Mentira! —negó el chico, empecinado en no admitir la verdad.

—Estabas fumando. Tienes los restos del cigarrillo en el bolsillo izquierdo, así que sácalos de ahí.

Carlos se puso lívido y más cuando su padre rebuscó en ese bolsillo y dio con el cigarro.

—¿Me has robado tabaco? Dios...

—Yo, papá, yo es que...

—Carlos —lo mentó Pablo—. Os vi a ti y a Antonio cuando ibais a pegar a Jaime y no se presentó a la cita —explicó el matemático—. Salió corriendo en cuanto os escuchó. Ese fue el momento en el que nos alarmamos y nos pusimos a investigar.

—¡No me puedo creer que hayas hecho algo así! Esto es vergonzoso. —El señor de la Rosa se llevó una mano a la frente, agobiado, mientras miraba a su hijo—. Di la verdad —exigió.

Carlos se echó a llorar largo rato. Sus hombros se convulsionaron y terminó por agarrarse del pelo y estirarlo. Entre su padre y Ana le arrancaron las manos de allí e intentaron que se calmase hasta que dejó de hiperventilar.

—No soy marica, papá —sollozó—. No soy marica, de verdad...

—¿Pero qué dices, hijo?

—Q-que no... Que no entiendo... No entiendo por qué me gusta Jaime. Solo quería besarlo y él no me aceptaba. Me dio rabia y le pegué —confesó por fin.

—A ver, hijo. No pasa nada porque te gusten los chicos, no pasa nada... —Lo estrechó contra sí para sorpresa de Carlos—. Pero lo que no puedes hacer es obligar a otro niño a que haga lo que tú quieras. Yo no te he educado de este modo. Dios mío, tiene que ser culpa mía... Trabajo demasiado, no te presto la suficiente atención... Lo siento tanto... —El hombre también se puso a llorar sin soltar a su hijo.

Pablo miró a Jon con cara de lástima. No solo por la situación, sino también por Carlos ya que no parecía ser capaz de discernir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo que era consentido y no, entre los sentimientos puros y causar daño.

Se tocó la muñeca dolorida y entendió mejor las cosas. No volvería a anteponer lo que hacía con Jon a su propio bienestar, porque se causaba daño a sí mismo y a su pareja. Aunque fuera consentido, también había unos límites que respetar.

—Carlos... —susurró Pablo—. Como te ha dicho tu padre, ser gay no es nada malo. Jon y yo somos pareja y estamos felices juntos —confesó delante de todos.

Mercedes no mudó la expresión, pero Ana abrió mucho los ojos y Jon carraspeó, poniéndose rojo.

—¿En... serio? —preguntó el chaval.

—En serio —respondió el matemático mientras Jon afirmaba con la cabeza—. Y ambos hemos tenido que soportar vejaciones en nuestras épocas de instituto, de otros chicos que, como tú, no han querido aceptar la diversidad que existe. Al final lo que has hecho es ser como ellos y hacer daño a otra persona. Tienes que ser consciente de que no puedes obligar a nadie a hacer lo que tú quieras, y mucho menos si hablamos de besos, de tocamientos o de sexo.

—Solo nos besábamos. N-no pretendía nada más, solo saber qué se sentía porque Jaime me gusta mucho... Y también las chicas me gustan, pero Jaime más... —jadeó por el esfuerzo de la confesión.

—Hijo, tienes que comprender que a ese chico no le gustas tú —intervino su padre—. Lo has acosado sexualmente, eso no puede ser. ¡Nunca más!

—No lo haré más, lo juro... —gimoteó.

—Es importante que lleve a su hijo a un psicólogo —recomendó Ana—. Y que entienda bien las cosas.

—Lo llevaré, lo haré, no se preocupen. Dios mío...

—Perdóname, papá....

—A quien tienes que pedirle perdón es al otro chaval, ¿entiendes? Pero ya me encargaré yo de hablar con sus padres, tú no vas a acercarte a él bajo ningún concepto.

—Señor de la Rosa, me temo que lo que ha hecho su hijo es motivo de expulsión —añadió la directora—. Se hará efectiva mañana y se la haré llegar por burofax. Lamento tener que hacerlo, ojalá no hubiera sido tan grave...

—Lo entiendo.

—¿J-Jaime está bien? —indagó Charli recuperando un poco la compostura.

—Está con sus padres y es todo lo que tienes que saber —respondió Ana—. A partir de ahora no puedes volver a contactar con él.

—Les aseguro que no lo hará. ¿Verdad, Carlos?

—Solo quería saber si estaba bien.

—Lo está dentro de lo que cabe —dijo Pablo.

Después de aquel drama, padre e hijo se fueron a recoger todo lo que tenía el chaval en la taquilla, ya que no volvería a pisar San Gerónimo de Sotomonte nunca más.

Ana se quedó realizando los informes y Mercedes instó a la pareja de profesores a acompañarla al despacho de dirección, donde les hizo sentarse frente a su escritorio. Ella se recolocó en su asiento y se cruzó de brazos sin dejar de mirarlos fijamente. Primero a Pablo, al cual no dijo nada, y después a su sobrino.

—¿Cuándo pensabais contármelo? ¿El día de vuestra boda?

—Tía, es nuestra vida privada.

—No me vengas con monsergas, Jon. Y tú, Pablo, sabes perfectamente que mi política es que los profesores de este colegio no mantengan relaciones sentimentales.

—¿Entonces no tengo derecho a enamorarme y ser feliz? Porque no voy a dejar a Jon por una

estúpida norma inventada. —Por vez primera, Pablo habló a Mercedes en un tono seco.

Jon alargó la mano y la posó sobre el brazo de su pareja.

—Tía, si resulta un problema que seamos novios y trabajemos juntos, simplemente dejaré mi puesto en cuanto termine el curso. Para mí es muy importante la felicidad de Pablo.

—Es innecesario que dejes el trabajo —chistó ella—. Es solo que me ha parecido mal que no me lo dijerais. Podíais haber tenido esa deferencia conmigo.

—Doña Mercedes, simplemente lo postergamos... No era nuestra pretensión que fuera un secreto.

—Un secreto a voces, eso es lo que es —dijo Jon, divertido.

—No bromees —le advirtió ella—. Seguramente recibiré quejas de los padres —dijo en tono grave—. Pero ahora mismo es el menor de mis problemas. Lo que ha pasado hoy ha sido infinitamente peor que cualquier otra cosa en todos los años que llevo siendo directora de este colegio. En la próxima reunión del CCP hablaré de todo lo que va a afectar al centro de cara al curso que viene.

—Creo que Ana debería orientar a los alumnos sobre educación sexual —sugirió Pablo—. Y también sobre el abanico que es la comunidad *queer*.

—Eso si los padres nos dejan... —Mercedes suspiró—. Que los que pagan, mandan. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Es importantísimo que acepten. Un niño casi se suicida hoy por sentirse mal con su sexualidad por culpa de otro que no entendía la suya —añadió Jon—. De no ser por Pablo esto habría sido una tragedia.

Tomó de la mano de este y se la apretó en señal de cariño. Pablo le devolvió el gesto.

—Una cosa más: en el colegio no quiero que haya ni un solo acercamiento entre vosotros.

—No, no, nunca —aseguró Pablo.

Los implicados recordaron lo que había pasado en el despacho del matemático y adquirieron un color púrpura intenso.

Mercedes suspiró con cansancio.

—Idos a casa, ya es muy tarde... A mí aún me queda trabajo que hacer. —Los dos hombres se pusieron en pie. Antes de que pudieran salir, ella los detuvo—: Me alegra que estéis juntos, creo que hacéis una pareja muy bonita. —Sonrió y ellos se alegraron.

Al salir al aparcamiento se cogieron de la mano con fuerza porque ya no tenían que esconderse.

—Creo que somos el tándem perfecto. Entre los dos hemos ayudado a Jaime y, de algún modo, a Carlos. ¿No crees? —dijo Jon.

—Sí, lo creo. Nos hacemos bien mutuamente. Desde que estamos juntos todo ha ido a mejor.

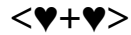
Jon lo tomó por el rostro y le dio un beso largo y casto.

—Como nos pille doña Mercedes vamos a salir escopeteados.

—¡Pues que nos pille! —Le arreó un beso de cine a Pablo. Este no pudo evitar reírse.

—¿Vamos a casa, mi amo y señor?

—Vamos.



Nada más llegar al ático se pusieron cómodos para tumbarse en el sofá con intención de sosegarse. Pablo se recostó sobre Jon como este le pidió y estuvieron en silencio largo rato, hasta que el matemático rompió ese mutismo.

—Tenías razón esta mañana. Mi cuerpo es un templo y he de cuidarlo, anteponer mi bienestar físico a tu placer.

—Así es. —El rubio le acarició la barba con ambas manos—. Me alegra que mi sumiso lo haya comprendido.

—Debo hacer la cena. —Intentó levantarse. Sin embargo, Jon lo aferró con ambos brazos.

—Ni se te ocurra levantarte. Quédate quieto —mandó.

Pablo cumplió la orden y se dejó mimar largo rato.

—Tu castigo comenzará mañana, hoy me encargaré de todo. Mi marido le ha salvado la vida a un pobre chico, así que se merece un premio.

—¿Marido? —Pablo lo miró levantando la cabeza hacia él.

—A partir de ahora serás mi marido. Ni novio, ni pareja. Marido y punto —decidió—. Jonathan González es el orgulloso marido de don Paloescoba. —Se echó a reír.

Pablo deslizó las manos por la nuca de Jon y luego le atrapó los labios, del revés.

—Parece la escena de *Spiderman*, cuando ella lo besa y él está boca abajo —susurró el moreno.

—Y luego el friki, el rarito, el *geek*, soy yo... ¡Si es que te como!

—Sé lo mucho que le gustan las frikadas a mi amo. —Pablo se irguió para colocarse a horcajadas encima de Jon y le pasó los brazos por el cuello. No pudo evitar besar aquellos labios que le traían loco desde hacía meses. Y pensar que al principio no soportaba al hombre de su vida... Qué tonto había sido, pero ya no tenía importancia.

Jon estrechó a Pablo contra sí y lo trató con delicadeza.

—Me ha gustado lo que le has dicho a mi tía sobre nosotros y cómo te has impuesto a su criterio.

—Ese tipo de normativas están para incumplirlas. Y por mi amo y marido yo hago lo que sea. Lo que sea mientras mi integridad física y moral siga en su sitio —puntualizó.

—Así me gusta, que lo hayas comprendido. Por cierto, la próxima vez usaremos unas esposas forradas de peluche. Rosas.

Cogió el móvil y le enseñó las que había visto en la web donde le compraba a su sumiso toda clase de cachivaches y chucherías sexuales.

—Me cuidas tanto que me voy a derretir de gusto... —se recostó de nuevo sobre su pecho—. Estoy deseando que te mudes del todo...

—Pronto, mi amor. Pronto...

Jon lo abrazó de nuevo y le acarició el pelo. Mientras Pablo se quedaba dormido como un bebé encima de él, se dedicó a mirar anillos de boda por Internet.

No lo había llamado marido por capricho. Las esposas de color rosa chicle irían acompañadas de un par de anillos de oro con sus nombres grabados en la lengua negra de Mordor.

Pablo Rojas no se le iba a escapar como le fue arrebatado el Anillo Único a Sauron. Pablo Rojas era su tesoro.

<Final de curso>

<+Cap/17>



Tras los agotadores finales de evaluación ordinaria y de evaluación extraordinaria, llegó a término el curso escolar, justo cuando el caluroso verano comenzó.

Aquella tarde despedirían a los alumnos de 4.º Tras el acto se ofrecería a padres, alumnos y demás invitados, un *catering* que se había montado en el soleado patio principal.

En el salón de actos se reunieron más de un centenar de personas. Los orgullosos padres no pararon de hacer fotos a sus flamantes churumbeles, abriéndose paso a codazos para estar en primera fila cuando sus pequeños salían a recoger su diploma.

Jon pensó que parecían todos clónicos: ellos con el mismo peinado feo, ellas idéntico cabello largo. La originalidad brillaba por su ausencia, aunque el código de vestimenta los obligara a presentarse ataviados con el uniforme colegial y no pudieran teñirse el pelo.

La directora dio un breve discurso, en el que habló de las cosas buenas que habían pasado ese curso, pero también de las malas, instando a los padres a ser abiertos, a parlamentar con sus hijos, a entender mejor sus necesidades. En San Gerónimo de Sotomonte se haría todo lo posible para que ninguna persona, niña o adulta, sufriera acoso, ansiedad o depresión.

Jon, al igual que Roberto, salió a la palestra para hablar sobre los alumnos de los que había sido tutor. Iba vestido de forma distinta, mucho más formal. Pablo lo miró desde su asiento y pensó en lo guapo que estaba.

—Alumnas y alumnos de 4.º B, mentiría si dijera que os voy a echar de menos tras el viaje de fin de etapa a Londres, porque no quiero volver a veros el pelo nunca más... —Los presentes comenzaron a reírse, pues lo había expresado en un obvio tono de broma—. Y no quiero porque vais a comenzar una nueva fase en otros centros educativos, y después espero de corazón que sigáis estudiando lo que os guste, que trabajéis duro, que encontréis empleo, que con suerte os compréis un chalecito en La Moraleja. —Se rieron con más brío—. No tengo mucho que decir, solo que la experiencia de este año ha sido maravillosa en muchísimos sentidos, que yo os he enseñado cosas, pero vosotros a mí también, sobre todo nuevos métodos de cómo copiar en un examen. En definitiva, manteneos firmes en vuestros deseos, alcanzad todo lo que os propongáis, pero nunca perdáis de vista que lo más importante es llegar a ser adultos íntegros. No os dejéis manipular, tampoco manipuléis... Haced que, si os vuelvo a ver el pelo, me sienta orgulloso de vosotros, por favor. Y quiero aprovechar este momento para despedirme, porque cuando todo el papeleo termine, yo también seguiré otro camino lejos de San Gerónimo.

Un murmullo de sorpresa y lástima llenó la sala de actos. Pablo ya lo sabía, obviamente, por lo que no dijo nada, simplemente siguió escuchando a Jon y su discurso.

—Ha sido una experiencia enriquecedora para alguien como yo, que jamás había sido profesor. En el fondo os echaré de menos, a todos, absolutamente a todos. También a estas paredes, a las clases, a la cansina musiquita del cambio hora, a café malo de las máquinas de la sala de profesores, a vuestros lloriqueos en las tutorías y a mil cosas más. En este lugar encontré la felicidad representada de muchas maneras, pero es hora de que yo también siga avanzando

como vosotros. Y eso es todo. Portaos bien, hacedlo por mí.

Los presentes aplaudieron al profesor, que se bajó para sentarse junto a Pablo. Este le sonrió de oreja a oreja, asintiendo.

Apareció entonces Cristina, la alumna que mejores notas había sacado de entre todos los alumnos del colegio. Se puso el cabello tras las orejas y bajó el micrófono a su altura. Carraspeó antes de comenzar.

—Hablo en representación de todos mis compañeros, incluso de los odiados 4.ºA, porque queremos agradecer a nuestros tutores que hayan sido tan comprensivos con nosotros en clase y en las tutorías. A Roberto por hacernos reír en sus clases de Educación Física y conseguir que fueran tan amenas, además de soportar las tutorías de los de 4.º A —estos la abuchearon un rato, entre risas y cachondeo—. Y hablo en nombre de mi clase para decir que hemos tenido al mejor tutor del mundo con el profe Jon. No solo es un tío muy enrollado y un friki, es que además es buena persona y ha creído y luchado por nosotros.

Los alumnos de ambas clases aplaudieron mucho, tanto que Roberto y Jon se emocionaron.

—Os hemos comprado unos regalos entre todos. Esperamos que os gusten y no nos los tiréis a la cabeza. Venid a por ellos —los animó.

Los dos hombres recibieron un ramo de rosas cada uno, y un par de bolsas con diversos regalos dentro, personalizados en función de cada uno. A Roberto le habían comprado una camiseta numerada de la Selección de fútbol de España, y a Jon una camiseta con un enorme marcianito verde pixelado del juego *Space Invaders*. También un Funko Pop de Hedwig sujetando por su piquito la carta para entrar en Howarts.

Ambos docentes fueron incapaces de no partirse de risa y echar unas lagrimillas tontas. Se hicieron muchas fotos con los alumnos, con los profesores, con la directora y con todo el que se lo pidió. Jon, tan alto y guapo, causó sensación entre un montón de madres —y algún que otro padre— así que tuvo que posar bastante.

Pablo lo esperó con diligencia y tranquilidad, orgulloso de que su querido amo y señor fuera tan querido. Era imposible no tener cariño por Jon. Él lo amaba con toda la fuerza del mundo.

Cuando Jon se liberó por fin, tomó a Pablo por la cintura y le hizo un gesto para ir a tomar algo al *catering*. Estuvieron picoteando de aquí y allá, saboreando los piscochis.

—Tú los has ayudado con los regalos, ¿verdad?

—Cristina me preguntó y yo le chivé qué Funkos de *Harry Potter* no tenías.

—Quién te iba a decir hace diez meses que tendrías la casa llena de cachivaches frikis, ¿eh?

—Y soy muy feliz de que sea así.

—Toma, prueba este canapé. —Le acercó el aperitivo a la boca y Pablo se lo comió sin rechistar.

Algunas personas los miraron de reojo, curiosas. No obstante, todo el mundo sabía que eran pareja. Y aunque al principio algunos padres pusieron el grito en el cielo e hicieron drama, terminaron por aceptar que no podían controlar a dos adultos ni amenazando con sacar a sus hijos del colegio. Hubiera sido absurdo hacer eso cuando los exámenes estaban a la vuelta de la esquina. Todo quedó en agua de borrajas.

Sin embargo, esa fue una de las razones que impulsaron a Jon a tomar la decisión definitiva de dejar el centro. Tenía el trabajo asegurado en una multinacional y podría trabajar *online*. De

hecho, ya estaba su despacho preparado en casa de Pablo.

Ese mismo día, como colofón, se mudaría de forma definitiva con su querido marido. Entre tanto trabajo y tan poco tiempo, no había podido ser antes. Lo bueno se hacía esperar.

—Vámonos ya... Estoy cansado —susurró Jon.

Este asintió en silencio cumpliendo aquella sencilla orden. Se despidieron de todos los compañeros y se fueron de camino al coche.

—¿Qué quiere cenar mi señor marido? —indagó Pablo.

—Pues ya que vamos tan guapos esta tarde, en especial tú sin esa puñetera corbata gris que tanto me gusta usar de correa, he pensado en... No sé, volver al italiano donde tuvimos nuestra primera «no cita».

—Estará a reventar —musitó haciendo una mueca de lástima.

—Sí, pero tenemos mesa asegurada —admitió.

—Mi señor está en todo...

Rodeó la cintura de Pablo con su fuerte brazo, lo estrechó contra sí y le mordió el labio inferior.

—Lo hago por ti y para ti. ¿Quién es aquí el amo y quién el esclavo? ¿Eh? —Los ojos verdes de Jon se clavaron en los de Pablo. Este se estremeció.

Jon extrajo de su ramo de flores una rosa roja y se la regaló. Pablo aspiró esa fragancia fresca y sonrió como un adolescente enamorado. Llevaban juntos pocos meses, en realidad, pero el matemático sintió que era una vida entera.

¿Podían dos personas estar predestinadas así? ¿Existiría un amor incondicional y eterno entre ellos? Pablo y Jon estaban seguros de que sí y que ese amor duraría siempre porque lo preservarían con extremo cuidado para que nunca se diluyera.

—¡Venga! Que la reserva es a las nueve y media y tenemos que llegar hasta allí —lo espetó Jon.

Pablo sonrió sin saber lo que le esperaba.

<♥+♥>

Cenaron exactamente lo mismo que habían comido en su primera «no cita»: *Provoleta*, *Gnocchi* con ragú, pizza Prosciutto y tiramisú de postre. Pablo se sintió algo excitado al recordar aquel día en el que aceptó ir con Jon, lo muy nervioso que estaba y la emoción de lo sucedido después.

Tenía allí delante a un hombre alucinante. No solo físicamente, sino también con un corazón enorme que no le cabía en el pecho. Para colmo había aceptado sus tendencias a la sumisión, hacía del amo soñado, ni demasiado duro ni demasiado blando, aceptaba lo de su madre, quería vivir con él, quería hacerlo todo con él... Con Pablo Rojas, el anodino profesor de matemáticas.

Pero ya no se sentía así, sino especial para quien tenía que serlo y también para sí mismo. Estar solo tanto tiempo había valido la pena.

—Quiero decirte...

—Tengo que dec...

Ambos se quedaron callados y luego rieron por haber hablado a la vez.

—Mi señor primero, por favor... —susurró Pablo.

—No. Dime, adelante.

Pablo se limpió los labios y dejó la servilleta sobre la mesa. Miró a Jon a los ojos.

—¿Puedo tomarte de la mano? —Jon se la tendió por encima de la mesa, así que su pareja la asió sin apartar la mirada de ese rostro pecoso—. Antes vivía frustrado, atado en corto, agobiado, amargado... Lo de mi madre trastocó todos mis planes de futuro. Creía que había encontrado a un hombre adecuado, tenía una oferta laboral muy jugosa en los Estados Unidos... Y mi vida se quedó congelada. Ese capullo me dejó, rechacé el trabajo, me quedé con mi madre... Yo era un elemento matemático en una especie de ecuación imposible de resolver y que no llevaba a ninguna parte. Entonces llegó otro elemento inesperado y la ecuación se resolvió sola.

Hubo un silencio entre ambos, uno largo y muy significativo. Jon apretó los dedos de Pablo, lo sujetó bien de la mano y tragó saliva con emoción. Consideró que era el momento adecuado para hacer lo que tenía planeado aquella noche.

Sacó de su bandolera una cajita negra y plana. La abrió ante la mirada asombrada de Pablo. Este, al ver lo que había en su interior, se puso colorado de vergüenza, pero no pudo negarse a los deseos de su amo.

Eran unas esposas recubiertas de peluche rosa. Jon le puso una de la esposas en la muñeca izquierda y, ante el asombro de Pablo, la otra esposa la cerró sobre su propia muñeca derecha. La llave estaba dentro de la caja, brillando bajo las luces del restaurante.

Los miraron y se rieron, pero la gente siguió cenando tan tranquila. Estaban en Chueca, así que cualquier cosa podían encontrarse allí.

—Bien, no estaba de broma cuando dije que las compraría.

—Lo sé.

Luego sacó otra cajita más pequeña.

—Ábrela.

Pablo hizo lo que se le ordenó. Se quedó perplejo al ver los dos anillos de oro macizo, grabados con lo que parecía el lenguaje que había creado Tolkien.

Jon cogió el más pequeño y lo deslizó en el dedo anular izquierdo de Pablo. Luego instó a que este hiciera lo mismo con su dedo y el otro anillo de mayor tamaño.

Pablo se lo puso a Jon.

—Y cuando te llamé marido tampoco estaba de broma. Pero te ordeno que me des una respuesta sincera.

—Claro que quiero, sí que quiero. ¿Cómo no voy a querer? —Se echó a llorar—. Perdona...

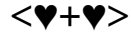
—Ey, que yo también estoy llorando...

La gente que los vio comenzó a aplaudir cuando Jon se puso en pie y abrazó a Pablo. Ambos estaban unidos por las esposas, por los anillos, por un pacto privado y por el amor.

—¿Quién iba a decirme que me casaría con el repelente Jonathan González? ¿No es surrealista? —Pablo rio contra la camisa de su prometido.

—Muchísimo, Pablo Rojas, alias don Paloescoba.

Jon también se echó a reír a carcajada limpia mientras lo estrechaba más contra sí.



Con las esposas puestas, y unas bolas chinas en el interior de su dilatado recto, Pablo empujó a Jon a la vez que lo penetraba. Aquella noche la orden había sido clara: «Quiero que me folles tú». Y Pablo lo estaba gozando. Porque el sexo con Jon siempre era excitante. Había sacado a la luz a una bestia interior con la que rara vez había fantaseado por pura vergüenza.

—Dios, cariño, qué bien me lo haces. —Jon se agarró a sus nalgas y le apretó el culo, lo que movió las bolas y estas hicieron que Pablo tuviera un ramalazo de placer muy intenso, como una ráfaga.

Jon solo se hubiera dejado penetrar por Pablo y nadie más, solo su polla dura y caliente podía estar en su interior, empujando contra su próstata y haciendo que viera las estrellas de puro placer.

Tomó un pequeño mando que tenía a un lado, sobre el colchón, y pulsó un botoncito.

Pablo sintió vibrar las bolas dentro del ano y emitió un jadeo muy fuerte, casi con asombro. Fue muy placentero, así que se emocionó y la cadencia de los empujones aumentó. Cuanto más potencia le daba Jon a la vibración de las bolas chinas, más gritaba Pablo como un salvaje.

—Me corro, me corrooooo... —jadeó el moreno, apretando el culo y dándole un empujón tremendo a Jonathan.

—Sí, córrete dentro de mí... —Y sintió todo el semen inundarlo.

Sin embargo, aunque Pablo se detuvo un momento para recobrar la respiración, las bolas continuaron vibrando y ofreciéndole placer extra. Se acababa de correr y ya sentía que iba a llegar al orgasmo anal.

Jon subió al máximo la potencia de las bolas. Quería que Pablo volviera a correrse y también que lo empotrara.

Este lo hizo, lo empujó abrazado a su cuello, aferrado a su boca, jadeando dentro. El orgasmo anal fue glorioso, como pocas veces lo había sentido, solo con la polla de Jon dentro. Pero el maldito juguete era una fantasía diferente.

El rubio gimíó también, cachondísimo, cuando el esfínter hizo de las suyas y se contrajo. Fue tan estimulante y placentero que le provocó un orgasmo anal y otro peneano, casi al mismo tiempo.

Ambos se quedaron derrengados sobre las sábanas húmedas a pesar de tener puesto el aire acondicionado. Jon tenía una sonrisa tonta en la boca. Aquello había estado muy, pero que muy bien.

Pablo comenzó a sentir dolor en el recto, pero Pablo no apagó las bolas chinas. ¿Querría más sexo? No lo parecía. ¿Por qué no las apagaba entonces? El escozor aumentó.

—¡Funko! —gritó Pablo de pronto, tan fuerte que Jon se despabiló y buscó el pequeño mando.

—E-espera, ya voy, ¡ya lo apago!

Las bolas dejaron de volverse locas y Pablo sintió como su amante se las sacaba con cuidado. De inmediato el alivio lo relajó, aunque aún le escociera el culo.

—Es la primera vez que dices la palabra de seguridad. ¡Perdóname!

Pablo se echó a reír a carcajadas, porque era una concepto tan ridículamente friki que solo a Jon se le hubiera ocurrido.

—Veo que no ha sido para tanto. —Prorrumpió en risotadas—. ¡Lo siento muchísimo!

Lloraron de la risa sobre la cama, abrazados, descojonándose hasta que se calmaron.

—Mi señor, mi amo, mi amor, mi Jon... —Pablo lo besó.

—Mi sumiso, mi esclavo, mi amor, mi Pablo... —Jon le devolvió el beso con más ímpetu.

—Te echaré de menos la semana que te vas a Londres.

—Bueno, compartiré habitación con Roberto y nos reiremos haciendo el gilipollas. El resto de días lo pasaremos visitando sitios que ya he visto, hablando en inglés con los chavales, aguantando sus tonterías, vigilando que no se metan en líos y me lo pasaré bomba en el parque de atracciones de *Harry Potter*.

—¿Mi señor me regalaría una foto suya intentando cruzar el andén 9 $\frac{3}{4}$? —solicitó.

—Eso ni se pregunta, me tiro de cabeza contra el muro como no consiga cruzarlo. ¿Sabes qué? Me encantaba cuando me dabas y me quitabas puntos. Rollo profesor serio y yo alumno loco.

—¿Te pone?

—*Mmmm...* Joder, sí —admitió.

Pablo se apoyó sobre el pecho de Jon, aún con las esposas puestas. El rubio se las quitó. Luego miró el dedo anular, donde un anillo de poder brillaba con luz propia. Lo besó.

—En el tuyo pone mi nombre y en el mío está escrito el tuyo.

Pablo no dijo nada, solo apoyó la cabeza en uno de los pectorales. Besó el pezón, deslizó los labios por su torso cincelado y llegó al tatuaje del marcianito. Lo lamió con cariño.

—Te amo muchísimo, no me cabe tanto amor dentro. Por eso lo tengo que sacar y demostrártelo constantemente. No tengo ningún miedo, sé que contigo todo es genuino, que me cuidarás y yo te cuidaré, en lo bueno y en lo malo...

—Somos la ecuación perfecta, Pablo. —Jon suspiró acariciando el cabello de su amante.

Se quedaron así largo rato.

—¿Sabes? —susurró el matemático.

—Dime...

—Estar aquí, en la cama, tranquilos tras hacer el amor salvajemente... Me hace sentir feliz y saber que estoy donde debo estar. Sí, somos la ecuación perfecta.





(ñ%+Pablo)

Es el día de mi boda con Jonathan González. Ha pasado un año entero desde que nos prometimos. Hemos esperado a las vacaciones de verano para poder disfrutar mejor de la luna de miel.

El curso no ha sido lo mismo sin Jon, aunque me lo he tomado de forma relajada y no he exigido de más a los alumnos. Doña Mercedes me propuso ser tutor del curso donde estaba Jaime y acepté para poder controlarlo.

Supervisar a tanto adolescente me dieron ganas de tirarme por el monte, pero pensé en que si Jon había podido sin apenas experiencia, yo tenía que tenerlo chupado (qué equivocado estaba).

A pesar de todo, al llegar a casa, tenía a Jon esperando y también a nuestras dos hijas. Sí, cuando volvió del viaje de Londres el año pasado, éramos tres en el ático: dos gatas y yo. Porque recordé que lo había dicho en una ocasión. Las busqué en una protectora y las adopté. Dos gatitas adultas que siempre estaban juntas y nadie quería. Se llaman Suma y Resta.

Y ahora estoy aquí, preparándome para casarme con ese profesor metiche, repelente, guapo y sexy.

Para el día de nuestra boda solo recibí una orden suya: nada de usar corbata gris. Así que me he puesto una con motivos matemáticos. Espero que eso le satisfaga.

La única pena que tengo es que mi madre no esté presente, pero sé lo muy orgullosa y contenta que se sentiría. Nunca hemos dejado de ir a leerle los sábados. Durante la luna de miel, mi tía se encargará de hacerlo por nosotros, igual que de regar las plantas y cuidar a las gatas.

Estoy nervioso, voy a celebrar de forma oficial que estoy con Jonathan González. En su día pensé que antes prefería fallar una polinómica que conocer mejor a ese pesado.

Ahora me muero por escribir la nueva ecuación que será nuestra vida juntos.

$$\infty + \infty = \infty$$



<:/#Jon>

Dios mío, estoy tan nervioso que me tiemblan las piernas. Sé que es una tontería que un tiarrón de treinta y cinco añitos se sienta así, pero es que voy a casarme con Pablo Rojas, el profesor de matemáticas más mono que hay. Debo ser el afortunado protagonista de alguna novelita romántica.

Ha sido un año intenso a nivel laboral, he tenido que hacer muchas horas extras. Suma y Resta han sido unas excelentes ayudantes. Sabían cuándo debía parar poniéndose delante de las pantallas o encima de los teclados... Enseñándome sus ojitos de gato.

Tener esta pequeña familia de cuatro ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Antes me negaba a tener pareja, prefería vivir solo, no tener ataduras... Pero llegó Pablo, me puso de los nervios y me enamoró no sé ni cómo.

Ser su dom ha sido todo un descubrimiento, nunca pensé que me gustaría tanto esta dinámica. Disfruto dándole órdenes, pidiéndole cosas que sé que le encanta hacer y cuidándolo como se merece.

Vamos, que somos el uno para el otro. ¿Quién nos lo iba a decir?

Y hoy, por fin, nos casamos rodeados de nuestras familias. Sé que Pablo echará de menos a su madre, pero siempre le digo que si me conociera me habría concedido sin dudar la mano de su hijo. Siempre le saco una sonrisa con mis tonterías.

Deseando estoy por comprobar que no se ha puesto la corbata gris. Seguro que está guapísimo vestido de novio. No me hago responsable si me pongo a llorar cuando nos demos el sí quiero, firmemos los papeles y estemos oficialmente casados. Quiero que luzcamos juntos nuestros anillos, que cuando la gente vea que son iguales sepa que estamos juntos.

Como él siempre escribe para referirse a nuestros sentimientos...

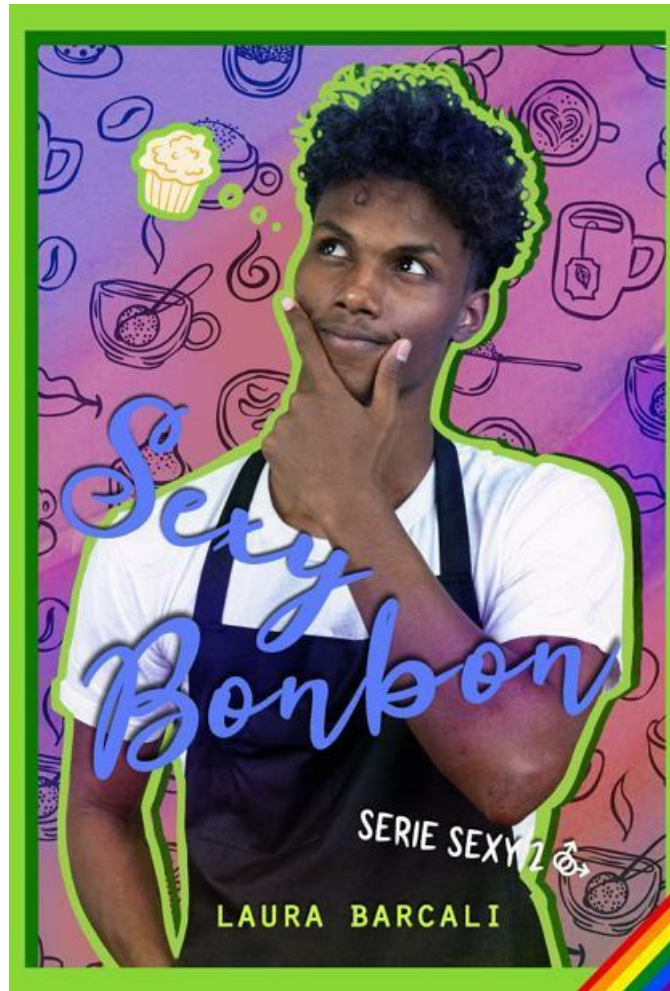
$$\infty + \infty = \infty$$

Infinito más infinito es igual a infinito. Eso somos nosotros y ese es nuestro amor.



La *Serie Sexy* se compone de tres historias *slice of life* autoconclusivas. Cuatro amigos integrantes de la comunidad *lgtbiq+*, tres novelas cortas repletas de sentimientos, escenas picantes, ternura, humor y un poco de drama.

Próximamente...



Otras historias de Laura Barcali disponibles en Amazon



El rico y atractivo empresario de Chicago, Robert Walmart, tendrá que viajar a un rancho en Texas para celebrar la boda de su hermana pequeña. Allí conocerá al guapo pero rudo vaquero Jackson Walkers, hermano mayor del novio. Y lo que empezará con muchos prejuicios, se irá volviendo pura atracción sexual. ¡Pero es que Rob no es gay! ¿Podrá resistirse a un vaquero que no es lo que parece, sino que además está para mojar pan? ¿Se empotrarán? ¿Se darán como cajón que no cierra? Y todo esto aderezado con muchos más personajes que contarán sus propias

historias.



IMPORTANTE: Este libro es un spin-off de Cowboy, amante al anochecer. Para no hacerse spoilers, lo mejor es leer el otro libro antes.

Tras los cambios en el Rancho Walkers de Texas, Dylan Jonhson, que acaba de divorciarse de su ex mujer, ocupa el nuevo puesto de veterinario. Al principio no es sencillo llevarse bien con Marcos, el sarcástico auxiliar con el que comparte su día a día en el trabajo.

Aunque dicen que el roce hace el cariño y...

¿Qué sucede cuándo la sonrisa sexy y encantadora de un bombón de chocolate seduce sin querer al bisexual más difícil de conquistar? Que este intenta no enamorarse.

Además, Dylan encuentra en Marcos a su persona comfortable. La que le hace sentirse feliz y tranquilo con tan solo su presencia, creando un vínculo inesperado que se va transformando en amor...



¡Amor por otro hombre!

El doctor Anderson, reputado psicólogo y ex profesor de Harvard, decide volver a la pequeña localidad que le vio crecer tras 25 años de ausencia, dejando atrás la que, hasta entonces, había creído que era una vida perfecta en Cambridge.

Será entonces cuando un nuevo y enigmático paciente llegará a su consulta: el joven Bobby Tylor, un ranchero texano que huye de un pasado del que se avergüenza.

Así será como estos dos hombres, completamente distintos, pero con problemas igual de profundos, irán conociéndose durante la terapia y sintiendo el uno por el otro algo especial, algo capaz de superar la diferencia de edad e incluso los traumas que ambos arrastran. Descubre en esta novela corta cómo el amor no tiene edad, siempre está naciendo.



David lleva años soñando con viajar a Japón a pesar de sus miedos. Por fin se acerca el día de visitarlo junto a su pareja. Sin embargo, ella decide dejarlo unos días antes.

Sin saber qué hacer termina hablando con Javier, su mejor amigo de toda la vida que, preocupado por su inestabilidad mental, le propone acompañarlo sin dudar ni un instante.

Con cada paso por aquel país tan diferente como bello, aflorarán secretos del pasado y sentimientos entre ellos que ninguno de los dos se había atrevido a reconocer en voz alta hasta ese momento.

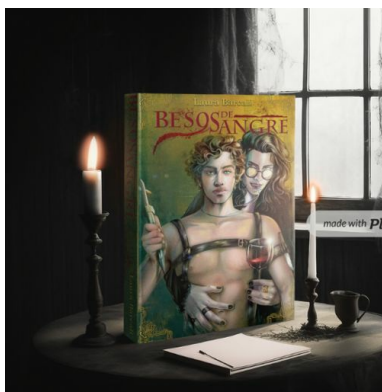
Una historia friki y sencilla, pero a rebosar de ternura, humor, momentos picantes, una pizca de drama y, por supuesto, mucho amor.

Meses después del fallecimiento de su esposa, Henry Banks abandona su vida para viajar a Bloomfield y hacer el sueño de su mujer realidad: reformar la ruinoso casa en la que habían planeado pasar el resto de su vida.

Para conseguirlo, cuenta con los servicios de Nick Miller, un encantador y atractivo contratista que no esconde su homosexualidad y que hará despertar en Henry algo difícil de aceptar.

Por su parte, Nick ya ha sufrido suficiente en el amor. Tras una larga relación que hizo añicos su autoestima, no cree que vaya a encontrar a su alma gemela; hasta que el dulce Henry pone su mundo patas arriba. Consciente de lo inapropiado y doloroso que sería enamorarse de un hombre hetero, hará todo lo posible para que esa atracción no vaya a más... Aunque no siempre salga bien.

A pesar de los esfuerzos de ambos por controlar sus sentimientos, el corazón nunca atiende a razones, y menos cuando las personas que los



rodean confabulan para que muestren sus auténticos anhelos.

En un Londres donde la convivencia con los alû, popularmente llamados «vampiros», pende de un hilo, se suceden unos terribles asesinatos. Para solucionarlo, Scotland Yard reunirá a tres expertos:

- Velen, un atractivo alû con extraordinarias capacidades de deducción y una personalidad irritante.
- Daniel, el joven y prejuicioso cazavampiros que sentirá una fuerte atracción por el alû.
- Indira, la oficial al mando, una mujer fuerte que no cejará en su empeño de averiguar quién está detrás de todo.

Pero qué pasará cuando las cosas se tuerzan a medio camino, cuando el cariño y el amor se mezclen, cuando los árboles no les permitan ver el bosque...

Una historia llena de misterios, de una amistad inquebrantable entre tres compañeros y de un apasionado romance entre dos hombres que deberían ser enemigos naturales.

Notas

[←1]

Es aquella que se puede escribir de forma que el primer miembro sea un polinomio y el segundo sea 0. Ejemplo: $x^2 + 1 = 0$ x
 $x^2 + 1 = 0$

[←2]

Dark Souls es una saga de videojuegos creada por Hidetaka Miyazaki.

[←3]

Lago de sangre contaminada que aparece en *Elden Ring*, videojuego creado por Hidetaka Miyazaki.

[←4]

Instituto de Tecnología de Massachusetts.

[←5]

Juego cooperativo de cocinar mientras esquivas obstáculos.

[←6]

Se trata de pequeñas porciones de arroz compactadas y modeladas con forma ovalada.

[←7]

Empanadillas de origen asiático.

[←8]

El Club de la Buena Estrella, de Amy Tan.